THE ADMIRABLE HISTORIE OF THE POSSESSION AND CONVERSION of a Penitent woman.

SEDVCED BY A MAGICIAN THAT MADE her to become a Witch, and the Princes of Sorcerers in the *Country of* Prouince *who was brought to S.* Baume *to be exorciſed*, in the yeere 1610. in the moneth of Nouember, by the authority of the Reuerend father, and Frier, *Sebaſtian Michaëlis*, Priour of the Couent Royall of S *Magdalene* at Saint *Maximin*, and alſo of the ſaid place of Saint *Baume*.

WHO APPOINTED THE REVEREND FATHER, Frier *Francis Domptius*, Doctor of Diuinity, in the Vniuerſity of Louaine, by birth a Fleming, and reſiding in the ſaid Couent of Saint Maximin, *vnder the regular diſcipline and reformation of the order* of preaching Friers, for the Exorciſmes and recollection of the Acts. All faithfully ſet downe, and fully verified.

WHEREVNTO IS ANNEXED A PNEVMOLOGY, OR DISCOURSE of Spirits made by the ſaid Father *Michaëlis*, and by him reuiewed, corrected, and enlarged: Together with an explanatory Apology of the many *difficulties touching this Hiſtory and the Annotations*.

Erubeſcant impij, & deducantur in infernum, muta fiant labia doloſa. Pſalm. 30.

Tranſlated into Engliſh by W. B.

AT LONDON,
Imprinted for *William Aſpley*. 1613.

A DISCOVRSE OF SPIRITS, CONTAINING WHATSOEVER IS NECESSARY for the more full vnderſtanding and reſolution of the difficult Argument of Sorcerers.

UN DISCURSO DE LOS ESPÍRITUS, QUE CONTIENE TODO CUANTO ES NECESARIO para la más completa comprensión y resolución del difícil argumento de los Hechiceros.

CAP. I. ***Sobre si existen los Espíritus o no: Hay cuatro puntos que deben observarse respecto a los Espíritus: que existen Espíritus; cuál es su naturaleza; de dónde vinieron; y el fin para el cual existen.***

Respecto al primer punto; es un método ordinario en todas las cosas que los hombres desean comprender, investigar primero sus causas: de lo contrario, no les faltarán motivos para permanecer irresolutos y dudosos, y sus ánimos no dejarán de estar llenos de descontento y perplejidad. Porque esta es la naturaleza del hombre, especialmente cuando ve efectos inusuales y extraordinarios; como queda claro por el ejemplo de la gente del campo, expuesto y expresado por *Aristóteles*; quienes, cuando ven un eclipse de Sol o de Luna, quedan al punto heridos de admiración, de forma similar a los Hijos de Israel, que se maravillaron ante el nuevo alimento del Maná y preguntaron qué era. Y tales tipos de admiración (dice *Aristóteles*) han sido el semillero y la fuente de toda la Filosofía: pues aquellos espíritus que tuvieron un toque de generosidad e industria, se esforzaron de inmediato por comprender la causa de aquellos sucesos inusuales. El mismo curso de acción debe observarse aquí, y con mayor razón, porque parece tanto más admirable e increíble cuanto más distante está el conocimiento y la experiencia de ello de la mejor y más sólida parte de los hombres. Debemos, por tanto, sumergirnos en las causas, las cuales, una vez que las comprendamos firmemente, inclinarán fácilmente nuestros entendimientos hacia la creencia de esas cosas, y nos harán concebir que no solo son posibles, sino de una frecuencia más ordinaria de lo que hasta ahora se ha creído. Y en vista de que los Espíritus son la causa de estos sucesos; debemos saber primero si hay Espíritus o no.

Hay tres clases de hombres que han negado a los Espíritus: los primeros son los Filósofos; los segundos son los Saduceos, y los terceros son los Ateos. Respecto a *Aristóteles*, el príncipe de los Filósofos, él opina que hay una causa suprema no ligada a la presión y el estorbo de un cuerpo: Y establece 47 Espíritus subordinados a esa causa suprema, de acuerdo al número de movimientos que observó en los Orbes celestiales del cielo, pensando para sí que esos cuerpos celestiales no podrían moverse tan ordenadamente a menos que fueran animados y vivificados para ello por algunos Espíritus de vida. Ahora bien, si había robado esto de la Sagrada Escritura (o al menos lo había

tomado prestado de su Maestro *Platón*, quien pudo haberlo tomado de allí) porque se dice en *Ezequiel*, hablando de los cuerpos celestiales, que allí son llamados ruedas, *Spiritus vitæ erat in rotis* [El espíritu de vida estaba en las ruedas]; o si lo había inventado por las conclusiones que su experiencia había sacado de su frecuente observación de ellos, no lo sé; pero ciertamente dijo la verdad, excepto donde parece, por exclusión, dejar fuera al resto, como si no hubiera más que los que él enumeró. En lo cual podría considerar que, si esos Espíritus eran necesarios para los movimientos uniformes e incesantes de las esferas, y por consiguiente para el servicio del hombre, *Qui est quodammodo finis omnium* [quien es, en cierto modo, el fin de todas las cosas], mucho más conveniente es que esta causa primera y suprema, a quien él llama el único Príncipe de todas las cosas, sea asistida por un número infinito de ellos, para su propio uso y servicio. Con lo cual concuerda lo de *Daniel*, quien nos enseña que *Millia millium ministrabant ei, & decies centena millia assistebant ei*: "Miles de millares le servían, y diez mil veces diez mil estaban delante de él". De lo cual *David* da la razón natural, diciendo: *Ministri eius ut faciant voluntatem eius* [Sus ministros, para que cumplan su voluntad]: y esto concuerda tácitamente con el dicho de *Ezequiel*: *Spiritus vitæ erat in rotis*. *Mercurio Trimegisto*, según lo cita *Santo Tomás*, niega determinantemente que existan espíritus buenos, excepto aquellos que giran en los cielos: Y en esto concuerda con *Aristóteles*, aunque él fue mejor Teólogo que el otro, porque admite que Dios los hizo y creó, cosa que *Aristóteles* parecía negar, quien se forja para sí mismo una eternidad incluso de cardos y mariposas: pero respecto al número de los Espíritus, ambos son de la misma opinión. *Aristóteles* niega que existan espíritus malignos; cuya autoridad siguieron y a la cual se adhirieron los Médicos, como atestigua *Psellus*, refiriéndose a aquellos que no eran cristianos o que habían apostatado de la verdadera Religión. Esta clase de hombres cae ordinariamente en dos errores groseros; uno contra la inmortalidad del alma, como se relata en el segundo [libro] de la Sabiduría, diciendo que el alma se asemeja totalmente a la llama que se nutre de la lámpara: el otro es contra los Espíritus; pues cuando se les muestran los efectos causados realmente por el Diablo en los cuerpos de aquellos que posee, lo juzgan de manera más pobre de lo que hizo *Aristóteles*, y afirman que estas incongruencias ocurren por la indisposición y el temperamento depravado de los humores y espíritus vitales. Y así como hacen con la inmortalidad del alma, así también aquí cambian un espíritu inmortal e incorruptible por un espíritu más terrenal: y el cual pretenden que sea una quintaesencia del temperamento de las cualidades naturales, lo cual en verdad no es otra cosa que un soplo o humo. De aquí que *San Agustín*, para este

propósito, alegue acertadamente la historia de un Médico, quien, dice él, se vio obligado a confesar la inmortalidad de las almas por una visión que tuvo mientras yacía dormido, en la cual vio, aunque las ventanas de sus ojos estaban cerradas; y oyó, aunque su sentido del oído estaba atado y poseído por el sueño, a su buen Ángel hablándole, y haciéndole considerar que su alma por sí misma, sin la ayuda o servicio del cuerpo, ni de ninguno de sus órganos, veía y oía. Y esta es la razón por la cual tal clase de gente confía y se apoya demasiado en la Filosofía y en las causas naturales. Los Saduceos también pueden ser clasificados con ellos, porque también niegan a los Espíritus, como se relata en los Hechos de los Apóstoles: de ahí caen en otro inconveniente, que es negar la inmortalidad del alma: tras lo cual se sigue por necesidad que deben negar la resurrección del cuerpo; cuyos tres puntos son comunes a los Ateos y a todos aquellos que niegan a los Espíritus. Otros hay que no son tan descarados y groseros en sus opiniones como los anteriores, sino que conceden que, así como hay Espíritus buenos (pues el movimiento del cielo les arranca esa confesión, ya que una obra tan buena y necesaria no puede proceder sino de un agente bueno), así también hay Espíritus malos, y que de ellos proceden muchas acciones de villanía y maldad. De estos hace mención *Porfirio* en su *Epístola a Anebo*, citada por *Santo Tomás*, diciendo que estos son los Maestros de los Hechiceros, y de todos los que usan la brujería, y que nunca dirigen a hombre alguno por un camino de bondad, sino que dan paso y fomento a todos aquellos que tienen propensión a hacer daño. *Platón* también y su secta conceden que hay un gran número de Espíritus, cuya residencia está en la región más alta del aire, así como las aves tienen su morada en la región baja y media, y los peces en el agua: pero aquí entremezclan muchos absurdos, como declararemos más adelante. Para concluir, nadie ha conocido jamás perfectamente la naturaleza de los Espíritus, sino aquellos que han recibido y comprendido la Sagrada Escritura. Ahora bien, contra los Filósofos y Paganos tenemos la experiencia: contra los Saduceos, que son heréticos entre los judíos (como dice *Tertuliano*), tenemos los cinco libros de *Moisés* que ellos mismos admiten: y para los Católicos y Cristianos, tenemos el consentimiento de todas las Sagradas Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. *Santo Tomás*, en su tercer libro contra los Gentiles, disputa sólida y doctamente contra todos los argumentos de los Filósofos, quienes afirmaban que cuando ocurría algún prodigio en la naturaleza, debía atribuirse a la influencia de los cuerpos celestiales, los cuales son capaces de producir muchas cosas que están ocultas y enterradas a nuestro conocimiento. Es cierto (dice él) que la naturaleza es capaz de mucho, pero a pesar de ello está tan fuertemente acotada y limitada que, en su mayor

parte, está ligada a la producción de una sola clase de efectos, ya sea por la propiedad de la causa eficiente, o por la impotencia o ineptitud de la materia, que no tiene capacidad sino para producir una sola cosa: así como el Sol y todos los cielos no pueden, en la savia de una vid, formar o producir otra cosa que no sean uvas, ni de un manzano otra cosa que manzanas. Por lo cual debe concederse que hay muchos efectos que están en contra y por encima del poder de la naturaleza: como los Oráculos, que no eran otra cosa que estatuas que hablaban y daban resolución a las dudas que se les proponían, y revelaban muchas cosas ausentes, ocultas y por venir; como también que algunos hombres han hablado repentinamente, y sin ningún estudio ni esfuerzo previo, hebreo, griego y latín, siríaco, caldeo y todas las demás lenguas, citando sentencias de Poetas y Oradores, aunque nunca hubieran versado en ellos ni en ningún otro tipo de literatura: que Bueyes y Asnos hablaran, y que ocurrieran otros accidentes prodigiosos contra el poder y el curso de la naturaleza; que una Virgen Vestal, sospechosa de conducta ligera y lascivia, para dar testimonio de su castidad, llevara de un lado a otro ante los romanos un cedazo lleno de agua. También *Claudia*, por la misma razón, arrastró tras de sí un gran barco con su cinturón, y *Accio Navio* cortó con una navaja una piedra de afilar en pedazos.

Se ha comprobado por la experiencia, y se hace mención de ello en las leyes de las XII Tablas, que cierta isla flotaba de un lugar a otro. También se sabe por observación que quienes practican tales cosas utilizan ciertas palabras, caracteres, oraciones, protestas y otras formas de comportamiento que no pueden, sin locura y vanidad, presentarse ante nadie sino ante sustancias que poseen entendimiento y razón. De donde él extrae esta conclusión: que es evidente que todos estos prodigios proceden de Espíritus y que, por lo tanto, existen Espíritus. Y si la autoridad de la Escritura puede tener lugar aquí (la cual pueden admitir al menos como cualquier otra Historia), es imposible concebir que el curso del Sol se detuviera y que el cielo retrocediera en tiempos de *Josué* y *Ezequías* por ninguna fuerza o poder natural. Pues el mismo *Aristóteles* dice que esto es imposible incluso para las Inteligencias mismas: hacer retroceder al cielo, como es imposible que el alma salga del cuerpo a su antojo, o que deje de dar vida y actuar en el cuerpo mientras permanezca en él, porque hay una necesidad en la naturaleza que obliga a ello. Por lo tanto, es evidente que estos sucesos proceden de algo distinto al movimiento de los cielos: y debe necesariamente concederse que los prodigios no deben ser atribuidos al movimiento de los cielos, sino a algunas otras causas secretas que se hallan envueltas en mucha ambigüedad y bruma. *Mercurio Trimegisto* habría respondido ciertamente a ese

argumento sobre los Oráculos diciendo que, si bien es cierto que Dios creó tantos Espíritus como hay en la naturaleza, fue arte de los hombres hacer que los Oráculos hablaran, ajustando para ello ciertas influencias de los cielos: pues (dice él) tales estatuas podrían acomodarse tan aptamente a ciertos aspectos celestiales que podrían hablar, adivinar y predecir, y podrían herir a los hombres con enfermedades y sanarlos de nuevo, y podrían, en suma, obrar milagros. Pero le sucede aquí lo mismo que a *Plutarco*, quien, esforzándose por dar una razón de por qué los Oráculos dejaron de hacer las maravillas que solían (omitiendo la verdadera razón, que fue la venida de Cristo Jesús en la carne, por quien el reino de Satán fue totalmente arruinado), escribe un libro expresamente para mostrar la razón de su cese y silencio: pero se queda tan corto en su discurso que no alega razones sino aquellas cuya insuficiencia y debilidad pueden ser fácilmente refutadas; más aún, la mayoría de ellas son ridículas e indignas de tan gran Filósofo: hasta el punto de que se ve impulsado a decir que se nutrían de exhalaciones extraídas de la tierra, las cuales, al cesar y agotarse, hicieron que esos Oráculos murieran de hambre por falta de su sustento acostumbrado. En el mismo laberinto vaga *Trimegisto* cuando quiere dar una razón de su derrocamiento: pues se le puede preguntar fácilmente, primero, por qué los hombres de estos tiempos no pueden hacer lo mismo (como hicieron los de edades pasadas) mediante las mismas observaciones de los cielos, siendo que ahora son más diestros en sus movimientos de lo que fueron antes; y cuando ahora nuestros astrólogos modernos han convencido tanto a *Aristóteles* como a *Ptolomeo* de muchos errores. Además, ¿cómo es posible que la causa sea de menor excelencia que el efecto; y si un hombre (como él afirma) puede por su industria fabricar tales oráculos, en buena Filosofía se inferirá necesariamente que también puede producir y obrar las mismas cosas en otro hombre. Y si se responde que debe haber una concurrencia de la influencia de los cielos para tal obra, yo respondo: ¿Por qué no puede ocurrir la misma influencia tanto a un hombre como a una estatua de madera? Es más, ¿por qué no habría de convenirle más a él, por ser más capaz de razón, habla y todas las demás acciones, que a una estatua? Siendo que nunca se supo de un hombre que fuera un oráculo, podemos concluir que esta razón es del todo insuficiente; pues es cierto que en todas las edades ha habido algunos que no habrían deseado mejor ganancia que ser estimados como Dioses por este medio, en lo cual conservan un resto de aquel veneno con que la Serpiente infectó a nuestros primeros padres, diciéndoles: *Eritis sicut Dij* [Seréis como Dioses]; y *Gregorio Nacianceno* alega un número de ejemplos, como los de *Aristeo, Empedotimo* y *Trofonio*, quienes se escondieron bajo tierra para ser estimados como Dioses; *Empédocles* también

se lanzó de cabeza al sulfuroso monte de *Sicilia*, que perpetuamente vomitaba lenguas de fuego; y *Julián el Apóstata* fue incitado por el mismo deseo, y tanto ardió con el pensamiento de ello que quiso ahogarse en un gran río. El mismo *Aristóteles*, que trabajó para dar una razón natural de todas las cosas, no pudo comprender la causa verdadera y satisfactoria del flujo y reflujo del mar de *Euripo*, ahora llamado *Negropont*, con lo cual quedó tan vejado que se lanzó violentamente al mismo, gritando: *Porque Aristóteles no puede contener a este mar, este mar contendrá a Aristóteles* (según escribe *Justino Mártir* sobre él). De aquí que se esforzara en dar una razón natural para aquellos accidentes memorablemente extraños en el hombre, que no pueden ser atribuidos a ninguna causa sino a Dios o a los Espíritus; y por tanto afirmó que las *Sibilas* y aquellos excelentes Empe- radores y grandes Filósofos estaban afectados por un humor melancólico, a través del cual hablaban y hacían muchas cosas extrañas. Con estas palabras parece querer adelantarse al argumento que podría objetarse contra esta afirmación suya, referente a los *Demoniacos* y poseídos, lo cual es una experiencia clara e irresistible contra todos los Filósofos del mundo: pues es infalible que antes del tiempo de *Aristóteles* hubo posesión, ya que el mismo *Salomón* enseñó a los hombres exorcismos para expulsar Demonios de los cuerpos humanos, como atestiguan *Josefo* y otros. ¿Cómo, entonces, puede atribuirse todo esto a un humor melancólico? ¿Pero se atreverá *Aristóteles* a sostener que este humor grosero y terroso es más excelente en un hombre que su entendimiento y razón? Ahora bien, si la razón no puede por ningún medio descubrir aquellas cosas que nunca ha aprendido, ni hablar otra lengua que aquella a la que durante mucho tiempo ha estado acostumbrada; ni adivinar eventos futuros, ni alegar o interpretar sentencias que nunca ha concebido, ¿cómo es posible que este humor fangoso y grosero esté tan esclarecido como para hacer todas estas cosas? Especialmente cuando son los efectos propios que brotan de la razón. Y si se les pidiera la causa de por qué tal humor habría de comprender aquello que está muy remoto de nosotros, tanto por distancia de lugar como de tiempo, mejor que la razón, no podrían dar respuesta alguna. A lo cual puede añadirse que estas son cosas que suelen suceder tanto a aquellos que son de una complexión diferente como a los hombres melancólicos. Pues es probable que el fornicador corintio que estaba poseído por un Demonio no fuera de una constitución melancólica y pesada, sino más bien de un comportamiento más agradable y jovial: lo cual no es puramente conjetural, porque *San Pablo* reprende a los corintios porque se reían y se alegraban con él antes de que fuera poseído; lo que nos hace concebir que era ingenioso y agradable, como también lo eran todos los Epicúreos, quienes solían decir: *Comedamus & bibamus cras enim moriemur,*

& post mortem nulla voluptas [Comamos y bebamos, que mañana moriremos, y tras la muerte no hay placer]. De igual manera estaban poseídos *Alejandro* e *Himeneo*, quienes eran muy parecidos al anterior. Además, sería una cosa ridícula decir que cuando los Demonios fueron expulsados de un cuerpo humano y entraron en los cerdos, la melancolía del hombre descendió a los puercos; de modo que aparece plenamente que estas experiencias antedichas son suficientemente poderosas para refutar a todos los Filósofos: que hay Espíritus que conversan secretamente con los hombres y que muchas veces se les aparecen visiblemente; lo cual *Aristóteles* no pudo negar que le sucedió a *Sócrates*, maestro de *Platón*, quien desde su infancia tuvo un Espíritu que a veces se le aparecía: como observó *Tertuliano* en su libro *De Anima*. En estas palabras: *Socratem Puerum, adhuc Spiritus dæmoniacus inuenit* [A Sócrates, siendo niño, ya lo encontró un espíritu demoníaco]. Vengamos ahora a los Saduceos, de cuya secta hay todavía una gran multitud de judíos en *Constantinopla* y en el reino de *Persia*, donde casi todos los judíos se adhieren a su opinión. Es extraño en ellos que nieguen a los Espíritus cuando en los cinco libros de *Moisés*, que son los únicos que admiten como escritura sagrada, no hay nada más común que la mención de Espíritus, y se habla más de ese argumento en esos libros que en todo el resto de la Escritura. Luego daremos la razón de por qué *Moisés* no mencionó su creación o caída, aunque casi al principio de su libro introduce a la Serpiente hablando y discurriendo con tal astucia y maña que conquistó el entendimiento y persuadió la voluntad tanto de la mujer como del hombre. Ahora bien, nada es más discernible que el hecho de que esta no era una bestia irracional que hablaba por su propio cerebro y aprensión, porque nada es más desproporcionado y ajeno a las bestias que el habla y la razón: por esto mismo los Oradores las llaman propiamente *Animalia muta* [animales mudos], porque el habla es el expresador e intérprete de la razón interna, y no puede proceder de otra causa sino de esa. Pero supongamos que fueran tan estúpidos como para decir que en aquellos tiempos las bestias podían hablar, como *Plutarco* parece dar a entender en su libro titulado *Que las bestias no carecen de razón*, y como algunas capacidades groseras conciben de las fábulas de *Esopo* y similares, siendo tal vez llevados a creerlo por la opinión de *San Basilio*, quien sostiene que antes de la tentación la Serpiente tenía pies y caminaba sobre sus patas como suelen hacer otras bestias de cuatro patas, y que tan pronto como se le dijo *supra pectus tuum gradieris* [sobre tu pecho andarás], el uso de los pies le fue quitado a él y a toda su especie, porque esa maldición descendió a toda la posteridad y sucesión: como se dice, *Inter semen tuum, & semen illius* [Entre tu simiente y la suya]. Pero, ¿dónde encontramos, ruego, que Dios diga a la

serpiente: "no hablarás más, sino que serás muda y quedarás totalmente privada de discurso y razón"? Lo cual podría haber dicho con razón, puesto que no fue la forma y figura exterior de la Serpiente lo que engañó a nuestros primeros padres, sino las razones que alegó y las promesas que les hizo. Pero sobre esto la Escritura no dice nada, pues además de lo ridículo de tal concepto, engendraría una manifiesta repugnancia en la Escritura, que dice que Dios creó criaturas vivientes, pero que después hizo al hombre a su propia imagen y semejanza, cuya similitud radica únicamente en este punto: que lo formó con la dotación y el uso de la razón, mediante la cual pudiera dirigirse a sí mismo y a todas las demás cosas, así como Dios guía y gobierna todas las cosas mediante su sabiduría y providencia. Y esto es (como *San Agustín* ha observado notablemente) lo que se añade allí a continuación: *ut presit piscibus maris, & volatilibus cæli, & universis animantibus quæ moventur super terram* [para que mande en los peces del mar, y en las aves del cielo, y en todos los animales que se mueven sobre la tierra]. Debe ser, por tanto, una sustancia intelectual la que hizo hablar a la Serpiente, pues no fue ni hombre ni mujer, porque no había otros sino Adán y Eva, como dice el texto: *Erunt autem ambo nudi* [Estaban ambos desnudos]. Además, se hace mención de un Querubín que fue designado para guardar la puerta del Paraíso, por miedo a que el hombre regresara y comiera del fruto de la vida; y en su mano sostenía una espada flamígera y brillante para infundir terror al hombre si fuera tan presuntuoso. Este no podía ser un hombre, como hemos declarado, y debe ser, por tanto, un Espíritu. También se hace mención frecuente de los Ángeles de Dios, que se aparecieron a los hombres, como a *Abraham, Lot, Jacob* y otros, prediciéndoles cosas que estaban más allá del alcance del conocimiento humano, como que una mujer anciana y estéril concebiría; que *Sodoma* y *Gomorra* serían destruidas, y cosas similares. Como también que el pueblo de Israel sería guiado por el desierto por una nube y por una columna de fuego: no podría darse otra razón de esto sino que eran Espíritus enviados por Dios como guías para ellos. *Præcedet te* (dijo Dios a *Moisés*) *Angelus meus* [Mi ángel irá delante de ti]; y *Moisés* respondió diciendo: *Nisi tu ipse præcedas nos* [Si tú mismo no vas delante de nosotros], de modo que aparece que estos espíritus eran los mensajeros de Dios. La experiencia también de aquellos que están poseídos es un argumento suficiente para refutar a los Saduceos. De aquí provino (dice *Jansenio*) que Cristo Jesús permitiera en su tiempo que los Demonios invadieran no solo a hombres, sino también a cerdos, para convicción (dice él) del error de los Saduceos, a quienes Cristo Jesús tuvo que formar mediante tal tutoría, sabiendo que, si un hombre llegaba a comprender que había Espíritus, creería de inmediato que hay otro mundo donde

ellos habitan, y de ahí sería fácilmente inducido a admitir la inmortalidad del alma y la resurrección del cuerpo. Mientras que, por el contrario, quien no cree que hay Espíritus difícilmente puede concebir que hay otro mundo, o que el alma es inmortal, o que es posible para Dios mismo llamar a los hombres ante él mediante la resurrección de entre los muertos. Por lo cual San *Lucas*, relatando los principales errores de los Saduceos, une estos tres puntos. Respecto a los Cristianos y Católicos, además de los libros antes mencionados, tienen a San *Esteban* en los Hechos de los Apóstoles y a San *Pablo* en el tercero a los Gálatas, para atestiguar que la Ley fue dada a *Moisés* y al pueblo por el ministerio de los Ángeles: que Dios ha designado Ángeles buenos para guardarnos de los peligros de este mundo y de los intentos de los espíritus malignos contra nosotros, en el Salmo 90. Además, que nos ayudan y socorren hasta el punto de combatir por nosotros: ninguno (dijo un ángel a *Daniel*) me ayudó en la liberación del pueblo de Israel sino *Miguel*, Príncipe de este pueblo; y que el número de ellos es excesivamente grande aparece claramente por la historia de *Eliseo* cuando abrió los ojos de su discípulo y le hizo ver la gran multitud de Ángeles, en el momento en que tenía miedo del enorme ejército de los *Asirios*. *Plures* (dice él) *nobiscum sunt quã cum illis* [Más son los que están con nosotros que con ellos]. Lo mismo dijo *Jacob*, que se vio rodeado por un ejército celestial cuando tenía miedo de su hermano *Esaú*; *Castra* (dijo) *Dei sunt hac* [Este es el campamento de Dios]. Su oficio es alabar a Dios incesantemente, como declaran *Isaías* y *Ezequiel*, el uno hablando de Serafines, el otro de Querubines. El que hará sonar la trompeta para levantar a los muertos será un Arcángel, y al punto vendrá una gran tropa de Ángeles para recolectar y reunir a los elegidos de todas las partes del mundo, y para congregarlos en un solo lugar. Respecto a los espíritus malignos, se declara en la historia de *Acab* que un espíritu se ofreció para ser espíritu de mentira: y Satanás tentó a *David* para que numerara a su pueblo en el orgullo de su corazón, e hizo mucho daño en *Egipto*, siendo allí el verdugo de Dios, *Immissiones* (dice *David*) *per Angelos malos* [Incursiones por medio de ángeles malos]. Dios también prohíbe frecuentemente en la ley sacrificar a los Demonios, lo cual no haría si no hubiera Demonios. Fue el Demonio quien afligió a *Job* en su cuerpo, bienes, hijos y sirvientes: Fue él quien se atrevió a tentar a Cristo Jesús, y le exigió adoración como si fuera un Dios: es él quien, por su mandato y por las oraciones de los Apóstoles, ha sido tan a menudo expulsado de los cuerpos de los hombres; y para concluir (pues los pasajes que aquí podrían traerse son innumerables), Dios dirá en el último día a los réprobos: *Ite maledicti in ignorante æternum, qui paratus est Diabolo & Angelis eius* [Id, malditos, al fuego eterno que está preparado para el Diablo

y sus Ángeles]. Estando, pues, asegurados de que hay Espíritus, tanto buenos como malos, tanto por los fundamentos de la razón natural como por experiencias invencibles, y especialmente por la autoridad de la Sagrada Escritura, debemos a continuación saber si tienen cuerpos o no.

CAP. II. Sobre si los Espíritus tienen cuerpos.

Esta cuestión conlleva más dificultad que cualquier otra, ya sea en Filosofía o en Teología, después de la cuestión de la naturaleza Divina: primero, porque los Espíritus se acercan más a la naturaleza de Dios que cualquier otra criatura; como también porque es imposible verlos o comprenderlos sino solo por sus efectos; así como por la huella del pie que queda en la arena sabemos que un hombre ha pasado por ese camino, pero no tenemos posibilidad de concebir por ello su virtud, conocimiento, fuerza, belleza o constitución: y de aquí surge que tantos Espíritus ingeniosos que han trabajado en este argumento casi todos hayan errado su objetivo y caído en algún error. Pues si (como enseña San *Agustín*) es una de las cosas más difíciles del mundo conocer la esencia del alma, lo cual *Aristóteles* también toca en su primer libro del alma, donde relata una infinidad de opiniones junto con sus diversos errores y desviaciones de la verdad, mucho más estará este argumento de los Espíritus cargado de muchas dificultades, puesto que no hay hombre que no tenga experiencia diaria de la naturaleza de las almas incluso en sus mismos sueños. Lo que me hace decir con Santo *Tomás* de *Aquino* que *Temistio* el Filósofo se ha equivocado más groseramente en este punto que cualquier otro. Pues no solo enseñó como verdad que en esta vida mortal podríamos alcanzar el conocimiento pleno y completo de los Ángeles, sino también que esta clase de conocimiento era más fácil que cualquier otro, debido a su constancia y estabilidad natural, por lo cual sucede que no están tan expuestos al cambio como lo están todos los demás cuerpos elementales. Contra esto, Santo *Tomás* se opone doctamente, exponiendo demostrativamente que cualquier conocimiento que un hombre pueda alcanzar en esta vida mortal (pues después de esta vida nuestro conocimiento será, sin comparación, mucho más excelente por la contemplación de aquel gran Espejo que todo lo comprende) procede y fluye necesariamente de los sentidos externos; y en la intermisión de su funcionamiento, el hombre aprehende después una concepción de aquello que fue ofrecido e impreso en su sentido. La verdad de esto puede observarse en un hombre que es ciego y sordo de nacimiento, que no tiene conocimiento de cosa alguna. Siendo, pues, que los Espíritus no tienen cuerpos, no pueden ser vistos por el ojo ni

recibidos en ningún sentido externo: y de ahí surge que un hombre no pueda formarlos en su imaginación, a menos que sea porque los vemos tenuemente por sus efectos: el mismo San *Agustín* confiesa que es una de las cuestiones más difíciles del mundo, y no se avergüenza de usar estas palabras: *Fateor excedere vires intentionis meæ* [Confieso que excede las fuerzas de mi intención], y *Aristóteles*, como para adelantarse a *Temistio*, declara que esta oscuridad no procede de los Espíritus, sino de la imbecilidad tanto de nuestros sentidos como de nuestro entendimiento, el cual, como él nota ingeniosamente, se asemeja al ojo de un Búho que no puede soportar el brillo del Sol, aunque sea la cosa más conspicua que existe. De aquí que todos los que se han esforzado por descubrir la intrincada naturaleza de estas sutilezas se asemejen a aquellos que, mediante una demostración matemática, querrían probar la *quadraturam circuli* [cuadratura del círculo]: pues al no poder alcanzarla, tienen una infinidad de hipótesis y suposiciones falsas. Entre estos pueden contarse los dos filósofos árabes, *Aben Rois* (a quien algunos por corrupción del habla llaman *Averroes*) y *Aben Pace*, cuyas opiniones son ampliamente refutadas por Santo *Tomás*. Pero para llegar a aquellos que se han acercado más a la verdad, *Aristóteles* afirma y prueba que aquellos pocos Espíritus de los que tenía conocimiento estaban ciertamente libres de cualquier masa o presión de cuerpos, y eran sustancias separadas y abstraídas de toda composición de elementos: pues él bien sabía que una forma corpórea debe proporcionarse al cuerpo en el cual actúa y produce movimiento. Si, pues, las Inteligencias que mueven los cielos fueran corpóreas, sería necesario que sus cuerpos fueran proporcionales a la cantidad de los cuerpos celestiales, la cual es tan grande que comprende y rodea todo el mundo, y en cuanto a su superficie exterior, no está contenida en ningún lugar. Si, entonces, estos Espíritus estuvieran formados con tal grandeza, serían excesivamente monstruosos y horribles de ver: lo cual no ha de concebirse de estas sustancias que son las más nobles y excelentes de todas las demás. Mueven, pues, los cielos como el alma racional mueve nuestros cuerpos, es decir, meramente por su voluntad, a la cual el cuerpo en sus movimientos corporales no puede resistirse, siempre que esté provisto de órganos adecuados para ello, *movet voluntate non tactu* [mueve por la voluntad, no por el tacto]: cuyo modo de trabajar es extraño e incomprensible, porque es un tipo de trabajo espiritual y no corporal. Muchas otras razones son alegadas por *Aristóteles*, pero debido a que son extraídas de la filosofía natural y no pueden entenderse fácilmente sino por aquellos que están bien versados en las máximas de esa ciencia, será suficiente que hayamos alegado estas pocas. *Platón* parece creer haber volado más alto en su filosofía, pero no está exento de estos errores:

pues habiendo obtenido la visión de las Sagradas Escrituras y tomando las palabras según el rigor de la letra, afirma que estos excelentes Espíritus tienen un tipo de cuerpo delgado y sutil, hecho de fuego o aire; en lo cual sigue a las Escrituras, que parecen decir que están hechos de viento o de una llama de fuego, y siempre mencionan que su aparición está revestida de tales formas materiales, como cuando hablan del Ángel que condujo al pueblo por el desierto, se dice que fue para ellos como una columna de fuego por la noche y como una nube durante el día. Además, en el monte Sinaí se vieron relámpagos, lámparas y llamas de fuego, así como los dos Querubines del propiciatorio se asemejaban a dos niños jóvenes con alas, y el ascenso de *Elías* al cielo fue mediante caballos de fuego. Pero *Platón* no comprendió que es cosa habitual en la Sagrada Escritura ponernos delante los más altos misterios mediante metáforas tomadas de cosas que son más viles, con tal de que nos sean más familiares. De igual manera, los cuatro elementos, los siete planetas y aquel cielo supremo de todos, donde Dios y sus Santos moran benditos para siempre, se nos representan en el propiciatorio mediante cosas artificiales: los siete planetas mediante las siete lámparas, en medio de las cuales una era más brillante y conspicua que el resto, y esa representaba al Sol: lo mismo puede decirse de otras cosas, como que en las vestiduras de *Aarón*, el Sumo Sacerdote, se hizo una representación de todo el mundo y una especie de expresión de la Majestad de Dios, como dice el sabio: *In veste Aaron erat descriptus orbis terrarum* [En la vestidura de Aarón estaba descrito el orbe de la tierra]. Los calzones de lino denotaban la tierra, no solo porque la tierra produce lino, sino también porque es uno de los materiales más ínfimos que allí se describen:

El gran cinturón con el que el sacerdote se ceñía representaba el mar Océano que rodea toda la tierra; el manto de terciopelo azul con las campanitas de granadas, el aire, que es del mismo color y es el taller donde se forjan todos los truenos y relámpagos; el roquete que llevaba sobre sus hombros, embellecido con toda variedad de colores preciosos, el cielo, donde todas las estrellas, como lentejuelas, embellecen aquel lugar; las doce piedras preciosas que estaban engastadas en esta vestidura, los doce signos del Zodíaco; la mitra sobre su cabeza, el cielo más alto; y la placa de oro en la que estaba grabado el nombre inefable de Dios, y que estaba sobre todo lo demás, representaba la Majestad de Dios. De la misma manera, Dios se nos esboza con ojos, oídos y manos, es decir, viendo, oyendo y haciendo todas las cosas; lo cual, al no comprenderlo, los Antropomorfistas sostuvieron (cayendo en el error de *Platón*) que Dios tenía también un cuerpo. Pero, ¡qué cuerpo tan monstruoso debe ser este, puesto que Dios mismo está en

todas partes! Bien podrían decir que es un Cordero, un León o un Oso y cosas similares, pues nada es más frecuente en la Escritura que tales discursos prestados. De modo que cuando los Ángeles son representados con alas, y se dice que están vestidos de viento o fuego, no significa otra cosa para nosotros sino que son veloces y están listos para ejecutar la voluntad de Dios, como el Salmista lo explica al hablar de los Ángeles: *Potentes robore seu virtute ad audiendam vocem sermonum eius* [Poderosos en fortaleza o virtud para obedecer la voz de sus palabras]. Los paganos también, habiendo robado lo mismo de las antigüedades judías (como las llama *Josefo*), es decir, de la Sagrada Escritura, presentan a Mercurio con alas y describen el viento en forma de hombre con alas, para expresar con ello la rapidez y celeridad que concebían y veían en estas cosas. Y *Homero*, cuando quería hablar del descenso de Dios a la tierra (a quien siempre llama *Júpiter*), lo hace bajar cubierto y envuelto en una nube; lo cual robó de los libros de *Moisés*, donde siempre se dice que Dios baja en una nube, *Descendebat columna nubis ad ostium Tabernaculi* [la columna de nube descendía a la puerta del Tabernáculo], y como dice el rey *David*, *Descendit dominus & caligo sub pedibus eius* [descendió el Señor y la oscuridad bajo sus pies]. El viento también se representa como un hombre con alas, lo cual se extrae de aquel pasaje: *Qui ambulas super pennas ventorum* [Tú que caminas sobre las alas de los vientos]. Y para que podamos comprender más plenamente la majestad y antigüedad de la Sagrada Escritura, de donde las opiniones de *Platón* tuvieron su primer fundamento y origen, y que los más famosos filósofos y teólogos han seguido en parte, como demostraremos enseguida, es conveniente observar brevemente lo que los antiguos han expresado con más amplitud, especialmente *Clemente de Alejandría*, *Orígenes*, *Eusebio* y *Tertuliano*: y es que todo lo que los poetas y filósofos, ya fueran griegos o latinos, han dejado verdadera y excelentemente a la posteridad, lo han robado o tomado prestado de las costumbres del pueblo de Israel. San *Crisóstomo* elogia la invención de los poetas al describir el sol tirado en un carro ardiente por cuatro caballos que corren a toda velocidad: esto no es una mera fábula, dice él, si se entiende correctamente, porque el Sol en griego se llama *Helios*. Pues al encontrar que *Elías* fue llevado al cielo en un carro de fuego tirado por cuatro caballos, aplicaron esto al Sol, imaginando que la Escritura hablaba metafóricamente, y que por *Elías* quería decir *Helion*, es decir, el Sol. También se dice que los Querubines son tirados en un carro, y *Habacuc* los llama los caballos de Dios, diciendo: *Qui ascendis super equos tuos* [Tú que montas sobre tus caballos]; esto quisieron expresar los poetas cuando dicen que los cielos son girados y rodados por Ángeles, como si fueran tirados por caballos veloces. Además, dado que los judíos tenían

dentro de su Templo dos tipos de Oráculos, uno vocal y el otro mudo y sin voz: el primero era cuando Dios hablaba desde medio del Tabernáculo a *Moisés*, el otro cuando desde las piedras preciosas del Efod del sumo sacerdote irradiaba un cierto esplendor que presagiaba buena fortuna, lo cual se menciona en el primero de los Reyes. Los gentiles en esto se esforzaron por imitar a los judíos, y tuvieron también dos tipos de Oráculos: uno que hablaba y era llamado *Oraculum Dodoneum* [Oráculo de Dodona], el otro que no hablaba y era llamado *Oraculum Hammonium* [Oráculo de Amón]: cuya palabra Oráculo no significa en hebreo otra cosa sino un lugar de habla y donde comúnmente se dan respuestas, pues se llama *Debir*; en griego puede llamarse *λαλιεῖον* [lalieion], en latín *Loquutorium* [locutorio], como ha observado San *Jerónimo*. Y así como en la Ley se manda que ofrezcan tortas a Dios en sus sacrificios, pero que ningún sacrificio sea sin sal, así también nota *Plinio* de los gentiles: *omnibus sacrificijs adhiberi solitam molam salsam* [se solía emplear molienda salada en todos los sacrificios], lo cual también es atestiguado por *Ovidio*: *Ante deos homini quod conciliare valebat far erat, & puri lucida mica salis* [Lo que antes de los dioses solía conciliar al hombre era la harina y una brillante pizca de sal pura]. De aquí tienen su comienzo las costumbres de los gentiles, y esto lo ha seguido *Platón* de manera más excelente y precisa que cualquier otro; por lo cual ganó el sobrenombre de Divino, siendo comúnmente llamado *Diuinus Plato*. No debemos, pues, asombrarnos de que *Platón* afirme que los Ángeles tienen cuerpos de fuego o aire, puesto que la Escritura hace de ello repetición tan clara y frecuente; y puede ser que él entendiera esos discursos según el sentido y significado de la Escritura, es decir, metafóricamente, ya sea porque no son tan groseros y pesados como los cuerpos humanos que sufren cansancio en su movimiento, o más bien porque son como aves o nubes en el aire, o bien porque se aparecen a los hombres en tales formas y maneras. Pues si es lícito que *Moisés* diga que Dios es un fuego: *Deus noster* (dijo) *ignis consumens est* [Nuestro Dios es fuego consumidor], porque así se le representó en la zarza y sobre el monte, ¿por qué no ha de sernos lícito decir que los Espíritus están hechos de aire o fuego, porque en sus apariciones siempre toman sobre sí un cuerpo aéreo o ígneo? Y así debemos entender a San Agustín cuando parece afirmar que los espíritus tienen cuerpos; y así también ha de ser interpretado San Bernardo, es decir, que se dice que los espíritus tienen cuerpo cuando desean aparecérsenos, pues no pueden tener otro significado, ya que nuestro ojo no tiene proporción con las sustancias espirituales. Bien puede ser que algunos hayan hablado así de ellos para dar a entender que los espíritus no son meras cualidades, sino esencias que subsisten por sí mismas; lo cual va muy en contra del error de los saduceos, quienes

reducían todas las apariciones relatadas en los cinco libros de Moisés a las imaginaciones y fantasías de los hombres; cuando en verdad, los ángeles entienden, confieren y dirigen a los hombres, manejando y gobernando provincias y reinos, y como dice nuestro Salvador, siempre contemplan el rostro de Dios Padre que está en los cielos. Así debe ser entendido Tertuliano cuando dice que Dios tiene un cuerpo, no porque tenga la más mínima composición de materia, sino que es un cuerpo, es decir, una cosa que subsiste realmente, acomodando su manera de hablar a la debilidad de las comprensiones más rudas, y tal vez a los entendimientos de ciertos antropomorfistas quienes, como dice Casiano, por razón de su gran torpeza y simplicidad, no podían concebir que nada pudiera subsistir realmente a menos que tuviera un cuerpo, no siendo capaces, como solemos decir, de ver más allá de sus narices. No obstante, la experiencia del funcionamiento del alma puede ser suficiente para elevar los pensamientos de los hombres de tales concepciones terrenales sobre los espíritus, puesto que el alma discurre y trabaja aunque el cuerpo haya caído en un sueño profundo. Adán, cuando dormía profundamente, vio a Dios cuando tomó de él una de sus costillas para hacer de ella a la mujer; y cuando el alma en la hora de la muerte se divorcia del cuerpo, no puede ser vista por nadie porque es un espíritu, como el mismo Cristo dijo en tal ocasión: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*, y después, *e inclinando la cabeza, entregó el espíritu*. Que podemos usar estas frases al hablar en un buen sentido, aparece por lo que hemos dicho anteriormente, pues no podemos errar al usar frases de la Escritura si se toman de acuerdo con el significado de la misma, como Cristo Jesús mismo declara en San Juan, cap. 10, donde argumenta contra los fariseos, quienes en aquellos días se aferraban meticulosamente a las palabras, como tenemos a muchos de esa casta capciosa entre nosotros en estos tiempos. Además, no ha de concebirse que personajes tan grandes y doctos fueran tan ignorantes como para no estar versados en los textos del Nuevo Testamento, que declaran claramente que no tienen cuerpos. En tercer lugar, ellos se expresan e interpretan a sí mismos la mayor parte de las veces, como San Atanasio entre el resto, quien en su definición de los ángeles dice brevemente: *El ángel es un animal racional*; pero debido a que la palabra (*Animal*) significa una sustancia corporal, él se explica después a sí mismo y dice: *Sin embargo, carece de materia*. En lo cual, aunque parece contradecirse, su intención es que, puesto que la Sagrada Escritura denomina a estos espíritus *Animalia* (seres vivientes) en el Éxodo y en Habacuc (*En medio de dos animales*), no es absurdo darles las mismas apelaciones; pero estos pasajes han de entenderse metafóricamente, y entonces no puede inferirse que se les atribuya sustancia corporal alguna. Así dice

Dídimo, maestro de San Jerónimo, que un ángel solo puede estar en un lugar a la vez; y para que nadie lo malinterprete pensando que sostiene que son corpóreos (porque es propiedad de un cuerpo estar circunscrito en un lugar), añade en ese mismo pasaje que no están propiamente rodeados o limitados por ningún lugar, dándonos a entender así que su intención no era atribuirles ninguna sustancia corporal. Lo mismo puede observarse en San Jerónimo, quien dice con San Pablo que los ángeles y las almas doblan sus rodillas ante Dios; sin embargo, no debemos aquí (dice él) concebir que tienen sus miembros y dimensiones como nosotros. Antes de que descendamos a las pruebas de las Escrituras, haremos bien en examinar si la opinión de aquellos que toman la frase bíblica según el rigor de la letra puede ser defendida. Santo Tomás disputa contra ella y dice que no puede defenderse. Pues primero, si tuvieran cuerpos hechos de aire (como soñó Apuleyo), no podrían ser inmortales, sino que al final caerían en la corrupción como nosotros; porque todo lo que está compuesto de cualidades elementales debe necesariamente estar formado por naturalezas contrarias y repugnantes, que al final, por su perpetua oposición y lucha, se arruinan unas a otras; y esta verdad es incuestionable. Segundo, el aire es un cuerpo que los filósofos llaman *homogéneo*, es decir, cuya parte más pequeña es de la misma naturaleza y condición que el todo, así como cada gota de agua es agua tanto como los ríos enteros o el mar; de donde seguiría este absurdo de su opinión: que todo el cuerpo del aire debería ser una inmensa sustancia angelical. Tercero, los miembros de un cuerpo vivo deben tener diversos órganos aptos para el desempeño de aquellas funciones para las cuales la naturaleza los ordena, lo cual no puede ser cierto en el aire; y si estuvieran hechos de aire, podrían ser disueltos y derretidos en agua como las nubes, y también deberían ser calientes y húmedos como el aire; así como si estuvieran compuestos de fuego, entonces deberían quemar. Todas estas absurdidades muestran evidentemente que se dice que son aéreos solo porque permanecen la mayor parte del tiempo en el aire. Y por tanto San Pablo, escribiendo a los Efesios, que eran grandes filósofos y muy adictos a la magia (como observa San Jerónimo), les da a entender que esta opinión no era repugnante al cristianismo, sino que debían tener por verdad que hay un gran número de espíritus en la región aérea, contra quienes debían combatir: insinuando con ello que pueden en este sentido ser llamados aéreos, si con ello queremos decir que son espíritus, sin carne ni huesos. *No es nuestra lucha* (dice él) *contra carne y sangre, sino contra los principados y potestades de este aire*; también los llama *maldades espirituales en las regiones celestiales*. Podemos con seguridad (dice aquel Padre) llamarlos aéreos o celestiales, pero debemos siempre suponer que son espíritus. En este sentido llaman los

hebreos a las aves volátiles del cielo y del aire, y los hombres son por ellos llamados terrestres; no porque las aves tengan cuerpos de aire o los hombres de tierra, sino porque habitan en el aire y moran sobre la tierra. Para conclusión de este punto, escuchemos lo que dicen las Sagradas Escrituras; y por el Antiguo Testamento, el rey David los llama espíritus, donde dice: *El que hace a sus ángeles espíritus*; como si hubiera dicho: Señor, tú has ordenado que aquellos a quienes llamamos ángeles sean espíritus. Ahora bien, hay una contradicción y antítesis entre un cuerpo y un espíritu, de modo que la consecuencia por negación sigue necesariamente una de la otra: si tal cosa es un cuerpo, se inferirá negativamente que entonces no es un espíritu; y por el contrario, si es un espíritu, entonces no es un cuerpo; conclusión que el mismo Cristo hace a sus Apóstoles cuando después de su resurrección pensaron que era un espíritu: Tocadme (dijo él) y ved lo que soy (habiendo resucitado con mi verdadero cuerpo), pues un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. De modo que esto sería suficiente para probar que un espíritu no tiene cuerpo, aunque no hubiera ningún otro lugar o texto para reforzar lo mismo. Y para que no caigamos en las opiniones de ciertos estoicos, que sostenían diversidades de géneros en los ángeles, y que algunos tenían cuerpos y otros no, San Pablo nos dirige a esta máxima general, que es sin excepción, cuando pronuncia esta sentencia: *Todos son espíritus administradores*; y en otro lugar dice que entre las criaturas de Dios hay algunas visibles y otras invisibles, tales como Tronos, Dominaciones, Principados y Potestades; para confirmación de lo cual podemos añadir lo que ya hemos alegado de la Epístola a los Efesios, donde se expresa una oposición entre las cosas que pertenecen a la carne y la sangre, y las cosas que pertenecen al espíritu. Tocante a los demonios, también son llamados espíritus; pero para poner una diferencia entre los buenos y ellos, siempre se añade alguna restricción; como en la historia de Acab, uno de ellos habla de esta manera: *Seré espíritu mentiroso en la boca de los profetas*. Cristo Jesús a menudo los llama espíritus inmundos, o ángeles del demonio; conforme a lo cual San Pablo los denomina ángeles de Satanás, lo cual debe entenderse que procede de su imitación, no de su creación. Pero podría objetarse que tienen un cuerpo y están ligados tan realmente a él que Abraham lavó sus pies, tomaron a Lot por el brazo y con mano fuerte lo sacaron de Sodoma; y Jacob luchó un día entero con ellos. Es cierto, en efecto, que a veces se apoyan en un cuerpo, pues de lo contrario no podrían ser vistos, porque por sí mismos (como dice San Pablo) son invisibles; sin embargo, no debemos restar valor a la autoridad de las Escrituras, que nos enseñan claramente que no tienen cuerpos propios; pues debemos afirmar con Tertuliano: *Tienen cuerpos ajenos, pero no suyos*: Tienen cuerpos (dice él)

que toman prestados, pero no tienen ninguno en su propia naturaleza. Sabemos que un espíritu se apareció a nuestra abuela Eva en forma de serpiente; sin embargo, nunca hubo nadie de tan torpe y terrenal comprensión que afirmara que este cuerpo de serpiente era el cuerpo de un ángel. Debemos decir, entonces, que este cuerpo fue formado de uno de los cuatro elementos; no de fuego, pues quemaría; ni de agua, pues tal cuerpo se desvanecería fácilmente y se disolvería; ni de tierra, pues esa permanecería sólida a la vista, y debería después: debe, por tanto, estar necesariamente formado de aire, tanto porque los espíritus tienen sus lugares de morada arriba, los buenos espíritus habitando en el cielo y los malos en el aire, como también porque este elemento toma fácilmente la impresión de todos los colores y formas: como vemos qué gran variedad de colores hay en el arcoíris, y qué diversidades de figuras y semblantes con formas de dragones, serpientes y similares se nos representan en las nubes. Y estas formas se disuelven en aquello de donde fueron exhaladas y extraídas, dice Tertuliano: *Por la misma razón esa apariencia fue interceptada por la que había sido producida; si no tuvo un inicio visible, tampoco un fin*. Por lo cual aparece que la paloma que descendió del cielo y se posó sobre Cristo Jesús fue formada de aire, y no de tierra: pues se dice, *El Espíritu Santo descendió sobre Él en forma corporal como una paloma*. Lo mismo puede decirse de las lenguas de fuego que se posaron sobre los Apóstoles en la fiesta de Pentecostés: *De repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba*. De modo que está claro que estas apariciones están formadas de aire, como la nube desde la cual Dios Padre habló a su Hijo en su transfiguración, la cual se desvaneció en el aire, como hizo también Moisés, cuyo cuerpo en esa aparición estaba compuesto del mismo elemento: y mientras los ojos de los apóstoles estaban fijos en estos objetos, desapareció, y no vieron a nadie sino a Cristo Jesús solo. Así, cuando el ángel se apareció a Manoa, padre de Sansón, ascendió al cielo en una llama de fuego, y en su ascenso fue visto visiblemente por él: pero poco a poco Manoa y su esposa perdieron la vista de él, porque su cuerpo comenzó a disolverse en la materia prima de la cual fue formado. Así lo hizo el ángel que acompañó a Tobías en su viaje: Es hora ya (dijo él) de que yo regrese a aquel que me envió; y al instante desapareció de ellos. Y para añadir a la verdad de esto, algunos alegan la experiencia, diciendo que si un hombre cortara tales cuerpos aéreos, les sucedería lo mismo que al rayo de sol, el cual vuelve a juntarse y se une al instante sin señal alguna de tal separación; lo cual concuerda muy bien con la naturaleza del aire, y es apto para refutar el error de Psellos, quien en el séptimo capítulo de su libro sostiene que tienen un cuerpo natural, aunque en el capítulo 23 concede que tales cuerpos, al ser partidos, vuelven a unirse, como hace el aire cuando

es dividido; de donde fácilmente podría haber colegido que estos cuerpos deben estar hechos de aire y no ser propios de los ángeles. Pues tocante a la razón que él aporta, de que si no tuvieran cuerpos no podrían ser atormentados con fuego, es cierto que la divina providencia puede fácilmente hacer que un cuerpo actúe realmente sobre un espíritu, e igualmente lo contrario: lo cual ningún cristiano puede negar que es obrado por la divina providencia en el sacramento del Bautismo, donde el agua, como instrumento de la divina bondad, lava y purga real y verdaderamente el alma, que es un espíritu: y la experiencia nos enseña esta verdad en la naturaleza, pues las imaginaciones, que son cosas corporales, deprimen el alma y la vuelven pesada hasta la muerte, como el mismo Cristo Jesús dijo. Además, por esta razón deberíamos decir que las almas de los condenados, habiendo partido de este mundo, no son arrojadas al fuego del infierno porque no tienen cuerpo y deben ser, por tanto, impasibles: y así caeremos en la herejía de aquellos que sostienen que las almas yacen durmiendo hasta el día del juicio, lo cual se opone directamente a las Sagradas Escrituras; las cuales nos muestran que las almas de los hombres buenos regresan a Dios que las ha creado, para estar tranquilas en sus manos y bajo su protección; como dice San Esteban, *Señor, recibe mi espíritu*: y San Pablo deseaba la muerte con ningún otro fin sino estar con Cristo, *Deseo*, dijo, *ser disuelto y estar con Cristo*: lo cual es confirmado por San Juan en el Apocalipsis, diciendo: De ahora en adelante las almas descansan de sus trabajos, pues sus buenas obras las siguen; y la muerte (dice San Pablo) será para mí una ganancia: por otro lado, enseñan que las almas de los réprobos son atormentadas en las llamas del infierno, como aparece en el Evangelio con el rico Epulón, y por el dicho de San Juan Bautista, quien dijo a los fariseos que el hacha ya estaba puesta a la raíz del árbol, y todo árbol que no diera buen fruto sería cortado y echado al fuego. Esto afirma San Judas que ya ha sucedido a los sodomitas, como también a Coré, Datán y Abiram con sus cómplices, y que descendieron vivos al infierno. Pero aquí puede hacerse una objeción: ¿cómo pueden los espíritus formar para sí tales cuerpos a su voluntad? San Agustín responde que los espíritus, por una cierta agilidad y poder natural, pueden llevar a cabo cualquier cosa que pueda hacerse en la naturaleza: pues conocen perfectamente no solo los efectos de la naturaleza, sino también las causas; lo cual procede de la finura y sutileza del espíritu con que están dotados: la cual saben manejar y aplicar tan bien que, cualquier cosa que la naturaleza hace sucesivamente y con tiempo, ellos la hacen en un instante. Vemos que el aire, diversas veces dispuesto para ello por ciertas causas, se pinta variadamente con colores y diversos semblantes; y en el verano vemos a veces caer sapos y ranas con la lluvia, lo cual procede de la corrupción del aire,

de donde también se engendran mariposas y orugas y similares bichos; todo lo cual es producido por las operaciones sucesivas de la naturaleza. Efectos similares pueden ser producidos por los espíritus mediante la unión de causas, tras lo cual los efectos siguen necesariamente. Así leemos que el Demonio tomó sobre sí la forma de una serpiente, lo cual no puede negarse; como también que los magos del Faraón, con la ayuda de Satanás, hicieron aparecer serpientes y ranas ante el pueblo: y seguramente pueden de la misma manera dar forma y fingir cualquier otra figura, incluso la de un hombre mismo, como queda claro por las apariciones relatadas en el libro del Génesis. De donde debemos extraer esta conclusión necesaria: que es contrario tanto a la razón natural como a la Escritura que los espíritus tengan cuerpos, sino que son incorpóreos e invisibles. La resolución de todo este discurso puede hallarse en el libro titulado *Sobre los dogmas eclesiásticos*, que se encuentra entre las obras de San Agustín, donde en el capítulo 11 dice: Creemos que Dios es invisible e incorpóreo, porque está en todas partes y presente en todos los lugares, mas no limitado por ningún lugar; pero creemos que las sustancias intelectuales son corpóreas porque están circunscritas en un lugar, como el alma dentro del cuerpo: y de aquí es que se llaman corpóreas, porque están limitadas en sus sustancias. Resta que procuremos saber cuándo fueron creados, puesto que Moisés no hace mención de ello; y de dónde procede que haya una diferencia entre los espíritus, de modo que algunos son buenos y otros malos.

CAP. III. *De la creación, bondad o malicia de los Ángeles.*

San Atanasio, cuando debía dar su completa resolución y opinión concerniente a los espíritus al príncipe Antíoco, pregunta en primer lugar si los ángeles fueron creados o no; pues Moisés no hace mención de ello en el primer capítulo del Génesis, donde se esfuerza a propósito en magnificar el poder y la bondad de Dios en la obra de la Creación. Y con buena razón toma su comienzo de esta pregunta, ya que el argumento de más peso que los saduceos y ateos pueden alegar para sí es que Moisés, hablando de todas las criaturas de Dios y de los cielos mismos, no hace mención de los ángeles: sobre lo cual los antiguos se han esforzado por dar una resolución satisfactoria a esto, como San Crisóstomo, San Atanasio, Teodoreto y otros. San Crisóstomo particularmente en dos pasajes determina este punto. Bien sé (dice él, hablando al pueblo) que estáis acostumbrados a preguntar por qué no se dice: *En el principio creó Dios a los Ángeles y Arcángeles*, así como está escrito: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*,

especialmente siendo que los ángeles y arcángeles son indudablemente composiciones de más nobleza y pureza que el cielo o la tierra. Habéis de saber (dice él) que la Sagrada Escritura no es otra cosa sino una carta misiva que Dios envía a nosotros por sus ministros: no menos que cuando leemos que Elías fue enviado por Dios a Joram, rey de Israel, con una carta misiva para apartarlo de sus faltas e instruirlo en la voluntad de Dios. Ahora bien, cuando un gran señor escribe sus cartas misivas, acomoda el estilo y la materia de ellas a la calidad y capacidad de la persona a quien las dirige: pues debe escribir a un príncipe de una manera, y de otra manera a un filósofo, y de modo diferente a estos cuando escribe a su esposa o a sus hijos. Ahora bien, la primera carta misiva que Dios en su bondad envió al hombre fueron los cinco libros de Moisés, los cuales dirigió al pueblo de Israel. Este pueblo de Israel, a quien la carta fue dirigida, era un pueblo rudo e ignorante, porque acababan de ser emancipados de la esclavitud y servidumbre de Egipto, donde habían estado por espacio de 400 años muy cruelmente oprimidos, siendo todos ellos obligados a aplicarse a oficios y trabajos manuales, como recoger paja y barro, y llevar grandes cestas sobre sus hombros llenas de tales materiales, con los cuales debían después hacer ladrillos, y luego llevarlos a donde se construían las ciudades y pirámides de Egipto; y esto hacían diariamente, no teniendo tiempo para respirar o para servir a su Dios ni un solo día, como puede verse fácilmente al comienzo del Éxodo; de modo que lo que se dijo de José puede aplicarse muy a propósito a este pueblo: *Apartó su hombro de las cargas, sus manos sirvieron en el canasto*. Esta fue la causa de que fueran una nación ruda y totalmente ajena a la buena literatura. Y esta es la maña peculiar de los tiranos (como escribe Aristóteles en su Política), quienes no permiten a sus súbditos estudiar y alcanzar el aprendizaje; lo cual fue la práctica de Juliano el Apóstata contra los cristianos. Eran todos ellos muy ignorantes, excepto Moisés, quien estuvo exento de tal rudeza porque recibió su educación en el Palacio del Rey y fue el hijo adoptado de la hija del Rey Faraón; y esto lo observa bien San Esteban, diciendo: *Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios*; pues tenía habilidad en Astronomía, Geometría y Matemáticas, pero el resto del pueblo era sumamente ignorante y no podía concebir nada excepto lo que veían con sus ojos, que es la costumbre ordinaria de la gente iletrada, que no es capaz de elevar sus espíritus más alto que la tierra y se ríe de los filósofos cuando disputan sobre la redondez del Sol, la altura del cielo y la forma esférica del mar y la tierra. Y por esto Moisés dice a Dios: ¡Ay, Señor!, me aseguro de que no creerán lo que les diga; pues cuando hable de Ti, Señor, ¿qué modo mantendré en mi discurso para darles a conocer Tu Majestad, siendo que sus comprensiones saben tanto a tierra y torpeza? Pero

Dios le respondió: te bastará decirles que aquel (*que es*) te ha hablado; pues no quiso que él les hablara en un tono más alto que el de Su sola existencia, que es algo común y acorde a la más mínima criatura del mundo, aunque si estas palabras se entienden por naturaleza y no por participación tienen un significado alto y misterioso; pero esta distinción no les fue mencionada porque él quería ajustar su discurso a sus entendimientos. Y esta es la misma opinión de San Dídimo, quien muestra que, de acuerdo con la diversidad de los tiempos y las personas, vinieron profetas y otros en el nombre de Dios: algunos con el nombre de Aquel que era Todopoderoso, otros con el nombre de Aquel que estaba colmado de toda bondad, y otros con el nombre de rigor e justicia implacables. Y así (dice él) fue enviado Moisés a este pueblo rudo con el nombre de Aquel *Que Es*, pues Dios no quería en ese tiempo exigir nada de ellos, sino que comprendieran que el Dios de sus padres es, y no era como los falsos dioses de Egipto, que en verdad no eran, porque no tenían ni siquiera una existencia, que es lo mínimo que cualquier cosa puede tener. De igual manera, cuando Cristo Jesús se dirigió a las siete Iglesias de Asia, estableció diversos atributos de Su Majestad al principio de esas cartas de acuerdo con la diversidad de las personas. Y San Pablo, predicando en Atenas entre los filósofos, declinó a propósito hacer mención particular de la Trinidad, pero pensó que era suficiente expresarles que había un Dios que creó el cielo y la tierra: *Dios (dijo), que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas*. San Pedro también, en su primer sermón a los judíos, no expresa claramente de entrada que Cristo Jesús era el Dios verdadero, sino que, acomodándose a ellos, se contenta si al principio puede ganar al menos esto en su creencia: que Cristo Jesús fue un hombre santo e inocente enviado por Dios, *A Jesús (dijo) Nazareno, varón aprobado por Dios con señales y prodigios*; pero después les habla en un tono más elevado, habiéndolos preparado una vez para instrucciones más divinas. Y así también aquí, con el paso del tiempo, manifestó Dios a este pueblo que había ángeles, y que tenían su creación de Él, como veremos al momento. Lo cual también se despliega más expresamente en el Nuevo Testamento, tiempo en el que los hombres se volvieron más familiares y conocieron mejor los secretos de Dios. Esta es la razón de San Crisóstomo, que es muy probable y apta para ser admitida. San Atanasio ofrece otra razón, diciendo que este pueblo estaba sumamente dispuesto a creer y admitir la pluralidad de dioses, lo cual con el tiempo tomaron de las supersticiones de los egipcios; concepto que, una vez convertido en hábito y costumbre, llegó a ser casi natural para ellos y estalló abiertamente en el desierto cuando dijeron en plural: *Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la*

tierra de Egipto. Y por esto Dios aprovechó la ocasión para insistir en la explicación de esto en el primer mandamiento de la Ley (que dice: *El Señor tu Dios, uno es*) más tiempo que en todos los demás mandamientos, porque el pueblo estaba tan inclinado a esta pluralidad de dioses y hacía poco que habían fabricado y adorado un becerro. Lo cual harían bien en observar quienes, porque después se dice: "No te harás imagen de ninguna cosa que esté en el cielo o en la tierra", imaginan que este es el segundo mandamiento, y preguntan la causa de por qué los curas no lo pronuncian así en su servicio, sin entender que el cura no pronuncia sino un breve resumen de los mandamientos de Dios, y que esto de lo que se quejan no es propiamente un mandamiento, sino una exposición más amplia del primer mandamiento, contra el cual el pueblo había transgredido más durante mucho tiempo. Por tanto, San Atanasio observa bien que no era seguro mencionarles a los ángeles, porque al punto los habrían considerado dioses; lo cual también hicieron Carpócrates, Basílides y otros discípulos de Simón el Mago, como han escrito San Ireneo y Tertuliano. A lo cual podemos añadir una tercera razón extraída de los teólogos más modernos, y esa es que Cristo Jesús era el fin y el propósito de la ley, quien debía tomar sobre sí la carne de Adán y no la naturaleza de los ángeles, como nota San Pablo: *El fin de la ley es Cristo, y en ninguna parte tomó a los ángeles, sino que tomó la simiente de Abraham*. Puesto que Cristo Jesús no debía ser el Redentor de los espíritus, sino de los hombres, Moisés con buena razón pasó por alto a los ángeles en silencio y limitó su discurso a la mención de las criaturas visibles, sobre las cuales el hombre tenía dominio, para que en conclusión pudiera inferir que solo el hombre tenía el privilegio de ser hecho a imagen y semejanza de Dios, para que al final pudiera ser deificado y hecho partícipe de la naturaleza divina a través de Jesús Cristo. Con lo cual pensó guiar y conducir al hombre más fácilmente al conocimiento de la gracia de Dios hacia él, ya que tuvo más memoria de él que de los ángeles mismos, quienes fueron justamente pasados por alto sin mención, si consideramos cuánto fue honrada nuestra naturaleza humana por la palabra divina: de modo que aquel que es Dios adorado por todos, es un hombre como nosotros; siendo tan absolutamente hombre como yo lo soy, y siendo tan verdaderamente hombre como es verdaderamente Dios. Y esta es la conclusión que San Pablo hace contra los judíos cuando habla de los ángeles: *En ninguna parte tomó a los ángeles, sino a la simiente de Abraham*. Es también manifiesto que el Antiguo Testamento no hace mención del pecado de Lucifer y sus adherentes, sino indirectamente y de pasada, como cuando los hombres de mente altiva son comparados con él; así en el capítulo 14 de Isaías, donde se hace mención de Nabucodonosor, Rey de Babilonia, y en Ezequiel 28, donde se

describe al Rey de Tiro, siendo ambos maravillosamente orgullosos y presuntuosos contra Dios; ellos son (dice la Escritura) semejantes a Lucifer. Pero de propósito no se hace relato de esto, excepto si es incidentalmente y (como decimos) *per accidens*. Pues Cristo Jesús no pagó rescate por los espíritus malvados como lo hizo por los hombres, sino que ha declarado claramente que el fuego del infierno es desde toda la eternidad preparado para el *Diablo y sus ángeles*. Pero aunque Moisés no hizo mención directa de ellos, sí lo insinuó tácitamente cuando dice de los siete días que se seguían unos a otros, y que los cielos seguían su curso, haciendo el día y la noche, la tarde y la mañana, lo cual no podría ser posible sin el ministerio y ayuda de los ángeles. Además, cuando concluye: *Quedaron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo el ornato de ellos*, por el ornato perfecto del cielo entiende a los ángeles. Pues ese excelente ornato que añade tal gracia a los cielos es su movimiento, sin el cual (como el mismo Aristóteles bien sabía) el cielo no podría irradiar ninguna influencia sobre la tierra, como insinúa San Juan cuando dice: *Juró por el que vive por los siglos que no habrá más tiempo*. Pues si dijéramos: "he aquí un hombre perfecto", este habla importa que tiene un alma y que su cuerpo está dispuesto y ajustado para aquellos movimientos que son naturales al hombre. Por lo cual San Crisóstomo amonesta que por este ornato no debemos entender solamente la luz o las estrellas, sino muchas otras perfecciones, tanto de superior como de inferior consideración. Pero porque esta manera de hablar es muy oscura, San Atanasio, Teodoreto y San Crisóstomo plantean la cuestión de si las Escrituras dicen directamente que los ángeles fueron creados por Dios o no; y sus resoluciones son que sí lo dicen. Primero, el Rey David nos hace un Salmo expreso sobre la creación del mundo, donde habla generalmente de todas las criaturas: espirituales, racionales, sensibles, terrestres; como también de aquellas criaturas que tienen su ser en el agua y el aire en el Salmo 103, donde comienza a hablar de la Majestad de Dios de esta manera: *Te has vestido de gloria y de majestad, cubierto de luz como de un vestidura*; luego habla de los cielos diciendo: "Tú los has extendido sobre nosotros como una tienda"; entonces añade a los ángeles: *El que hace a sus ángeles espíritus*, quien hace (dice él) tus Ángeles Espíritus. Donde, por cierto, podemos observar para nuestra mejor información en este y otros pasajes similares de la Escritura, que los hebreos tienen solo tres tiempos en sus verbos: el pretérito perfecto, el presente y el tiempo futuro; y no tienen el uso, como lo tienen los griegos y latinos, de los tiempos pretérito imperfecto y pretérito pluscuamperfecto, de lo cual surge que el tiempo presente entre los hebreos puede (según lo permita la oración) ser traducido por el tiempo pretérito imperfecto, así como también por el pretérito perfecto y por el tiempo pretérito pluscuamperfecto. Y esto

es practicado por los hebreos en este mismo pasaje de la Escritura, como si dijeran en latín, Qui faciebas Angelos Spiritus; es decir, Señor, en el tiempo de la creación tú hiciste y diste forma a estos Espíritus, para ser los mensajeros y ministros de tu buena voluntad. Por cuyo pasaje David no solo muestra que Dios creó a los Ángeles, sino también, contrariamente a la opinión de los griegos y latinos, que los Ángeles fueron creados cuando Dios hizo el cielo y la tierra, y no como algunos dirían, muchos miles de años antes: de modo que no es por casualidad que primero hizo mención de la esencia de Dios, y luego de los Ángeles, y por último de todas las demás criaturas. El mismo método observa en el Salmo 148, donde invita a todas las cosas a alabar a su Creador, y no omite a los Ángeles, sino que los coloca en el primer rango, diciendo: Laudate eum omnes Angeli eius, laudate eum omnes virtutes eius [Alabadle, todos sus ángeles; alabadle, todos sus ejércitos], y concluye que Dios los formó y creó como ha hecho con todas las demás criaturas, quoniam ipse dixit & facta sunt, ipse mandauit, & creata sunt [porque él dijo, y fueron hechos; él mandó, y fueron creados]. El mismo orden es observado por los tres hombres que fueron arrojados al horno de fuego en Babilonia, quienes en su acción de gracias invitan a todas las obras de la mano de Dios a bendecir a su Creador, y descendiendo a los detalles, presentan a los Ángeles como las criaturas más excelentes de todas, para cantar y decir armoniosamente: Benedicite omnia opera Domini Domino, cantate & superexaltate [Bendecid, todas las obras del Señor, al Señor; cantad y exaltadle sobre todo].

por los siglos de los siglos. Bendecid, ángeles del Señor, al Señor; bendecid, cielos, al Señor. Donde es muy notable (para que no nos desviemos del argumento que nos ocupa) contra aquellos que conciben que la creación de los ángeles fue mucho antes que la creación del cielo, que por lo tanto en este lugar y en algunos otros, se dice que el cielo es puesto después de los ángeles, para figurarnos así la trascendencia de los ángeles por encima de todas las demás criaturas: ni podemos dar ninguna otra razón probable y literal de por qué los cielos deberían ser preferidos antes que los ángeles, sino esta que ya hemos alegado. San Crisóstomo afirma que San Juan hizo mención de la creación de los ángeles cuando dice: *Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho.* Y San Pablo, por así decirlo, comenta esta sentencia de San Juan, habiendo sido arrebatado al cielo después de él, en su Epístola a los Colosenses: *Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo*

fue creado por medio de él y para él. Y esto, sin duda, refuta a todos los maniqueos, marcionistas y otros sectarios y discípulos de Simón Mago, de modo que podemos concluir de aquí que Dios creó a todos los ángeles buenos al principio, es decir, perfectos en toda bondad tanto de naturaleza como de gracia: porque todo lo que Dios hizo, vio que era sumamente bueno, como lo expresa Moisés: y hacia el final de sus libros da una razón de lo mismo al pueblo, diciendo: *Perfectas son las obras de Dios*: con lo cual concuerda el sabio, quien nos da a entender que Dios hizo todas las cosas en número, peso y medida, en las cuales ni el más capcioso puede encontrar la menor discordia o mancha. Y el mismo Jesucristo nos asegura que el Diablo no persistió en la verdad, es decir, en su integridad original en la que fue creado: y que una vez estuvo en el cielo, pero cayó de allí como un rayo. San Pedro y San Judas dan la razón de esta caída, porque, dicen ellos, él pecó contra Dios, el cual, estando envuelto en los pliegues de la malicia y la obstinación, quedó fuera de toda proporción de remisión y perdón. El mismo sentido tiene *Job* en el capítulo 4: *En sus ángeles halló maldad.* Y aunque no hubiera otro texto adecuado para este propósito que el que se alega en San *Mateo*, donde Cristo Jesús predice que arrojará al Diablo y a sus ángeles al fuego del infierno, esto sería un argumento suficiente (como bien infiere *Teodoreto*) para probar que fue creado en perfección y bondad, pero que por su propio deseo y malicia eligió el mal, mediante su rebelión contra Dios. *Pues no es propio* (dice él) *de un Dios justo castigar a quien es malo por necesidad.* Y ciertamente es repugnante a la naturaleza, bondad y justicia de Dios, quien nunca condena a nadie que no merezca tal castigo por su malicia. De aquí que San *Agustín* repruebe dignamente al filósofo *Porfirio*, porque su afirmación era que existía una clase de espíritus que por su naturaleza original eran malvados y engañosos. Esto no procedía de su naturaleza (dice él), sino de su voluntad. Resta ahora que declaremos qué clase de pecado fue aquel del que fueron convictos. San *Agustín* nos da la resolución de esto, diciendo: "Puesto que son espíritus, no debemos concebir que fueran fornicadores, borrachos o adictos a ninguno de esos vicios groseros que tienen su aguijón en la carne; sino que debemos observar que hay dos tipos de pecados: los primeros son espirituales, porque son propios de las sustancias espirituales, como el orgullo y la envidia; los otros son carnales y proceden de la carne". San *Agustín* no dijo esto por su propia cuenta, sino que lo fundamentó en la Escritura, la cual, al especificar los pecados que son peculiares de Satanás, hace mención de estos; como *Isaías* y *Ezequiel*, cuando quisieron exagerar la gran presunción y orgullo de los reyes de *Babilonia* y *Tiro*, establecen una comparación entre *Lucifer* y ellos. Y nuestro Salvador, cuando vio a sus apóstoles un poco engreídos y henchidos de espíritu porque

ante sus palabras y mando los demonios eran expulsados, dijo: *No os alegréis de esto, pues yo vi a Satanás caer del cielo como un rayo*; palabras con las que insinuaba que la caída del Diablo procedió de la soberbia. San Pablo también, en su amonestación a los obispos para que sean humildes, ordena que el obispo no se envanezca de orgullo, no sea que caiga en la misma condenación que el Diablo.

Respecto al pecado de envidia, también está escrito: *Por la envidia del Diablo entró la muerte en el mundo*. La razón por la que se menciona a la humanidad aquí es para darnos a entender que el Diablo no cayó en el pecado de envidia hasta después de la creación del hombre, y que la soberbia fue su pecado peculiar por el cual fue expulsado del cielo. Ya fuera que, debido a sus grandes dotes naturales, sobreestimara tanto su propia valía que llegara a concebir que era capaz de hacerse socio y partícipe de la naturaleza divina por sus propias fuerzas naturales (como parecen implicar Isaías y Ezequiel), o que no quisiera reconocer a Jesucristo, Mediador de hombres y ángeles, como su cabeza —misterio que pudo serle propuesto por revelación—, es segurísimo que por su propia voluntad y en la soberbia de su corazón se rebeló contra Dios. Así, se libró una batalla en el cielo, al modo en que los espíritus combaten entre sí: mediante una fuerte renitencia y resistencia de la voluntad de unos contra otros. Pero los ángeles buenos de ninguna manera se adhirieron ni favorecieron aquel intento condenable, sino que lo resistieron con todas sus fuerzas, cumpliendo lo que está escrito de ellos: *Bendecid al Señor todos sus ángeles, poderosos en fortaleza, que ejecutáis su palabra, obedeciendo a la voz de su precepto*. Así, los espíritus malignos fueron expulsados del cielo por su soberbia, mientras que los espíritus buenos fueron confirmados en la bienaventuranza mediante la participación en la visión y presencia de Dios. Esto lo significó Cristo a sus apóstoles cuando, por orgullo, le preguntaron quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos: tomó a un niño de la mano diciendo: *si no os hacéis como este niño, no entraréis en ese reino; y guardaos de ofender a uno de estos pequeños, porque sus ángeles ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos*. Con ello da a entender que los niños, por su humildad natural, son semejantes a los ángeles, los cuales ven el rostro de Dios por este motivo.

Desde esta gran revuelta en el cielo, ha habido siempre una contrariedad y guerra entre las voluntades de los espíritus buenos y malos, y también entre los hombres buenos y malos: como entre Abel y Caín, Isaac e Ismael, Jacob y Esaú. Y esto es lo que San Juan menciona en el Apocalipsis: que hubo una gran batalla en el cielo entre Miguel y sus

ángeles contra el Dragón y los suyos; y San Judas presenta al mismo Miguel disputando y reprendiendo a Satanás. Siendo, pues, que el Diablo está lleno de maldad y totalmente privado de la gracia de Dios, no puede hacer nada sino lo que es perverso. Y como no puede descargar su malicia sobre los santos en el Paraíso, convierte su furia contra el hombre, que ha sido hecho a imagen de Dios y puesto aquí en la tierra para que adore a su Creador y le sirva con todo su corazón, para que así pueda finalmente participar de esa gloria y felicidad divina de la que el Diablo, por su soberbia, está totalmente privado. Y este es el siguiente punto que se ofrece a consideración en el capítulo siguiente.

CAP. IV. Los medios que tienen los demonios para aparecerse y venir a nosotros; en qué parte del mundo residen; cómo están atados; y sus diversas formas de tentar a los hombres.

Respecto a los medios que tienen los espíritus para realizar esto, la Escritura nos enseña que en su caída del cielo, algunos permanecieron en la región media del aire, que es tenebrosa y oscura. Esto se debe a que los rayos del sol pasan por ella sin la refracción de ningún cuerpo sólido que, mediante la repercusión, pudiera duplicar su fuerza y luz, y sin lo cual no brillan en absoluto; como se ve evidentemente en una cueva, donde no se percibe luz alguna excepto en el lugar donde cae el rayo del sol. Y aunque no tuviéramos otra prueba que esa regla general de San Jerónimo, sería suficiente para demostrarlo, pues estas son sus mismas palabras: *La opinión de todos los doctores es que este aire, que divide como medio el cielo y la tierra y es llamado vacío, está lleno de potencias contrarias*. Dado que nunca hubo ningún Doctor de la Iglesia que dudara de la verdad de esto, debemos pensar que tenían buen respaldo de la Escritura para ello. Sin duda consideraron que nuestro Señor, en la parábola de la semilla, dio a entender e interpretó que las aves del cielo que devoraban el grano eran los demonios, a quienes llama aves del cielo refiriéndose al aire, según la frase hebrea usual y de acuerdo también con nuestra forma de hablar, pues comúnmente decimos que la lluvia cae del cielo cuando queremos decir del aire. Pues como bien ha observado San Jerónimo, todos los filósofos concuerdan en sus opiniones en que las nubes (de cuya disolución se engendra la lluvia) no son elevadas a más de dos millas como máximo de la tierra, mientras que la distancia entre el cielo y la tierra es incomparablemente mayor. Y este es el significado de San Pablo cuando dice a los Efesios que nuestra lucha no es principalmente contra hombres, sino contra los príncipes de este mundo, que son los espíritus malignos que tienen su morada

arriba en lugares altos: y como él mismo explica todas estas autoridades en el segundo capítulo de la misma Epístola, por estos lugares altos se refiere al aire: *Según el siglo de este mundo (dice él) según el príncipe de la potestad de este aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de la desobediencia.* (Lo cual también es declarado por San Judas en su epístola Canónica) mostrando que estos espíritus malignos permanecen en ese aire sombrío, y allí están reservados para el día del juicio, cuando oirán estas palabras: *Id, malditos, al fuego eterno, que desde el principio está preparado para el Diablo y sus ángeles.* Sus palabras son estas: *A los ángeles que no guardaron su dignidad, sino que abandonaron su propia morada, los ha reservado bajo oscuridad, en prisiones eternas, para el juicio del gran día.* Y aquí puede alegarse oportunamente lo que está escrito en San Lucas, donde se relata que los demonios rogaron a Cristo Jesús que no los enviara al abismo, sino más bien al hato de cerdos: y asimismo se quejan ante nuestro Salvador, diciendo: *¿Por qué has venido a atormentarnos antes de tiempo?* Como si hubieran dicho: estamos seguros de nuestra total y absoluta condenación, pero el tiempo para ello aún no ha llegado, pues esto se ejecutará en el último día del juicio; el cual, no estando aún presente, bien podrías dejarnos en estas partes hasta que ese tiempo se acerque. Lo mismo puede decirse de aquel pasaje en el Apocalipsis: *¡Ay de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira:* y se declara nuevamente en el mismo libro que nuestro adversario el diablo fue arrojado al lago de fuego y azufre. Y para que podamos resolver cuál es la diferencia entre los demonios que están en el infierno y aquellos cuya morada está en el aire, aunque San Jerónimo se muestra cauteloso al tratar el tema, porque consideró que se alejaba del asunto que estaba tratando como también porque temía (según él mismo se excusa) no fuera a abusar demasiado de la paciencia del lector al detenerse tanto tiempo en este argumento; sin embargo, hablaremos algo sobre ello, porque este presente discurso lo requiere. Es una verdad infalible que existen grandes multitudes de espíritus malignos que habitan en esa región sombría del aire, y que también bajan más cerca de nosotros, lo cual Dios en su providencia ha permitido y permite. Primero, porque él mismo emplea a estas sus criaturas, aunque sea en oficios viles y serviles; así como un Rey o la justicia civil acostumbran condenar a ciertos malhechores no a muerte, sino a la realización de algún trabajo que no beneficia en nada a estos delincuentes, sino que solo implica laboriosidad y fatiga, y tiende meramente al bien público. Así, en tiempos pasados, muchos fueron desterrados o confinados a alguna isla o montaña, para trabajar y cavar en las canteras de mármol, para provecho y beneficio del Príncipe, y siempre llevaban sus cadenas de hierro en los pies, con una buena guardia

para vigilarlos. Lo mismo se hace con los que son esclavos en las galeras. Segundo, para nuestro ejercicio, como dice San Bernardo, y es también la observación de San Jerónimo, quien aplica esto a los jebuseos, filisteos y otros pueblos bárbaros que, por permiso divino, fueron dejados en las fronteras y cercanías de la tierra prometida para ejercitar al pueblo de los judíos, quienes de otro modo habrían rechazado los mandamientos de Dios: y estos fueron el tipo y figura de aquellos espíritus malignos que Cristo Jesús, tras su muerte y pasión, habría de dejar en el aire para ejercitarnos en todo lo que es bueno y loable: como la arena, que por sí misma es infructuosa y estéril, pero sirve muy adecuadamente para fregar y abrillantar las vasijas de oro o de plata que se cuidan con esmero en la gran casa de un padre de familia. Así fue ejercitado Job, y así han sido probados todos los hombres buenos, como San Pablo testifica de sí mismo y dice que soportó las bofetadas de Satanás: y concluye en la Epístola citada anteriormente, donde menciona estas cosas, que Cristo nuestro Redentor, por los méritos de su muerte y pasión, nos presta a todos una armadura completa, para que así seamos los verdaderos campeones de Dios. La espada es la palabra de Dios (dice él), el casco, la esperanza; el peto, la caridad; y el escudo, la fe, como dice San Pedro: *Al cual resistid firmes en la fe.* En resumen, si estamos así armados, el Diablo no tendrá poder sobre nosotros, como observa San Agustín. Primero, porque tan pronto como blandimos estas armas espirituales contra él, inmediatamente da la espalda y huye de nosotros, de lo cual también San Santiago es testigo: *Resistid (dice él) al Diablo, y huirá de vosotros.* Segundo, porque no puede lograr nada contra aquellos que le resisten, y solo gana terreno sobre aquellos que no se preparan para enfrentarlo: *No vence sino al que quiere.* Estando revoloteando tan cerca de nosotros, tienen sin embargo un freno y una brida para contenerlos, y esa es la providencia de Dios, la cual, ya sea por el ministerio de los buenos ángeles o de la manera que le parezca bien, refrena su rabia y malicia con una mano tan fuerte que no tienen poder para hacer lo que está dentro del alcance de sus fuerzas naturales, y como esclavos se ven obligados a pedir primero permiso a Dios antes de atreverse a intentar nada. Así vemos que el Diablo pidió permiso a Dios para afligir a Job en su persona y bienes; y los demonios mencionados en el Evangelio no se atrevieron a entrar en los cerdos hasta que obtuvieron licencia particular de Cristo Jesús, como Tertuliano muestra extensamente. De este freno habla San Pablo cuando dice: *Fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir.* Él permite que Satanás haga muchas cosas, pero con tales limitaciones que aquellos asaltos con los que intentaría forzarnos nunca superan nuestras capacidades de resistencia. No debemos, por tanto, disputar ni preguntar la razón por la cual Dios aflige a un hombre más que a otro, y

mediante tales diversidades de tentaciones; baste saber que él conoce cuándo un joven como David, tiene tanto el valor como la fuerza para enfrentarse al gigante Goliat, intento que habría aplastado a los hombres más fuertes de Israel, según habrían concebido la carne y la sangre. El Diablo nos prueba y ejercita así, tanto por la malicia que guarda hacia Dios como por la envidia que nos tiene; con lo cual llena diariamente la medida de sus castigos. Pues debemos notar que aquellos demonios que tras su creación ofendieron más por su orgullo, malicia e ingratitud, fueron arrojados al calabozo más profundo del infierno y ya son torturados con toda la extremidad posible; pero aquellos que no transgredieron en tal grado de maldad, no cayeron más bajo que el aire, y allí adquieren para sí mismos una nueva condenación, no en la privación de la visión de Dios, pues eso es común a todos ellos, sino en la accesión e incremento del dolor en el pozo del infierno. Y esto solían relatar los Doctores de la época de San Jerónimo, diciendo que si un cristiano resistía las tentaciones del Diablo, no solo se beneficiaba a sí mismo, sino que le hacía un favor al Diablo su adversario, porque por este medio este no es castigado con tan grandes tormentos como si hubiera vencido al cristiano; mientras que de otro modo sería plagado por lo mismo, por haber sido la causa de ese pecado. De aquí viene que los demonios tuvieran miedo de ser enviados a los abismos, después de haber tentado y atormentado durante mucho tiempo al pobre judío. Esta providencia de Dios se ha abstenido de igual modo de arrojarlos a todos al fondo más bajo del pozo del infierno, aunque están atados en su mayor parte en alguna región del mundo: lo cual no es otra cosa sino que Dios les ordena no moverse de un lugar determinado y restringe sus acciones en otros lugares. Y esta ligadura, o encadenamiento, es para ellos el mayor tormento posible, debido a que son espíritus y, por tanto, de una naturaleza noble y activa, creados con todo el alcance y libertad para actuar en todos los lugares a los que tengan la intención de ir. Y por lo tanto, *Tertuliano* los llama *quadammodo volucres* (en cierto modo alados), porque poseen una agilidad más excelente que la del ave más veloz cuando está en pleno vuelo. De modo que debemos concebir que, por esta restricción y confinamiento, están como quien dice encerrados en una jaula; y no son capaces de volar de un lado a otro para ejecutar sus propósitos debido a esta detención obligatoria: sino que están infinitamente irritados por este mandato que Dios les impone. Así debe entenderse el pasaje del libro de *Tobías*, donde se dice que *Rafael* tomó al Diablo *Asmodeo* (que en hebreo significa hombre desterrado) y lo desterró al desierto del alto Egipto: y de igual manera ha de interpretarse aquel pasaje del Apocalipsis donde se dice que Satanás fue atado y vuelto a soltar: lo cual no significa sino esto, que todo su poder y

actividad le fueron quitados por Dios por un tiempo, y le fueron devueltos después. Pues en los últimos días del mundo será desatado, y se le dará pleno permiso para derramar toda su rabia y veneno sobre los hijos de Dios; sí, hasta tal punto ganará la autoridad del *Anticristo* sobre el mundo, que serán capaces de obrar milagros, como hacer que el fuego descienda visiblemente del cielo, y maravillas semejantes, descritas extensamente por *San Juan* en el Apocalipsis. Pero el Diablo está ahora impedido de hacer estas cosas, aunque por su propia naturaleza sea capaz de hacer tanto daño como el que hizo en tiempos de *Job*, y como el que hará cuando nazca el *Anticristo*. Fue confinado y encadenado por la muerte y pasión de Cristo Jesús, dejando de hablar más por medio de oráculos, como aparece en el Apocalipsis y como la experiencia misma nos enseña: pero cuando se acerque el fin del mundo, hablará a los hombres de una manera más familiar, y se les aparecerá en una forma visible. Todos estos discursos son resumidos en una palabra por *Santo Tomás*, cuando dice: *Se dice que los demonios están atados cuando se les impide actuar en lo que naturalmente pueden, y que son soltados cuando se les permite.* Teniendo entonces el Diablo este permiso, como una serpiente sutil y como quien entiende bien los fundamentos sobre los que construye sus intentos, pone en práctica diversos y astutos ardides para engañar y ganar terreno sobre la simpleza de los hombres: lo cual podemos ver manifiestamente en dos apariciones visibles consignadas en las Escrituras, una en el Viejo y la otra en el Nuevo Testamento; y esto debería ser suficiente para informar nuestra creencia al respecto. También aparece claramente por la experiencia que tuvo de ello el buen y anciano padre *Antonio el Monje*, cuya historia fue escrita extensamente por San *Atanasio*: pues en ese discurso parece que este buen hombre fue seleccionado por Dios mismo expresamente para soportar los asaltos de Satanás tanto sensible como visiblemente, para que podamos aprender de él cuáles son las sutilezas del Diablo y de qué medios disponemos para guardarnos de sus trampas y emboscadas. Tocante a la primera aparición visible de Satanás, que se describe en el tercer capítulo del Génesis, por ella aparece que él puede tomar un cuerpo visible sobre sí y así aparecerse a los hombres; no porque esté en su poder tomar un cuerpo cuando le plazca, pues la confusión y el peligro que de ello podría derivarse serían excesivamente grandes. *Pues se representaría ante la esposa como su marido, ante el siervo como su Señor, ante el religioso como su Prelado, ante el penitente como su Confesor, y así nadie estaría seguro, y seríamos tentados por encima de lo que pudiéramos, 1 Corintios 10. Y sería contrario a la providencia de Dios.* Él está, por tanto, inhibido y restringido por la omnipotencia de Dios, como tanto *San Agustín* como *Santo Tomás* muestran notablemente: pero Dios a

veces permite lo mismo, en parte para forzar en nuestro entendimiento la creencia de que existen espíritus malignos que no practican otra cosa que cómo destruirnos, y en parte para informarnos de cuán sucios y feos son estos espíritus impuros desde el momento en que fueron expulsados de la presencia de Dios y tomaron las armas contra él. Pues ahora el Diablo aparece bajo una forma temible e hidrópica, como en forma de serpiente o de alguna otra bestia deforme. Y por eso, al principio de la Biblia se nos presenta como una culebra venenosa, lo cual concuerda con la segunda razón; y al principio del Evangelio predicado por Cristo Jesús, se le describe como alguien lleno de charla y palabrería (lo que responde a la primera razón), pero no tiene otro fin en esta charla que enredarnos y rompernos el cuello. Y por la abundancia de su astucia, su costumbre es acomodarse y ajustarse al humor de aquellos a quienes desea engañar; en lo cual se muestra a sí mismo como el simio de Dios, quien desciende hasta nuestra capacidad e imperfección, y pone en práctica aquel dicho de Pablo: *A todos me he hecho todo, para ganar a todos.* Así, cuando el Diablo se acerca a una mujer simple que tiene poco conocimiento, salvo el que por naturaleza y sentido le es sugerido, comenzará de inmediato a denigrar a Dios y a poner en duda si las cosas que se afirman de Él son ciertas o no. Y porque sabe que este sexo es muy ávido de honor y grandeza, no dudará en hacerles grandes promesas. Y en tercer lugar, además de exquisitos manjares y bebidas, les promete además todos los placeres sensuales y carnales imaginables: tentaciones todas ellas que se disciernen fácilmente en los asaltos que usó para tentar a la primera mujer, quien representa ante nosotros a todos aquellos que olvidan a Dios y sus bendiciones. Pues es una verdad cierta que, si se hubiera dirigido a *Adán*, habría trabajado su subversión por medios más encubiertos y engañosos que los que usó con la mujer. Y por tanto, *San Pablo* atribuye la gloria de esta conquista al hecho de haber procedido de una simplicidad mujeril, concluyendo con estas palabras: *No sea que como la serpiente engañó a Eva, así vuestros sentidos sean extraviados de la simplicidad que es en Cristo Jesús.* Pero cuando tuvo que tentar a Cristo Jesús, tomó otro rumbo, pues sin denigración alguna hacia Dios (porque un hombre de entendimiento y fe asentados aborrece tal grosería y cierra sus oídos ante ella), comienza con aquello que parece no tener apariencia de maldad, sino más bien haber sido usado por hombres santos, como *Moisés* cambió por su oración la sangre del río en agua e hizo que la roca brotara en corrientes frescas y saludables, como está escrito: *El cual convirtió la peña en estanques de aguas*, pues entonces el pueblo estaba en gran extremidad por falta de agua. Así, se esforzó por persuadir a Cristo Jesús de convertir las piedras en pan, cuando podía parecer que tenía necesidad de sustento y estaba en el

desierto como *Moisés*. En segundo lugar, sabiendo que Cristo Jesús estaba versado en las Sagradas Escrituras y que estaría muy atento a ellas, alega diversos pasajes de las mismas. Y no pudiendo lograr nada por ese camino, le ofrece la Monarquía del mundo; sabiendo que la ciencia envanece a los que no tienen caridad y les hace creer que son capaces de sentarse al timón y gobernar el mundo entero mejor que cualquier otro. Para concluir, se asemeja a los cocodrilos de Egipto, quienes cuando perciben a un viajero cerca del *Nilo*, comienzan a fingir la voz de un hombre, llorando y lamentándose como si tuvieran gran necesidad de socorro, y cuando el pobre hombre se acerca con ingenuidad, es devorado de repente. *San Atanasio* relata que en una ocasión el Diablo se lamentó así cerca de la celda de aquel piadoso Padre *Antonio*, quien al preguntarle quién era, respondió (cuando vio que había sido descubierto) que tenía causa justa para quejarse, pues todo el mundo le acusaba y cargaba con ser el autor de todas las villanías que se cometían, aunque él fuera muy inocente y estuviera libre de tal asunto. Y a veces cantaba salmos para mejor insinuarse ante él; pero él cerró sus oídos contra él y no quiso hacer caso de lo que el Diablo cantaba, poniendo en práctica lo que está escrito: *Pero yo, como sordo, no oía.* Otras veces se presentaba ante él con gran gloria, transformándose en ángel de luz; pero él cerraba los ojos y no quería contemplar la belleza de Satanás: de modo que cuando percibió que nada podía ganar con todos estos cebos y atractivos (pues por sus frecuentes oraciones, llantos y ayunos había obtenido el don que *San Pablo* llama *discreción de espíritus*), entonces cayó sobre él con un ruido espantoso para asustarlo, apareciendo a veces con la semejanza de un dragón, y otras veces con la forma de alguna otra bestia pavorosa: y entonces se ponía ante él como un hombre, pero de un tamaño y estatura tan enormes y vastos que parecía más grande que cualquier gigante, y tocaba las nubes con la cabeza, aunque sus pies estaban en el suelo. Entonces hacía un gran estruendo como si la celda hubiera estado rodeada de caballos, carros y hombres armados; pero él siempre se encomendaba a Dios y no hacía caso de estas colusiones del Diablo, recordando lo que está escrito: *Estos confían en carros, y aquellos en caballos; mas nosotros del nombre de nuestro Señor haremos memoria.* El Diablo no olvidó arrojar cuñas de oro en el camino por donde él debía pasar, para así cebarlo con la avaricia, mas a la señal de la cruz (dice *San Atanasio*) todas se desvanecieron al instante. También se le apareció en forma de mujer para tentarlo con el pecado de la carne; y cuando por ninguno de estos medios pudo prevalecer contra él, comenzó entonces a exhortarle a velar y pasar la noche entera en oraciones, a ayunar a menudo y a practicar todos los demás ejercicios espirituales, para así engendrar en él disgusto por estas cosas, al ser persuadido a ellas por el enemigo de la

naturaleza, o al menos para que pareciera que hacía algo por petición suya: pero este santo hombre, que bien podía decir con *San Pablo*: *no ignoramos sus astucias*, no por ello dejó sus santos ejercicios, sino que más bien los aumentó su devoción, no porque el Diablo lo ordenara, sino porque Cristo Jesús lo enseñó tanto con la palabra como con el ejemplo: sabiendo bien que cualquier cosa que el Diablo diga o haga, es para un mal propósito, y por lo tanto, cuanto más fuerte era él [el diablo] en su confesión de que Cristo Jesús era el Hijo de Dios, tanto más reprendía Cristo su discurso y le ordenaba guardar silencio. La última forma que utilizó fue reprenderle por su austeridad de vida, mostrándole que este era un camino riguroso, estricto y pesado, y que sería un medio para acelerar su destrucción siendo una de las criaturas de Dios, en lugar de capacitarlo para su servicio; y que no era pecado usar de las criaturas de Dios libremente con acción de gracias, siempre que no hubiera exceso o glotonería en ello. Por último, amenazó con golpearlo y matarlo rompiéndole el cuello. Pero se le respondió prontamente que, puesto que no podía dañar ni a la oveja más pequeña que tenía *Job*, ni entrar en la piara de cerdos sin permiso, mucho menos podría perjudicar a un hombre que está resguardado bajo el ala de la protección de Dios, y que tiene contados los cabellos de su cabeza, de modo que ni uno solo de ellos puede caer al suelo sin la voluntad expresa de Dios.

CAP. V. *Que el objetivo del Diablo es hacerse adorar como un Dios, y engañar a los hombres: que el Diablo no conoce las cosas por venir, ni puede penetrar o sumergirse en los secretos del corazón del hombre.*

Cuando queramos hablar definitivamente del Diablo e indagar en su naturaleza, debemos siempre recordar esos dos pecados que son propios de Satanás, a saber: la Soberbia y la Envidia; pues de estos dos vicios espirituales, todos los demás efectos fluyen como de de dos fuentes abundantes. Por lo tanto, como al principio él, junto con sus ángeles, pecó por orgullo y quiso invadir injuriosamente a Dios y compartir con Él la igualdad de gloria, así persiste todavía en esta perversidad, y permanece endurecido por la gran impenitencia y obstinación que domina en él, de tal manera que aún no se abstiene de decir en su corazón: *Similis ero altissimo* [Seré semejante al Altísimo]. Esto lo practicó desde el principio, pues si observamos qué clase de conversación mantuvo con la mujer, se ve fácilmente que él dirigía todo hacia este punto: que ella lo adorara como a un Dios. Cuando un tirano quiere por usurpación tomar para sí el reino de otro hombre, se esfuerza por eclipsar al príncipe natural y por persuadir a todos los hombres de que él mismo debe

ser recibido y reconocido como su verdadero soberano: así, cuando Satanás quiso persuadir a *Eva* de que Dios les tenía rencor y envidia, y que se afligiría mucho de que ellos fueran elevados a esa altura a la que su propia excelencia los llevaba, la conclusión e inferencia que debía hacerse de ello no podía implicar otra cosa sino que ellos debían concebir que este Dios no era el verdadero Dios, porque el verdadero Dios, como un padre verdadero, extremará sus mayores esfuerzos para situar la fortuna de sus hijos en lo alto y en la cima del honor. Y además, puesto que él [Satanás] deseaba ser tenido por alguien que no anhelaba nada más que el progreso de ellos, y parecía aparecer con ese propósito y hablarles familiarmente (aunque era de una naturaleza invisible y de una sustancia más refinada y excelente que la de ellos), aun así hizo alarde de estar dispuesto a dirigirlos y guiarlos hacia la suprema felicidad, incluso a ser semejantes a Dios; de ahí pudo concluir fácilmente que él era el verdadero Dios y que, por tanto, como el verdadero Dios, debía ser adorado por ellos. Su propósito no se vio frustrado del todo, pues muchas naciones han concebido desde entonces que la Serpiente, que habló por medio de la serpiente, era el Dios verdadero. Dios: tanto es así que los griegos han extraído de aquí su etimología de las serpientes, como bien ha observado *San Atanasio*, pues (dice él) *ὄφις* [ophis], es decir, serpiente, se llama así por *ὄψις* [opsis], esto es, uno que habla, porque fue la serpiente la que habló a nuestros primeros padres. Pues tenían la opinión de que este discurso fue para el gran beneficio y bien de la humanidad; idea que no solo fue aceptada por los griegos, sino que se dio por válida en todo el Imperio Romano, después de que un oráculo les dijera que la plaga que reinaba en Roma no tendría fin hasta que hubieran enviado a buscar al dios *Esculapio*. Los embajadores que fueron designados a propósito para este empleo, habiendo llegado al lugar que el oráculo les había señalado, encontraron una gran serpiente, la cual subieron a su barco y llevaron a Roma, donde permaneció por el espacio de tres días. Y *Valerio Máximo* hace mención sobria y seria de lo mismo, como un asunto que condujo mucho a la adoración de los dioses, y *Ovidio* no se avergüenza de llamarlo su Dios: *Con altas crestas doradas El Dios en la Serpiente envió silbidos premonitorios. Luciano* ha compuesto un tratado sobre esto, y afirma que los oráculos que procedían de la boca de cierta serpiente, llevada de aquí para allá por un mago llamado *Alejandro*, eran más divinos y debían ser tenidos en mayor veneración que aquellos que venían de los sacerdotes, porque (dice él) estos venían inmediatamente de la misma boca de Dios. Es más, lo cual es aún más de asombrar, hubo herejes en la Iglesia primitiva que afirmaron tanto, y estaban convencidos de que la serpiente que habló a *Eva* era un Dios verdadero: y por lo tanto, su costumbre era colocar una serpiente sobre su

Altar, a la cual ofrecían sus sacrificios, y por ello fueron llamados *Ofitas*, es decir, Serpentinos, o gente que adoraba a las serpientes. De mucha mayor probabilidad fue la idea de los *asirios*, *caldeos* y otras naciones orientales, quienes afirmaban (según consta en los escritos de *Ferécides de Siros*) que el gran Dios del cielo ha expulsado de allí a todos los Demonios, cuyo nombre de capitán era *Ophianus*, es decir, en latín, *Serpentinus*: estos Ofitas se han engañado mucho en esto (como bien responde *Lactancio* a los idólatras), confundiendo el negro con el blanco, y al Príncipe de los Demonios con el Príncipe de los hombres, que es solo Dios. Toda esta digresión no tiende a otro fin que declarar que la verdadera intención de aquella antigua Serpiente, el Diablo, era hacerse adorar como un Dios, lo cual aparece claramente en todo el progreso de aquellas tentaciones que usó contra Cristo Jesús: para el último asalto se reservó estas palabras, que eran en verdad la marca y el alcance mismo hacia donde dirigía todas sus tentaciones: *Si cadens adoraveris me* [Si postrándote me adorares]. De aquí surge que él ha hecho que se le construyan Templos, se erijan Altares, se ordenen fiestas, se mantengan Sacerdotes y se le presenten Sacrificios, porque ve que Dios ha ordenado lo mismo para su servicio; no (como bien muestra *San Agustín*) porque le complazca el olor del asado procedente de estas criaturas o similares, sino porque se deleita mucho en que los honores que se deben a Dios le sean mal aplicados a él. En lo cual se alimenta con una fantástica apariencia de satisfacción al verse en apariencia honrado como un Dios, aunque esté condenado y torturado para siempre. *Dæmones non cadaverinis nidoribus* (dice *San Agustín*) *sed divinis honoribus gaudent* [Los demonios no se regocijan con el olor de los cadáveres, sino con los honores divinos]. Para mantenerse en este estado y grandeza, no pudo idear un camino más rápido que hablar familiarmente a los hombres y decirles aquellas cosas que eran secretas y ocultas; y esto lo hace por medio de Oráculos, el primero de los cuales podemos llamar el Oráculo de la Serpiente hablando a *Eva*. Pues, ¿qué importa si entró en el cuerpo de una serpiente o en una estatua de mármol? Esto no impide que un hombre bien pueda decir que el primer Oráculo fue cuando él habló a la primera mujer. Y por tanto, *Tertuliano* coloca justamente a la primera mujer en el primer catálogo de herejes, porque hablar tan familiarmente con el Diablo fue una apostasía. Después del diluvio, los oráculos empezaron a ser más frecuentes, y tuvieron su origen en la posteridad de *Cam*: de donde vino que el oráculo más antiguo que encontramos en los autores es el *Oraculum Hammonium*, como si dijéramos *Oraculum Chammonium*; pues el nombre de *Cam* se escribe en hebreo con una fuerte aspiración, y por eso nuestro traductor lo pone como *Cham* en lugar de *Ham*, aunque sea todo uno en sentido. El nombre mismo muestra

suficientemente que la antigüedad y el origen de los oráculos después del diluvio vino de *Cam*, quien fue maldito de Dios y de su padre; y esta invención de adorar al Diablo fue ideada por él para edificar la ciudad del Diablo, como *Caín* había comenzado anteriormente a oponerse a la ciudad de Dios edificada por *Abel* y continuada hasta *Noé*. También vemos en las Escrituras que los reyes malvados enviaban a los oráculos de los gentiles, como a *Acarón* y otros lugares, para que sus dudas y preguntas fueran resueltas y respondidas. Así, Satanás no ha olvidado su antigua costumbre, sino que así como al principio quiso invadir el honor de Dios mediante predicciones de cosas ocultas y futuras a la primera mujer —*Aperientur* (dijo él) *oculi vestri & eritis sicut Dii scientes bonum & malum* [Se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal]—, así también ahora continuaría su engaño entre los hombres, quienes tienen un deseo natural y curiosidad por conocer cosas secretas y futuras. Esto lo heredaron de la naturaleza depravada de *Adán*, quien deseó llegar a ser como Dios, sabiendo que la propiedad de Dios es sumergirse en todos los eventos ocultos, especialmente entender los pensamientos de los hombres y las cosas por venir. La Escritura nos enseña estos dos puntos: el primero en *Jeremías*: *Inscrutabile est cor hominis, & quis cognoscet illud? Ego Dominus probans renes & corda* [Inescrutable es el corazón del hombre, ¿y quién lo conocerá? Yo soy el Señor que sondea los riñones y los corazones]. Y para el segundo punto, *Isaías* dice: *Annunciate* [Anunciad] anunciadnos lo que ha de venir, y diremos que sois dioses". De modo que, si examinamos más de cerca los pasajes de las historias, hallaremos que los oráculos no tendían a otro fin que engendrar admiración en los hombres, y dar gusto y satisfacción a esa soberbia que naturalmente está arraigada en ellos. Sin embargo, la verdad es que los diablos nunca comprendieron ninguno de estos dos puntos: conocer las cosas ocultas o las venideras. Nos extenderemos un poco en esto, para que los curiosos de estos tiempos sepan cuánto se engañan a sí mismos al pensar que son capaces de alcanzar el conocimiento de estas dos cosas, ya sea por un pacto secreto o familiaridad con el diablo, o bien por supersticiones y magia. En cuanto a lo primero, los teólogos han trabajado doctamente en ello, fundando sus discursos en aquella sentencia de Jeremías y en el dicho de San Pablo: *Nadie sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él*; y David también suele atribuir eso solo a Dios: *Dios escudriña los corazones y los riñones*. De modo que solo el hombre conoce por naturaleza lo que piensa en su corazón, en el cual ninguna otra sustancia puede indagar sino solo Dios. Esto se verifica bien en la historia de Nabucodonosor, quien habiendo olvidado su sueño, quiso que sus adivinos adivinaran qué era; pero se le dijo que pedía una imposibilidad. *Porque*

el asunto que buscas es difícil, y no se hallará nadie que lo indique ante el Rey, excepto los dioses, cuya morada no es con los hombres. Donde es muy notable que había convocado no solo a filósofos y astrólogos, sino también a magos, como el texto declara expresamente; y aunque es cierto que estos magos habían contraído familiaridad secreta con espíritus malignos, a quienes quizá imaginaban como dioses, establecen una distancia y diferencia entre los dioses que a veces conversan con los hombres y aquellos que no tienen trato ni comunicación con ellos; es más, confiesan que aquellos que quienes conversan familiarmente con los hombres, de ninguna manera pueden entender lo que está oculto en los corazones humanos. Pero al final, Daniel dio la resolución, diciendo: *El misterio que el Rey pregunta, ni sabios, ni magos, ni adivinos, ni arúspices pueden indicarlo al rey; pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios, el cual te ha mostrado a ti, Nabucodonosor, lo que ha de acontecer en los últimos días*. Dídimo, maestro de San Jerónimo, trata este punto deliberadamente, probando que el Espíritu Santo es, por tanto, el verdadero Dios, porque entra en la cámara del corazón y abre allí los pensamientos más secretos. Y da la razón natural de esto: pues el alma no tiene cantidad ni dimensiones corporales, sino que es una sustancia pura y espiritual, no limitada por frontera alguna, sino solo por aquella pureza nativa en la que fue creada. De modo que se sigue necesariamente que, si algo ha de penetrar esta sustancia, debe ser la propia sustancia no compuesta del alma, o aquella virtud vivificante que fue capaz de darle vida; de suerte que solo hay estas dos cosas absolutamente simples y sin mezcla en el alma. El diablo, pues, no puede ser ni la sustancia ni la vida del alma, y por tanto no puede penetrar en ella. Solo Dios es quien da esta virtud de vida al alma, y sin cuya concurrencia la esencia y vida de la misma se consumiría al instante en la nada, quedando como era antes de su creación. Sobre lo cual Dídimo dice: *El Diablo es indivisible, no creador sino criatura subsistente; entró, pues, en el corazón de Judas, no según la sustancia, sino según la operación, porque entrar en alguien es propio de la sustancia increada*. De aquí concluye que, cuando encontramos que el diablo entró en el corazón de Judas, debe entenderse respecto a la voluntad de Judas; y cuando se dice que llenó el corazón de Ananías, el significado es que lo llenó con sus sugerencias de malicia, de avaricia y atrocidades similares, las cuales no pueden entrar en un hombre a menos que este abra su corazón y dé su consentimiento a estas tentaciones. Y la palabra misma (tentar) no significa otra cosa sino un ensayo o prueba de algo. Satán, entonces, se esfuerza por informarse de nuestra bondad o maldad, y si puede conjeturar que hay algunas semillas de bondad en el corazón, emplea todas sus fuerzas para sacudirlas

mediante aquellos objetos y artimañas que practica diariamente. San Jerónimo, discípulo de Dídimo, ha explicado doctamente este punto, comentando, por así decirlo, lo que su maestro expuso oscuramente. Aquellos que imaginan (dice él) que los pensamientos malvados proceden del diablo, y no más bien de su propia voluntad depravada, son dignos de ser severamente reprendidos; pues el diablo puede sugerir y ocasionar pensamientos malvados en los hombres, pero no puede ser el autor de ellos. Él es, en efecto, un incendiario, y prende fuego a nuestra carne con una sensualidad ardiente; sin embargo, no puede alcanzar la parte interna de nuestro corazón, sino que conjetura sobre la misma por el hábito y el comportamiento que observa en nosotros. Como cuando ve a un hombre mirando a menudo a una mujer y dedicándose enteramente a ella, de ahí supone enseguida que comienza a cometer adulterio en su corazón; tras lo cual le administra de inmediato ocasión de aliento, poniendo muchas fantasías en su cabeza, las cuales, si el hombre no las rechaza, sino que más bien se deleita en seguirlas albergando, él mismo y por su propio libre albedrío las envía a su alma. El diablo engaña a aquellos a quienes se les hace creer que él conoce los secretos del corazón; puede que tenga algún conocimiento conjetural, pero como está en la libertad del libre albedrío del hombre abandonar y dejar tales fantasías cuando quiera, el diablo a menudo se ve frustrado en su objetivo y resulta ser un mentiroso notorio. San Agustín escribió un tratado sobre este mismo argumento, titulado *De scientia daemonum*, donde trata largamente el tema y concluye que no pueden predecir las cosas por venir más de lo que son capaces de discernir los pensamientos que están dentro de nosotros. Sin embargo, el diablo querría parecer que hace predicciones de accidentes futuros mediante las respuestas de los oráculos. El rey Ocozías envió mensajeros a ellos a propósito, para saber si se recuperaría de su enfermedad o no; y Saúl hizo lo mismo, para ser informado de cuál sería el resultado de la batalla que debía librar contra los filisteos, con lo cual ofendieron la palabra expresa de Dios, que dice: *No acudiréis a los magos, ni preguntaréis nada a los adivinos*. Y esta fue la ocasión de su ruina, donde podemos observar que ordinariamente, por permiso de Dios, sucede que si el diablo (ya sea personalmente por sí mismo, o por cualquiera de sus oráculos, ya sea vivo o muerto) predice alguna buena fortuna, rara vez resulta ser cierta; pero si predice alguna desgracia, con seguridad resulta ser así, porque comúnmente tal infortunio es el castigo de esta apostasía. Y esto se discierne fácilmente en la historia de Saúl, y debe permanecer para nosotros como una máxima o regla general, que es también la observación de San Crisóstomo. *Véase el pasaje al final de este capítulo*. También San Atanasio, en su resolución de este punto al Príncipe de Antioquía, procede sobriamente

en su discurso mediante experiencias. Hay dos cosas (dice él) que ni los ángeles buenos ni los malos son capaces de entender, y son: los secretos del corazón y las cosas por venir. Es cierto (dice él) que a veces los magos (a quienes llamo los oráculos vivientes del diablo) predicen lo que después sucede, por el conocimiento previo y las revelaciones de los diablos, pero sus predicciones son de eventos que ya han sucedido en otros lugares; como por ejemplo, cuando ven que llueve en la India, y que el tiempo es propicio y probable para llevar esas nubes hacia Egipto, él hace que sus oráculos predigan que muy pronto lloverá en Egipto; así, cuando observa que la abundancia de nieve que hay sobre las colinas se ha derretido, o comienza a derretirse, él anuncia de antemano que el Nilo, o algún otro gran río similar, desbordará sus riberas; de modo que no dice nada sino lo que ve, con la única ventaja de que por su agilidad se anticipa a los efectos, cosa que las mismas aves podrían hacer si estuvieran dotadas de razón natural; sí, muchas veces predicen cosas en su vuelo de un clima a otro, tanto que muchos filósofos han sido tenidos en admiración por sus adivinaciones de esas cosas, las cuales observaron por su conocimiento de la naturaleza de estas aves. Por tanto, San Atanasio concluye: Decidid por vosotros mismos hacer algo de lo cual nadie pueda tener la menor conjetura, y luego id a los oráculos del diablo, que son los magos, y preguntadles si pueden informaros de esto que habéis determinado hacer, y los hallaréis totalmente ignorantes e incapaces de satisfaceros. San Atanasio había oído a Antonio el Monje (San Antonio Abad) discurrir sobre este argumento, y es probable que obtuviera la mayoría de sus resoluciones de él, como de alguien que tenía la mejor experiencia en esto de cualquier hombre en el mundo; pues hallamos que aquí recita casi las mismas sentencias que alegó anteriormente en el discurso de la vida de Antonio. Donde añade que los diablos no hacen más que alguien que cabalga a toda prisa y nos avisa de algunas cosas que se hacen lejos de nosotros; o como un médico que, al tomar el pulso a un hombre, le mostrará que es probable que caiga en una fiebre; o como un labrador que, viendo una inundación y desbordamiento de aguas, predecirá que sobrevendrá una escasez de grano. Para concluir (dice él), saben todo lo que ya está hecho, no lo que está por venir; sin embargo, de aquí tomaron su comienzo la idolatría y todos esos nuevos dioses de los paganos, y fueron estimados por la gente sencilla como los dioses verdaderos. Y esta afirmación, que es tan pesada y de tal importancia, puede fortalecerse tanto por las Escrituras como por autores profanos también; pues los oráculos más famosos que jamás florecieron en tiempos de Ciro, en África y en Grecia, según escribe Herodoto; tiempos en los cuales los profetas Isaías, Ezequiel, Daniel y otros habían predicho diversas grandes mutaciones que habrían de

sobrevenir a las naciones más renombradas del mundo, como los asirios, los babilonios, los griegos y los romanos; incluso fueron tan claros como para señalar a los griegos y llamar a Ciro por su propio nombre; lo mismo anunciaron también las Sibilas. Ahora bien, cuando los diablos estuvieron así armados, comenzaron entonces a predecir aquello que habían robado de la revelación de los profetas, y a anunciar los grandes eventos de las cosas. Pero si un hombre intentaba apartarse de estos caminos y les preguntaba sobre asuntos menores y negocios particulares, de los cuales no podían tener conocimiento ni conjetura, ellos fragmentaban y enredaban tanto sus predicciones con discursos ambiguos que, sucediera lo que sucediera, siempre tendrían una elegante excusa y evasión. Muchos autores graves, tanto entre los griegos como entre los latinos, han tratado este punto, y entre los latinos tenemos muchos pasajes notables de Lactancio; y de San Jerónimo, quien ha descendido a algunos detalles al respecto, diciendo: *Apolo Délfico y Loxias, el Delio y el Clario, y los demás ídolos, prometiendo el conocimiento del futuro, engañaron a reyes poderosísimos*; y él alega muchos ejemplos de su ignorancia. Pero (dice él) si no hubiera otra cosa para descubrir su debilidad sino esta: que no pudieron predecir su propia ruina tras la venida de Jesucristo en la carne, esto probaría suficientemente su imbecilidad en la comprensión de las cosas por venir. Se cuenta que un hombre de buen entendimiento, deseoso de probar la necedad de un mago o quiromante, le mostró su mano izquierda para que le dijera su fortuna; y mientras el mago observaba atentamente los lineamientos de su mano, él le propinó con su mano derecha un fuerte bofetón en la oreja, diciéndole: "Si conoces las cosas que están por venir, ¿por qué no aprendes primero aquello que te concierne a ti mismo?". Esto dice San Jerónimo sobre los oráculos. Por lo cual, de paso, podemos ver cuán groseramente son engañados quienes hacen pactos y tratos con este espíritu inmundo, bajo la promesa de entender por ellos los sucesos que han de seguir después; así como cuán gravemente ofenden quienes se dirigen a tal clase de gente, lo cual no es menos que recurrir a los mismos oráculos, como hacían los idólatras de tiempos antiguos, puesto que el diablo es quien habla tanto en uno como en otro. Y esta es esa temible apostasía de la fe que tan frecuentemente se prohíbe en la ley de Dios. Pero dice este buen padre Antonio: "¿qué bien obtendrá un hombre dejándose engañar palpablemente y, en lugar de una gargantilla, comprar un brazalete de conchas?; especialmente siendo este el camino para alejarlo de Dios y hacerle vender su pobre alma al diablo por meras mentiras y engaños". Pero supongamos que nos dijera la verdad, aun así no deberíamos esforzarnos por obtener este conocimiento del enemigo de Dios y de la humanidad, por miedo a que introduzca veneno en esta miel, como hizo con nuestros

primeros padres. Por esto fue que nuestro Salvador mandó al diablo que guardara silencio, aunque decía la pura verdad. Y aunque (dice este buen monje Antonio) se nos apareciera lleno de esplendor y brillo, pues a veces se transforma en ángel de luz, debemos cerrar nuestros ojos y apartar nuestro rostro de la luz que procede del diablo. La historia de Saúl declara que él había hecho cuanto estaba en su mano para saber aquello que tanto le importaba, y se había dirigido a Dios, a los sacerdotes y a los profetas, hasta que finalmente, al ver que Dios no le daba respuesta, acudió como último recurso a una bruja, y eso aceleró su ruina. Aprendamos, pues, a dirigirnos a Dios, y si no nos ayuda de inmediato, aun así esperemos esperar siempre en Él, y aguardar su momento con paciencia, sabiendo que todo obra conjuntamente para nuestro bien. Pero hablaremos de esto más largamente en el capítulo siguiente. Hay otra observación que San Crisóstomo nota, y que encaja notablemente con este argumento: *Nadie presta atención cuando engañan, sino que solo mira si predijeron algo verdadero*. Y de nuevo dice: *Porque el hombre se entregó al poder del diablo, Dios permite que eso suceda*. Los hombres no prestan atención a sus falsedades, sino que solo miran aquello que resulta ser cierto; pero (dice él) respecto a las desgracias que les sobrevienen, Dios permite justamente que ocurran, como azote y castigo por su pecado.

CAP. VI. *De que los hechiceros son tan detestables y están tan prohibidos por la ley de Dios como lo estaban los mismos oráculos de los paganos y sus ídolos; de que es un discurso vano el que se dice de los hechiceros sobre que los príncipes deben cuidarse de ellos; las diversidades de costumbres que los hechiceros usaban en los tiempos antiguos; todo probado por las Escrituras.*

AUNQUE Plinio era de la opinión de que la magia no era realmente nada, sino meramente un simple nombre sin sustancia, y no era más en la naturaleza de lo que es una Quimera; lo cual intenta probar mediante la experiencia de Nerón, quien fue tan ardiente en la búsqueda de estas artes curiosas que se inició y se dedicó a este oficio y, sin embargo, a pesar de todo esto, nunca pudo darse satisfacción a sí mismo en este género, aunque no le faltó ni ingenio ni voluntad, mucho menos autoridad, riquezas y los hombres más conocedores de estas artes que pudo obtener de todas las regiones del Oriente. Sin embargo, no debemos albergar esta opinión que tiene Plinio, no más que su blasfema concepción de la Deidad (pues él afirma que no hay otro Dios que el Sol) o su burla ante la resurrección de la carne, la cual piensa que es una mera fantasía ridícula;

pues en estos dos puntos hace el papel de ateo, como de hecho lo era. Pero la regla de la lógica derriba fácilmente su deducción cuando de una instancia particular pretende inferir una proposición universal; pues como decimos: *De lo particular nada se puede concluir, y de una parte a una conclusión universal no hay paso alguno*. También podríamos concederle la historia de Juliano el Apóstata, quien tuvo tanta autoridad, riquezas, ingenio y tantos maestros como Nerón tuvo jamás, y mucho más voluntad, pero por permiso de Dios se cansó más de la incertidumbre y esterilidad de ello de lo que antes se había encendido con el deseo de conocerlo. Y esto les sucedió a ambos (para que respondamos a la objeción de Plinio) más bien porque su principal propósito y designio era abolir y aniquilar la memoria de Jesucristo, y probar que era un mentiroso en cuanto había dicho: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Pero negar por ello los efectos del Diablo practicados por sus instrumentos, las brujas, olería a demasiada temeridad, especialmente siendo que muchos autores tan antiguos y renombrados están llenos de ellos. Baste haber alegado para confirmación de esto ciertos pasajes de Lactancio y San Agustín, quienes, dando razón de tales efectos admirables, los atribuyen a espíritus malvados. Solo añadiremos lo que Filóstrato ha escrito sobre una hechicera que por su arte proveyó un suntuoso banquete para su amante Menipo; quien estando sentado a la mesa con muchos otros, y teniendo un buen apetito para probar aquellas delicias, de repente todo le fue arrebatado, y se vieron obligados a levantarse con más hambre de la que tenían antes. Pero extraeremos nuestras pruebas de la Escritura, no sea que alguien imagine con Plinio que este relato es fabuloso. Primero San Pablo hace mención de Janes y Jambres cuya historia se relata en el libro del Éxodo, que resistieron a Moisés e hicieron por magia todo lo que Moisés podía hacer por poder divino: convirtieron sus varas en serpientes y el agua en sangre; también hicieron que las ranas vinieran y cubrieran la tierra de Egipto; sin embargo, en la tercera plaga (no en la tercera señal, como vulgarmente se cree), no pudieron hacer lo mismo que Moisés hizo antes que ellos. No porque (como alegarían los hebreos) el diablo no pueda imitar nada que sea más pequeño que un grano de cebada, por considerar que las cosas que son mínimas requieren (dicen ellos) la mayor sutileza para darles forma, y por tanto, aunque los magos hicieron grandes serpientes y ranas, no pudieron traer piojos sobre la tierra de Egipto como hizo Moisés; pues esta opinión no es justificable, porque después no pudieron hacer grandes moscas, ni levantar aquellas enormes úlceras y tumores que estaban en los cuerpos de los hombres, ni pudieron hacer descender granizo o rayos del cielo, o causar que los vientos soplaran y combatieran entre sí, lo cual no obstante hizo en tiempos de Job. Sino que la

razón fue que, a la tercera vez, Dios ató el poder de Satán y le impidió pasar más allá, como también le prohibió en caso similar dar muerte a Job, como hizo con sus hijos. Y esto los magos se vieron obligados a confesarlo diciendo: *El dedo de Dios está aquí*. De aquí es aparente que hay quienes contraen familiaridad secreta con el diablo y por este medio realizan cosas extrañas, aunque en su mayor parte están ordenadas para propósitos malvados. El profeta David toma su similitud del encantador que por su arte encanta a las serpientes; de modo que esta es una verdad que no puede ser negada, especialmente siendo que Dios mismo no menos detesta y prohíbe tal clase de hombres en su ley de lo que hace con los ídolos y oráculos del diablo. Pues cuando Satán vio que el pueblo de Dios aborrecía sus oráculos que eran insensatos y fabricados por manos de hombres, se insinuó entre ellos por otro camino más sutil que el anterior, hablando a los hombres y haciendo que sea secretamente adorado por ellos. Esto es lo que está tan estrictamente prohibido en el Levítico: *No os volváis a los magos, ni preguntéis nada a los adivinos, para que no os contaminéis por ellos*. Y lo repite después: *El alma que se vuelva a los magos y adivinos, y fornicare tras ellos, yo pondré mi rostro contra tal alma, y la cortaré de entre su pueblo*. También se dice en el Éxodo: *A los hechiceros no dejarás vivir*, donde la palabra hebrea se aplica particularmente a las brujas. Y en el Deuteronomio, Dios habla así a su pueblo: *Cuando hubieres entrado en la tierra que Jehová tu Dios te da, no aprendas a hacer según las abominaciones de aquellas naciones. No sea hallado en ti quien haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, ni quien practique adivinación, ni agorero, ni sortílego, ni hechicero, ni encantador, ni adivino, ni mago, ni quien consulte a los muertos. Porque es abominación para con Jehová cualquiera que hace estas cosas, y por estas abominaciones Jehová tu Dios las echa de delante de ti. Perfecto serás para con Jehová tu Dios. Porque estas naciones que vas a heredar, a agoreros y a adivinos oyen; mas a ti no te ha permitido esto Jehová tu Dios*. Para ser breve, la Escritura habla a menudo de esta gente, tanto que apenas hay un libro en toda la Biblia donde no se haga mención de ellos. Además de los pasajes ya citados, los que lo deseen pueden ver Núm. 23, Jos. 13, 1 Sam. 15 y 28, 2 Crón. 33, Isa. 47 y 44, Miq. 5, Nah. 3. En el Nuevo Testamento están Simón el Mago, Elimas el adivino, Barjesús y una mujer que tenía un espíritu de adivinación y predecía muchas cosas, por lo cual proporcionaba mucha ganancia a sus amos. También se hace mención de los efesios, que estaban sumamente entregados a todo tipo de artes curiosas, y estas no eran otra cosa entre los antiguos sino las artes de la magia; pero cuando tuvieron sus entendimientos rectificados por las instrucciones de San Pablo quemaron todos sus libros, los cuales estaban valorados en

cincuenta mil piezas de plata. Cuando el buen rey Josías quiso restaurar la religión de Dios a aquella primera integridad en la que anteriormente se hallaba, para aplacar así la ira de Dios contra el pueblo de los judíos, convocó un Concilio general en el templo de Jerusalén donde, entre otras cosas dignas de ser remediadas, se decretó que todos los hechiceros y brujas fueran ejecutados; lo cual el buen rey puso en práctica en consecuencia. *A los adivinos* (dice el texto) *y a los magos, y a las figuras de los ídolos, y las inmundicias y abominaciones que hubo en la tierra de Judá y en Jerusalén, los quitó Josías para cumplir las palabras de la ley*. Después de su reinado, todos los buenos príncipes hicieron lo mismo, habiendo prohibido expresamente la ley de Dios el uso de tales prácticas. Así también en los Códices hay muchas leyes religiosamente ordenadas por emperadores cristianos, como Constancio y otros, contra la brujería y los matemáticos (astrólogos). ¿Y cómo podrían faltar a este deber, siendo que los mismos paganos hicieron punible la práctica de los mismos? Cornelio Tácito relata que se promulgó una ley en Roma por la cual todos los matemáticos y magos fueron desterrados de toda Italia como personas excomulgadas y no dignas de vivir entre hombres honrados. Cuya ley fue puesta en ejecución en tiempos de Jesucristo, no sin un significado misterioso y divino; pues así como nuestro Salvador, por su venida al mundo, ahuyentó y expulsó a los demonios, así fue su voluntad que sus servidores y adoradores especiales fueran desterrados de sus dominios por los príncipes terrenales; acción que pertenecía al tribunal externo de la justicia. Apolonio de Tiana, un gran mago, fue citado a comparecer ante el emperador Domiciano por ser hechicero; como también lo fue Apuleyo ante el gobernador de África en el reinado de Antonino Pío, y se vio obligado a purgarse mediante dos apologías que escribió para limpiar esta acusación, o de lo contrario habría sido ejecutado. Así De modo que no debemos imitar a los de Ginebra (que es la fuente de todo ateísmo y adoraciones diabólicas), donde nadie es acusado ni condenado a morir a menos que sea convicto de haber esparcido algún encantamiento dañino para el hombre o la bestia, aunque sepan que pertenece a la sinagoga del diablo. Es cierto que la mayor exorbitancia en este pecado es que quienes lo practican apostatan de la verdadera religión de Dios y adoran al diablo; lo cual se prueba claramente en las Escrituras, pues no agravan mucho esta desviación con ninguna otra gran imposición que no sea el que cometen idolatría, que es un pecado directamente contra la majestad de Dios y no contra nuestro prójimo. Así, en el Éxodo 22, poco después de estas palabras: *No dejarás vivir a la hechicera*, se añade: *El que ofreciere sacrificio a otros dioses que no sea el verdadero Dios, será muerto*. En el 18 de Levítico se dice: *No os volváis a los encantadores, ni preguntéis a los adivinos, para que*

no os contaminéis con ellos; y la conclusión inferida sobre ello es: *Yo soy Jehová vuestro Dios*. De lo cual se sigue que, por tanto, este pecado es tan enorme porque es directamente contra la majestad de Dios; lo mismo puede notarse también en el capítulo siguiente, que es el 20. *El alma* (dice Dios) *que se volviere a los encantadores y a los adivinos para fornicar tras ellos, yo pondré mi rostro contra tal alma, y la cortaré de entre su pueblo*. Sigue: *Santificaos, pues, y sed santos, porque yo soy Jehová vuestro Dios*. En el capítulo 18 del Deuteronomio también se dice: *No sea hallado en ti quien use brujería, ni quien pida consejo a encantadores o adivinos, porque este fue el pecado de las naciones que por estas abominaciones eché de su tierra, y os puse a vosotros en su lugar*. En cuanto a ti, has sido enseñado de otra manera por el Señor tu Dios. Y luego añade: *Dios os levantará un profeta que os hablará familiarmente, no como yo* hablé en el monte entre el fuego; sino que él será como uno de vosotros, y a él oiréis. Y a cualquiera que no oyere sus palabras, yo le pediré cuenta". Vale la pena observar que tanto por la letra del texto como por la exposición que San Esteban hace del mismo en los Hechos de los Apóstoles, por este Profeta se entiende a Jesucristo. Todo lo cual declara suficientemente que esta impiedad es contra la majestad de Dios y particularmente contra la persona de Jesucristo nuestro Salvador y Redentor. Pues cuando, de adorar una sustancia invisible, esta clase de gente adora al diablo cuando este se presenta ante ellos en forma visible, es manifiesto que en esto él querría robar al Hijo de Dios su gloria, quien se hizo visible para que fuera visiblemente adorado. Cuando Samuel quiso agravar el pecado de rebelión y desprecio que Saúl cometió contra la divina majestad, le dice que este pecado es como el pecado de los hechiceros y magos; no pudo comparar esta desobediencia y rebelión con un pecado mayor que el de las brujas y magos. Y el suceso declaró cuán odioso era: pues cuando Saúl hubo así menospreciado el mandamiento de Dios, fue dejado a su propia suerte y nunca después pudo recibir respuesta alguna ni por sacerdotes, ni por sueños y revelaciones nocturnas, ni por profetas. Sin embargo, a pesar de todo esto, seguía siendo rey de Israel; pero en cuanto buscó a una bruja, cayó en el abismo de toda impiedad y fue muerto al día siguiente junto con sus hijos, de modo que ninguno de aquel linaje volvió a reinar o tener mando en Israel. Y lo que los reyes y príncipes deberían observar atentamente es que se dice en 2 Reyes 23 que el buen rey Josías, habiendo trabajado todo lo que pudo para restaurar la verdadera religión a aquel primer estado e integridad en que se hallaba, aun así Dios no se apaciguó plenamente con este pueblo, sino que después los entregó en manos de los bárbaros babilonios para ser oprimidos y esclavizados por ellos; lo cual sucedió por causa de su abuelo Manasés, quien siempre mantuvo magos y brujas

en el reino de Israel, y él mismo también era de ese oficio. *No se apartó* (dice el texto) *Jehová del ardor de su gran ira, con que se había encendido su enojo contra Judá, por todas las provocaciones con que Manasés le había irritado*. Las abominaciones de Manasés se describen en el cuarto libro de los Reyes (2 Reyes), capítulo 21, entre las cuales se hace mención de sus agorerías y adivinaciones, y de cómo tenía para tal propósito un gran número de magos y hechiceros a su alrededor, trabajando para aumentar y dar reputación a ese oficio; por cuyas abominaciones, y por otras provocaciones diarias a Dios, atrajo sobre sí los viales de su ira. Es muy notable que Dios, por esta misma falta, castigó severamente a los reyes de la tierra que desconocían totalmente su ley; como aparece en Isaías, donde Dios amenaza con destruir la gran ciudad de Babilonia y todo su imperio por causa (dice él) de la gran multitud de brujas que reinan en ti, y de aquella dureza de corazón que endurece a tus encantadores y hechiceros. Y en Ezequiel, el rey de Babilonia se nos representa parado en medio de dos caminos y, por el arte de la magia, disponiendo y colocando flechas para saber qué le sucedería; pero Dios amenaza con castigarlo penosamente por lo mismo. Y aquí podemos hablar oportunamente a los príncipes cristianos y decir con el rey profeta David: *Ahora, pues, oh reyes, sed prudentes; admitid amonestación, jueces de la tierra, no sea que el Señor se enoje y perezcáis en el camino justo*. Pues no hay pecado en el mundo que más trasplante las coronas y los reinos de los príncipes de la tierra, especialmente de los príncipes cristianos, que tolerar por cualquier indulgencia o connivencia una impiedad tan derogatoria para Dios y Cristo su Hijo, y dejar que se extienda en medio de la Iglesia. De ahí que David concluye, según la frase hebrea: Besad al Hijo, no sea que se enoje y perezcáis en el camino, cuando su ira se inflame de repente. Besar y adorar al Hijo es adorar a Cristo Jesús con toda pureza y sinceridad de corazón, quien no tendrá comunión ni alianza con Belial, como enseña San Pablo. No debemos imitar a los de Ginebra antes mencionados, sino que debemos ejecutar el rigor y el extremo de la justicia sobre aquellos que son culpables de este crimen, porque es contra la Majestad divina y directamente contrario al primer mandamiento de la ley; aunque sea verdad, además, que este arte no puede practicarse sin el perjuicio de nuestros prójimos, como aparecerá más adelante por sus deposiciones. Pero el honor de Dios debe ocupar la primera consideración, y no debemos invertir ni descolocar las cosas o, como dice el dicho común, poner el carro delante del caballo. Sin embargo, no hay que maravillarse de que la práctica de Ginebra corra así; pues además de su rabia en deprimir tanto como en ellos cabe el honor de Dios y de sus Santos (lo cual fue vaticinado en el Apocalipsis, que blasfemarían contra Dios, su tabernáculo, la humanidad de Cristo Jesús

y los que habitan en el cielo), tienen la propiedad que todos los herejes tienen naturalmente: amar a magos y hechiceros; como aparece por el primer hereje, Simón el Mago, mencionado en los Hechos de los Apóstoles, y por los demás que le siguieron, como declaran Ireneo y otros. Los turcos (según concibo) no estiman mucho estas artes, pero los sarracenos permitieron que los hombres enseñaran esta impiedad públicamente, unos mil años después de Cristo. Y si el Anticristo ha de proceder de los turcos, de lo cual hay gran probabilidad, entonces su Monarquía nos es señalada por Babilonia y la bestia salvaje, que había de recibir gran poder y fuerza del gran Dragón, en virtud de lo cual podría obrar maravillas, incluso hacer descender fuego del cielo: todo lo cual haría mediante el poder del Diablo, sombreado bajo la naturaleza del Dragón Tocante a los medios que tal clase de gente usa en sus brujerías, no se puede establecer un número cierto de ellos, pues son infinitos, y el Diablo es tan astuto y malicioso que (como se dice de un tipo ruin) *Habet mille technas, mille nocendi artes* (Tiene mil artimañas, mil artes de dañar). Él inventa cada día nuevos ingenios para complacer más a aquel a quien más desea mantener sujeto en su garra; y viendo que algunos se deleitan con una cosa y otros con otra, lo ajusta todo según sus distintos humores. Y dado el caso de que estas formas generales de encantamientos no sean dañinas para el cuerpo, sin embargo, manchan y ensucian el alma del hechicero, porque están siempre ligados a la superstición, que es una especie de idolatría. No obstante, el Diablo se esfuerza tanto como puede en practicar aquellos encantamientos que son dañinos para los hombres, como el derramamiento de sangre y el asesinato; pero cuando se encuentra con alguno (como a veces sucede) cuya conciencia es escrupulosa para cometer asesinato, o para dañar de otro modo a las personas, se contenta entonces con aplicarse a ellos para, al menos, ganar para sí sus almas engañadas. Y es probable (puesto que hay tantas diversidades de ellos mencionados en la Biblia hebrea) que, así como los demonios en las Escrituras toman sus denominaciones de los efectos que se observan en ellos, así tengan los hechiceros su diversidad de nombres por la diversidad de efectos y encantamientos que ordinariamente practican. Así, los magos del Faraón, para hacer sus encantamientos más poderosos, además de las varas que tenían en sus manos para mostrarse iguales a Moisés, también usaban (no se expresa si secreta o abiertamente) ciertas planchas de hierro al rojo vivo, recién forjadas; y sus encantamientos en el capítulo 7 del Éxodo son llamados con la palabra *Lahatım*, que significa "planchas ardientes"; y así es llamada la espada flamígera que el Querubín blandía en su mano en el cuarto capítulo del Génesis; lo cual es la observación particular del Rabino David Kimhi. Y de aquí de aquí podemos extraer una excelente moraleja, ya

que, como nos enseña San Pablo, los magos en esta historia representaban a los herejes, así como Moisés prefiguraba a los doctores católicos. Moisés se mantuvo satisfecho con la vara que tenía en su mano, y el doctor católico blande la vara de la palabra de Dios sobre aquellos que transgreden contra la misma. El hereje, del mismo modo, sostiene la vara de la palabra de Dios en su mano, pero no puede prevalecer con ella, a menos que también desenvaine esa espada flamígera que significa la guerra y la efusión de sangre. Y bien puede ser que mezclaran la sangre de hombres en el templado y fabricación de tales espadas: lo cual se practica en estos días, y ha sido usual en tiempos antiguos entre los *Terafines*. Pero descendamos a otros pasajes. En los capítulos 19 y 20 del Levítico, estos magos son llamados con la palabra *Aob*, que significa un cántaro o un barril. Y podría ser que hubiera una clase de hechiceros que usaran tales vasijas, como muchos hacen en estos días, que lanzan ciertos nombres en una vasija o jofaina llena de agua para adivinar y presagiar algo. En el 18 de Deuteronomio son llamados *Menabhesh*, que importa tanto como "usar serpientes", y es bastante probable que usaran serpientes en sus encantamientos, como hemos notado anteriormente sobre los romanos, que hicieron lo mismo para librar a Roma de la peste. *Aben Ezra* piensa que no eran sino ciertas figuras y caracteres de serpientes lo que tal gente usaba en sus encantamientos y hechizos. El rey Manasés, que fue el mayor hechicero del mundo, fue acusado de ser *Mecashesh*, palabra que deriva de un verbo que significa pintar, o embellecer el rostro con colores para atraer y engañar a los hombres, lo cual es propiedad de mujeres livianas, como dice el Rabino David Kimhi en su comentario sobre Nahum; y sobre ello Aben Ezra, quien junto con Kimhi es citado por Sanctes Pagninus y por Munsterus, declara que estos son hechiceros que aparentan que ellos transforman las cosas y, por este medio, abusan groseramente de aquellos hombres a quienes ciegan con sus apariciones, y así les hacen creer que ven aquello que, de hecho, no ven; al igual que esas mujeres libertinas y ligeras que ponen un brillo de blancura sobre su rostro, la cual no está realmente en sus personas. Hay otra palabra en el capítulo 3 de Miqueas que también expresa a estos magos, y es *Quassam*, que David Kimhi (como es de suponer por los pasajes ya alegados) interpreta como significado de toda clase de encantos y hechizos. Aunque haya, pues, diversos tipos de encantamientos inventados por el Diablo, y pueda concebirse que el uso supersticioso de estas cosas cobró fuerza con el tiempo y se hizo más familiar una vez que el espíritu del hombre fue tentado por el deleite de ellos, no debemos pensar que estos encantamientos diabólicos estén dotados de eficacia natural alguna, o que los espíritus malignos se deleiten más con una cosa que con otra, o que sean atraídos por algún encantamiento

especial para hacer lo que el hechicero quiera; sino que debe atribuirse, por la tercera y general razón, a la malicia del Diablo, que en todas las cosas es el imitador ("simio") de Dios, como dice Tertuliano. Pues él observa astutamente que Dios elige, por su pura y absoluta voluntad, ciertas sustancias materiales para confirmar y hacer eficaces sus promesas a los hombres: como son el pan y el vino en el Sacramento de la Eucaristía, y el agua en el Bautismo; sin embargo, estos elementos externos no tienen fuerza nativa en sí mismos para declararnos aquello que Dios obra en nosotros por su poder. Y sobre esto, el Diablo hace una elección voluntaria de las cosas que considera más aptas, mediante las cuales, como por signos, cumple las promesas que ofrece a los hombres y aprovecha la ocasión para mostrar la grandeza de sus fuerzas. Y esta es la resolución dada por San Agustín: *Los demonios (dice) son atraídos por las hierbas, no como los animales por la comida, sino como los espíritus por los signos*. Un asno, en efecto, es movido por la vista de la avena, y la oveja está ansiosa por ramonear una rama tierna que se pone ante ella; pero no es así con los espíritus, pues no tienen necesidad de ninguna sustancia corporal para su subsistencia, sino que usan cosas externas como signos y prendas, mediante las cuales expresan su placer a los hombres, quienes de otro modo no podrían tener noticia de ello. Porque es propiedad tanto de las criaturas razonables como de las intelectuales declarar su voluntad mediante signos externos; y por lo tanto no debemos concebir que fuera el sonido del arpa de David lo que ahuyentó al espíritu maligno de Saúl, o la hiel del pez lo que hizo huir a Asmodeo; pues él no teme a ninguna cosa corporal por el hecho de ser corporal, es más, esta no puede imprimir ninguna acción en él, ni siquiera tocarlo. Sin embargo, cuando tales sustancias materiales son los instrumentos por los cuales Dios obra, y cuando las personas virtuosas son confirmadas por la fe en el poder de Dios en ello, entonces es eficaz contra el Diablo: y entonces debemos hacer lo que nos manda San Pedro, *al cual resistid firmes en la fe*. Es cierto que el Diablo a veces observa el curso de la Luna en sus obras, la cual es una sustancia corporal; y esto está claro en los capítulos cuarto y decimoséptimo de San Mateo, donde se hace mención de uno que estaba poseído lunáticamente; pero en esto (dice San Jerónimo) él trabajaba secretamente para difamar a la criatura de Dios y para hacer creer a los hombres, o bien que era una criatura del Diablo (como los maniqueos pensaban de muchas criaturas que eran muy útiles al hombre), o bien que debía ser adorada como un Dios por el gran poder que tenía sobre los cuerpos de los hombres. A lo cual podemos añadir el dicho de San Agustín: que el diablo, como alguien que es sumamente astuto y sabio (de donde también toma su nombre), cuando quiere aplicar causas naturales unas a otras para su camino más fácil y rápido, observa el

curso de la Luna, la cual da naturalmente asistencia e inclinación a tales efectos, como que tienen su origen en la locura. La experiencia enseña que esto es cierto en las personas lunáticas; y, por lo tanto, los médicos más experimentados siguen el mismo curso en las curas que emprenden de este tipo. En cuanto a las sustancias corporales, él [el Demonio] no tiene uso de ellas, sino en tanto que sirven como señales para vincular a los hechiceros a su servicio: así como los elementos externos en los Sacramentos sirven como muestras del buen placer de Dios en su uso e institución: de modo que tales signos son meramente voluntarios, aunque sean las verdaderas imágenes y representaciones de aquellos contra quienes querrían practicar sus brujerías; como leemos en *Zonaras* que ciertas personas depravadas habían hecho la imagen misma de *Simón, Príncipe de Bulgaria*; y tan pronto como cortaron la cabeza de dicha imagen, el Príncipe fue hallado muerto instantáneamente. Por una ocasión similar, el Rey *Luis* hizo que una cierta mujer llamada *Claudia* fuera quemada viva, porque ella había hecho su semejanza en cera, y pretendía acercarla más y más al fuego, para que, a medida que esta imagen de cera se derritiera, él languideciera y se consumiera poco a poco, y finalmente muriera. Y dado que esta historia nos da la ocasión de hablar de las mujeres; veamos si son tan dadas a estas artes como lo son los hombres.

CAP. 7. *De las Brujas; y que las mujeres son más adictas a la Brujería que los hombres.*

SI el Diablo tiene poder en una cosa tan execrable para ganar a los hombres a su servicio; no es de extrañar que también haya enredado y seducido a las mujeres en sus redes, especialmente porque él primero se esfuerza por ganar a aquellas que sabe que están abiertas a las persuasiones, y son más fáciles de engañar, debido a la impotencia natural y la simplicidad de su sexo. Y esto lo significa San Pablo, cuando dice: 'Mirad que nadie os engañe por la sencillez que procede de Cristo Jesús'. Así tentó el Diablo a *Eva*, aunque ella estaba entonces en su integridad original; y él se preparó más bien para dar este asalto porque sabía bien cuán apto órgano era ella para atraer al hombre a ceder su consentimiento a su gusto. Y esto lo practicó desde el principio, y desde entonces ha observado siempre que este sexo tiene esta propiedad: ser extremadamente adicto a algo, ya sea bueno o malo; de modo que si una mujer se dedica al bien, es más ferviente en ello que un hombre; y por el contrario, si se entrega al mal, es más obstinada en persistir en lo mismo que un hombre. Lo cual es bien observado por *San Crisóstomo* en estas palabras:

'*Es (dice) un animal contencioso e importuno y amante de la victoria, ya sea que se incline al mal o al bien*'. De modo que podemos hablar de ellas como hablamos de los Ángeles en general, y decir con los teólogos: '*A lo que se adhieren, se adhieren inamoviblemente*'. Y de esto todas las historias están llenas: bastará entre los autores profanos alegar un ejemplo recogido en las historias romanas. *Macrina*, una noble dama de Roma, decidió no hablar ni mirar a ningún hombre vivo hasta que su marido *Torcuato*, que fue enviado al extranjero por los romanos para someter diversas ciudades y provincias, regresara a casa con ella. Sucedió que once años después, trajeron a Roma a un hombre silvestre o salvaje, que tenía un solo ojo en medio de la frente y fue hallado en los desiertos de Egipto; lo cual, cuando ella lo supo por su camarera, se sintió sumamente movida por un deseo violento de ver esta novedad; no obstante, dominó tan bien sus anhelos que no interrumpió su primera resolución. Y cuando un día este hombre salvaje pasó por delante de su casa, estando ella en el aposento que daba a la calle por donde él debía pasar, aunque oyó el ruido y los gritos en las calles, como es costumbre del común tipo de gente cuando ven cualquier espectáculo extraño, ella reprimió tan fuertemente sus pasiones que ni siquiera se asomó a la ventana para verlo, de lo cual no mucho después murió. También será suficiente seleccionar de las historias eclesiásticas aquel ejemplo que *Teodoreto* relata de las matronas de Roma, quienes al ver que sus maridos los senadores y otros no se atrevían a interceder ante el Emperador a favor de *Liberio*, el Papa de Roma, a quien había desterrado sin causa porque no consentía la introducción de la herejía, resolvieron entre ellas ir a la Corte, donde con sus gritos e importunidades, no cesaron hasta que el Emperador hizo regresar a su pastor principal del destierro. La Escritura también es abundante en estos ejemplos: *Judit* y *Ester* ejemplificarán suficientemente la bondad de las mujeres que aman a Dios; y la ama de *José* junto con *Jezabel* declararán plenamente la violencia de aquellas que se abandonan al mal. Y como vemos por experiencia incluso en estos días, que las mujeres sobrias y virtuosas, aunque por su naturaleza son más propensas a la compasión, son ellas las que lanzan las primeras piedras contra los hechiceros y gritan más fuerte que el resto para que los quemen; así, por el contrario, las hechiceras son más obstinadas y más adictas a las brujerías, y se sumergen con menos remordimiento de conciencia en los hechos más execrables que puedan existir que los hombres; de modo que es cierto que las mujeres son empleadas para estrangular niños, y para llevarlos y presentarlos al Diablo, y para hacer una especie de ungüento con su grasa; pero los hechiceros y brujos hombres rara vez o nunca mojan sus dedos en estas acciones sangrientas. De aquí nace la razón de por qué la primera prohibición de practicar la

brujería, de la cual se hace mención en la Ley de Dios, fue dirigida a las mujeres y no a los hombres, como *Sanctes Pagninus* ha observado bien, diciendo; que mientras que en el capítulo veintidós del *Éxodo* tenemos en número plural, *Maleficos non patieris vivere* [No dejarás vivir a los maléficos], en la fuente del hebreo está expresado por la palabra *Mechasshepha*, que significa una mujer bruja, y entonces el sentido es este: No permitirás que una hechicera viva, porque (dice él) es un oficio más ordinario y usual en las mujeres que en los hombres. Y esto aparece por la historia de *Saúl*, quien habiendo matado anteriormente a toda clase de magos y brujas; sin embargo, al final, viéndose abandonado por Dios por sus iniquidades, resolvió recurrir al Diablo, y para tal propósito preguntó a sus siervos si quedaba alguna mujer bruja o no: Buscadme (dice él) a una que tenga un Espíritu para que yo pueda ir a ella, y pueda por su mediación ser advertido de lo que deseo saber. Donde debemos observar que *Saúl* no preguntó si había un hombre que fuera brujo, sino si había alguna mujer bruja: como si hubiera dicho que, a pesar de todo lo que había hecho contra ellos, no podía ser sino que quedara viva alguna mujer u otra de esta ocupación; y en verdad es casi imposible descubrirlas tan fácilmente como a los hombres. La conclusión fue que *Saúl* no se vio defraudado en su expectativa, pues sus cortesanos, que a menudo acuden a tales personas (según su costumbre), rápidamente le nombraron a una, a la cual cuando *Saúl* llegó, ella comenzó a protestar que era una mujer honesta, y que por nada intentaría tal cosa, que estaba prohibida tanto por Dios como por el Rey: pero siendo un poco calmada con bellas promesas, rápidamente hizo que el Diablo atendiera este servicio: y por lo tanto los hebreos no se contentan con llamarlos por apelativos comunes a todos ellos, tanto hombres como mujeres, los cuales hemos recogido particularmente en el capítulo anterior, sino que quisieron señalarlas con un atributo peculiar, que propiamente debe entenderse de las mujeres, como puede verse en *Helias* el Levita en su *Thisby*, quien relata, según las tradiciones de los judíos, que hay mujeres a las que llaman las madres del Diablo, y las denominan con esta palabra *Lilith*, que se deriva de otra palabra hebrea que significa la noche, porque suelen andar secretamente y en la noche. Y esto lo han imitado o tomado prestado los latinos de los hebreos, llamándolas *Striges* o *Lamiæ*, que significa monstruos y pájaros extraños que suelen andar en la noche. Y el dicho *Helias* dice además que un gran señor, habiendo preguntado a los antiguos padres de la sinagoga cómo ocurría que los niños pequeños que tienen solo ocho días de vida fueran tantas veces encontrados muertos repentinamente, le respondieron que era *Lilith* quien los mataba: lo cual es la denominación de las hechiceras, pues la palabra hebrea es de género femenino, como aparece más claramente por el

participio y el adjetivo femenino que se une a la palabra *Lilith*, y también porque dice que eran *Nashim*, es decir, mujeres. Y las mujeres judías están tan plenamente persuadidas de la verdad de ello (pues son las mujeres más supersticiosas del mundo) que suelen hacer cuatro círculos con tiza, o con un carbón, en las partes exteriores de las paredes del aposento donde suelen dormir, y en cada lado o cuarto del aposento hacen un círculo, escribiendo en uno de ellos el nombre de *Adán*, en el otro el nombre de *Eva*, en el tercero la palabra *Huts*, que significa 'fuera', y en el cuarto la palabra *Lilith*: como si hubieran querido decir (según lo concibo yo) *Adán* y *Eva* son los primeros Padres y Progenitores de la humanidad, y por lo tanto alejaos de aquí todas las brujerías cualesquiera que sean. Dentro del aposento escriben los nombres de los Ángeles que consideran protectores de sus hijos: a saber, *Senoy*, *Sansenoy* y *Samangueloph*, diciendo que *Lilith* enseñó a las mujeres judías a hacer esto antes de morir: por lo que es de suponer que este era el nombre de alguna gran hechicera, anteriormente muy renombrada entre ellos, a quien por lo tanto el llamaron *Lilith*, porque comúnmente andaba en la noche: e es probable que enseñara a sus hijas o a algunas otras todas las supersticiones y artes que poseía antes de su muerte; y después, con el paso del tiempo, a tal tipo de mujeres se las llamó *Lilith*. Sea como fuere, este discurso de *Helias* el Levita declara suficientemente la antigüedad de los hechiceros que andan de noche y estrangulan niños pequeños, y allí nos asegura que estas cosas no son fábulas. Relato que recibiría fuerza y aumento de autoridad si aceptamos que *Jesús*, el hijo de *Sirac*, hizo aquel discurso que menciona extensamente todas estas cosas, y que se le atribuye en el libro hebreo. También encontramos la palabra *Lilith* en la Escritura, y particularmente en el capítulo treinta y cuatro de *Isaías*, que San *Jerónimo* traduce y considera que es una hechicera. *Ibi cubavit Lamia* [Allí descansó la Lamia]: con lo cual se refiere a tales mujeres que suelen andar de noche. De nuevo, en las Lamentaciones de *Jeremías*, interpreta esta palabra *Lilith* como una hechicera, diciendo: *Sed & Lamia*. *Lamia* (dice *Duris*) fue una mujer que tuvo celos de que su marido hubiera engendrado un hijo con otra mujer, y por ello, en una gran furia, dio orden secreta de estrangular al niño, e hizo lo mismo con todos aquellos que pudo tener en sus manos: y de ella derivan ese tipo de mujeres llamadas por los latinos *Lamiæ*, cuya costumbre era (como dice *Jeremías*) mostrar y ofrecer sus pechos a los niños pequeños, para así acallarlos y atraerlos hacia ellas, para poder estrangularlos con mayor secreto. Por lo tanto, cuando Dios amenaza a Babilonia o a Jerusalén con que las brujas acudirían allí y mostrarían sus pezones, no es sino para mostrar que tales lugares quedarían desolados y totalmente destruidos, porque los lugares desolados son frecuentados por brujas, que

vienen allí a hacer sus asambleas, y son llevadas en su mayor parte allí por el Diablo, para que en tales rincones remotos puedan ejercer más libremente los misterios de de sus abominaciones: al igual que los ladrones y asesinos frecuentan tal clase de soledad. *Plinio, lib. 25, hist. cap. 11*, dice que las mujeres superan con creces a los hombres en este oficio, y *Quintiliano* en sus declamaciones dice: '*El latrocinio es más fácil en el hombre, el envenenamiento en la mujer*'. El otro tipo de brujas no es tan execrable, porque no hay un pacto expreso con Satanás, sino solo un acuerdo tácito. Y contra ellas *San Crisóstomo, homil. 13. en 1. ad Timotheum*, nos enseña a proceder de otra manera. *Si quis (inquit) ligaturas inanes...* Es decir: Debemos informar a los ignorantes y mostrarles cuán sucio es el delito cuando los hombres abandonan a Dios para adherirse a las supersticiones.

CAP. VIII. *Una respuesta a quienes preguntan qué peligro hay en implorar la asistencia y ayuda del Diablo.*

ES una observación general que se hace de aquellos que olvidan a Dios: el caer (si no regresan a Él pronto) en la ceguera del entendimiento y en una dureza de corazón, semejante a la de los Diablos y las almas de los condenados. Pues así como hay una simpatía y participación de los hombres buenos con aquellos que están en el Paraíso, de modo que puede decirse que, viviendo en este mundo, tienen su conversación en el cielo, así hay otros que difieren muy poco de los condenados, hasta el punto (dice *Teodoreto*) de que un hombre puede decir verdaderamente que hay Diablos en el infierno mejores que ellos, porque superan a los mismos Diablos en maldad y malicia. Los Diablos al menos creen y tiemblan, *Dæmones credunt & contremiscunt*: pero estos ni creen ni temen los juicios por venir. Sobre lo cual el sabio dice que cuando un hombre malvado el hombre llega a lo profundo y al fondo del pecado, se mofa y hace burla de todas las advertencias. Y para no desviarnos más, la verdad de esto se ve por la experiencia de aquellos que han entregado sus pobres almas cautivas al Diablo, y pensaron que eran meramente fabulosas aquellas cosas que de cualquier modo les recordaban la condenación eterna. ¿Y qué peligro hay (dicen ellos) en mandar al Diablo? ¿No hizo lo mismo el propio Jesucristo? ¿No los usa Dios a veces? ¿Y no se sirvieron también los Apóstoles de ellos, mandándolos según les parecía bien? A estos podemos proponerles la pregunta que San Atanasio hizo una vez a Arrio: *"Si alguien adorara a Satanás, ¿obraría bien o mal?"*. A lo cual Arrio respondió, aunque su entendimiento era oscuro y ciego: *"Es impío y está sin Dios, no tiene sentido común, ni merece el nombre de hombre"*. Así que, por la propia confesión

de un miembro del Diablo, tenemos cuatro marcas de aquel que adora al Diablo. Primero, está lleno de toda impiedad y maldad; segundo, es un verdadero ateo; tercero, carece de sentido común; y por último, no es digno de la denominación de hombre. En esto Arrio habló maravillosamente bien, siendo forzado a esta confesión por la verdad, que todo lo vence. Pues si nuestros primeros padres cayeron en tales laberintos, y desde entonces son llamados herejes, ciegos, insensatos, bestias brutas, aunque se abusó mucho de su sencillez e ignorancia porque nunca habían oído hablar de la astucia y malicia de Satanás, cuánto más deben ser llamados con tales nombres infames quienes a la primera de cambio se entregan a Satanás y a todas sus obras, a pesar de ser amonestados por muchos pasajes de la Sagrada Escritura, e incluso advertidos por la boca de Jesucristo, sus Apóstoles y toda la Iglesia para evitar y resistir a Satanás, y para hacer continua intercesión ante Dios, para que no cedan ante sus tentaciones, porque él está siempre despierto y es fiero como un león rugiente y hambriento en el desierto. Pero vivimos en una época tan miserable que, aunque antiguamente se decía "feliz aquel que no ha bebido de la doctrina de Arrio", nos vemos obligados a desear a los hombres cegados de nuestro tiempo una conciencia de tal rectitud y sensatez como la que tuvo aquel maldito Arrio. Pues veamos cuán engañosa y llena de mentiras es su sofistería. ¿Cuán falso es que el hombre deba imitar a Dios y a su Hijo Jesucristo en todas las cosas? Es una buena nota la que da cierto antiguo padre: *"En las cosas divinas hay algunas que deben ser creídas, otras admiradas y otras imitadas"*; como por ejemplo: cuando encontramos que Jesucristo hizo de pan su cuerpo por su propio poder y autoridad, es una obra que debe ser aprehendida por la fe, no expresada mediante la imitación; cuando resucitó a hombres de entre los muertos, este milagro se nos propone solo para que admiremos su poder divino, de modo que si alguno se esforzara por hacer lo mismo, debe ser considerado un usurpador de la gloria de Dios, que es el objetivo mismo al cual el Diablo, mediante sus colusiones, conduce a las pobres almas vendadas. Por este medio obró la destrucción de nuestros primeros padres, persuadiéndolos (como él mismo ya había practicado) a hacerse como Dios, sabiendo bien que esta fue la verdadera causa de su expulsión del Paraíso, pues había dicho en su corazón *"seré semejante al Altísimo"*, y puso también este cebo para el hombre y la mujer: *"seréis como dioses"*. Así burla a aquellos que pretenden asumir para sí mismos esa autoridad que es peculiar de Dios, sin recordar que Dios es el autor y creador de todas las cosas visibles e invisibles, como bien muestra San Pablo: *"de Él, por Él y en Él son todas las cosas, ya sean las que están en los cielos o las que están en la tierra, visibles e invisibles, y ante Él se dobla toda rodilla de los celestiales, terrestres e infernales"*. De

modo que, siendo el Creador de todas las cosas, puede usar y disponer de ellas como le parezca bien; y esto puede hacerlo por el derecho de creación que tiene sobre todas las criaturas; por cuyo derecho es adorado con un culto supremo y soberano que se llama *Latría*, propio y peculiar solo de Él: *"Adorad a Dios"* (dice San Juan) *"que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay"*. Sin embargo, nuestros luciferinos (pues así pueden llamarse los que imitan a Lucifer) pretenden ser paralelos a Dios y participar con Él en este culto, como si hubieran sido sus compañeros en la creación de las sustancias visibles e invisibles; sí, querrían usarlas y disponer de ellas para su provecho y placer, sin considerar que Dios se ha reservado para sí diversas cosas que no ha querido que sean comunicables a los hombres; como es su gloria, de la cual dice: *"Mi gloria no la daré a otro"*. De la misma naturaleza y condición es el conocimiento de los pensamientos internos de los hombres, la venganza sobre nuestros enemigos, y el poder soberano que tiene sobre todas sus criaturas, entre las cuales se cuentan los espíritus malignos, que son sostenidos y tienen su existencia por su providencia no menos que los hombres malvados de este mundo, que aquí se amotinan y se arman contra Él. Otra falta que se comete en su sofistería es no comprender que la regla o balanza de todas nuestras acciones debe ser dirigida por la palabra de Dios, de la cual no debemos desviarnos ni a derecha ni a izquierda; pero la palabra de Dios prohíbe estrictamente tal trato y familiaridad con Satanás; es más, ordena que quienquiera que sea que recurra a magos o brujas, por cualquier motivo, aunque no hable directamente con el Diablo, esa persona debe ser lapidada hasta la muerte sin misericordia. Con lo cual se nos enseña que esto es idolatría directa, ya que en nuestras extremidades dejamos a Dios para buscar remedio y socorro de su adversario, y para confiar en él, reconociendo que cualquier bien que nos suceda procede del Diablo, lo cual no es otra cosa que adorarlo, y hacerle practicar aquello que en tiempos pasados dijo: *"Todo esto te daré si postrado me adorares"*. Y esto abrió la brecha para la ruina de Ocozías, Saúl y muchos otros que bien podrían haber alegado en su defensa, como el ateo y los magos de nuestros tiempos, de esta manera: "¿Qué peligro hay si nos servimos de ellos en nuestra necesidad, puesto que Dios mismo los usa cuando le place?". La tercera falta es que están tan lejos de actuar como Jesucristo que hacen lo totalmente contrario a lo que Él practicó. Pues Jesucristo estuvo tan lejos de evocar y llamar a los demonios hacia sí, que se fortaleció y armó contra sus tentaciones mediante oraciones y un ayuno admirable; y cuando Satanás se le apareció sin ser llamado, lo rechazó con lenguaje duro, diciendo: *"Vete, Satanás; escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él solo servirás"*. Y ante esto el Diablo se alejó de Él, pues no puede soportar

quedarse donde encuentra resistencia; y por lo tanto San Jaime (Santiago), aludiendo a este ejemplo de Jesucristo, nos da esta lección: *"Resistid al Diablo y huirá de vosotros"*; de acuerdo con lo de San Pedro: *"Al cual resistid firmes en la fe"*. Aquí podemos ver lo que se nos manda hacer siguiendo el ejemplo de Jesucristo: se nos pide orar y ayunar para que él no venga a nosotros, y en caso de que se presente ante nosotros, debemos resistirle por la fe y alejarlo de nosotros con todo empeño, como San Martín hizo antes que nosotros, quien, según relata Severo Sulpicio, cuando vio al Diablo cerca de él dijo: *"¿Qué haces aquí, bestia sangrienta?"*. Y este encargo fue puesto sobre el hombre desde el principio del mundo, para engendrar en él un mayor odio hacia el Diablo. Dios hizo un pacto de enemistad entre los hombres y el Diablo, diciendo: *"Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya"*: Pondré odio mortal (dijo Dios) entre la Serpiente y la simiente de la mujer; pues este gran guía y supervisor de la naturaleza bien sabía de antemano que, por muy bello pretexto que el Diablo pretendiera, no buscaba nada más que la destrucción del hombre, como ya lo hemos comparado con los cocodrilos de Egipto, que fingen la voz de un hombre para poder devorarlo. De modo que el hombre necesita aprender la sabiduría de los perros de Egipto, quienes, conociendo su engaño y sangrienta voracidad, no se detienen mucho tiempo a beber de este río, sino que, si se ven obligados por la sed, dan un lametón y se van, siguiendo su camino sin detenerse mucho. Así debe el hombre evitar todas las tentaciones de Satanás, y si en algún momento se le sugieren pensamientos malvados, no debe de ninguna manera ceder ante ellos, sino continuar su camino y descargar su mente de tales pensamientos; de lo contrario, si les diera el más mínimo paso, correrá el peligro de ser devorado: pues el Diablo nunca va a ninguna parte sino con el propósito de tragar todo lo que esté a merced de su boca. Y por lo tanto nuestro Señor, que conocía bien su sangrienta malicia, no permitió de ninguna manera que él confesara que era el Hijo de Dios; pues no hizo esta confesión (como bien nota San Atanasio) con ningún buen propósito, sino para sembrar alguna sospecha difamatoria sobre Jesucristo y abusar del mundo por este medio. La cuarta falta es que los hombres no reparan en qué poder dio Jesucristo a sus Apóstoles y a sus sucesores sobre los demonios: al principio, este poder fue dado por Dios para herir la cabeza de la serpiente y pisotearla, como había predicho: que la simiente de la mujer aplastaría su cabeza venenosa; y lo mismo dice Jesucristo a sus Apóstoles: *"Os he dado poder de caminar sobre serpientes"*; lo cual también es atestiguado por San Pablo: *"Dios, pues, aplaste a Satanás bajo vuestros pies"*. En segundo lugar, este poder fue dado a la Iglesia a través de los méritos de la preciosa muerte de Jesucristo, con el encargo de perseguirlo

y ahuyentarlo. En tercer lugar, esto poder debía ejercerse invocando el nombre de Jesucristo, cuyos dos últimos puntos se comprenden en estas palabras: *"En mi nombre echarán fuera demonios"*. Pero los hechiceros y magos no suelen resistir al Diablo ni herir su cabeza, sino que lo adulan y lo llaman hacia sí mediante cierto pacto o acuerdo, que conlleva directamente una sujeción y dependencia; y para ser breves, primero lo adoran antes de que él acuda a ellos. Además, en lugar de repelerlo, acuden a él en busca de consejo, ayuda o favor, mientras que Jesucristo ni siquiera le permitía hablar; y esto no es (como observa Orígenes) forzar al Diablo mediante la invocación del nombre de Dios, sino que más bien arguye una familiaridad y trato que tienen entre sí. De modo que, si consideramos seriamente todas las circunstancias, ellos se oponen y siguen un camino contrario a Jesucristo y los Apóstoles. No se puede negar que a veces simulan como si llorasen, aunque en verdad no sea nada de eso. San Agustín relata la historia de cierto mago que se jactaba mucho del mando que tenía sobre los demonios, diciendo que, cuando estos se mostraban perezosos para hacer lo que él les mandaba, amenazaba con tirar de los cielos con tal violencia que caerían sobre la tierra, y ante eso los demonios ejecutaban prontamente lo que él les ordenaba, por miedo a ser triturados entre el cielo y la tierra, como el grano es triturado entre dos piedras de molino. Pero, ¿quién no ve que esto es la astucia y el llanto fingido de los cocodrilos, es decir, ficciones diabólicas creadas para el engaño y la estafa? Pues, en primer lugar, no está en el poder de los ángeles hacer que el cielo descienda y toque la tierra, porque a ellos (como dice San Pablo) Dios no ha sujetado la estructura redonda del mundo: *"Pues no sujetó Dios el mundo a sus ángeles"* (dice él). Es más, está tan lejos de ser así, que no está en el poder natural de todos los espíritus malignos existentes el hacer girar la órbita de la Luna, que es la menor de todas las demás: pues así como Dios ha apropiado las operaciones naturales del cuerpo humano a un alma racional, de modo que no está en el poder de un ángel hacer que este cuerpo viva la vida de las plantas, la vida de las bestias o la vida del hombre (aunque puede entrar a su placer en el mismo, como vemos por experiencia en los poseídos), del mismo modo Dios ha limitado el poder pasivo de los movimientos de los cielos a ciertos ángeles a quienes ha destinado para ello; por lo que es algo ridículo concebir que los espíritus puedan ser triturados o aplastados en pedazos. Pero ellos se aprovechan en esto de la sencillez de los hombres y de su propia astucia, infundiéndoles estas fábulas, en las que se asemejan a siervos malvados que esperan una ocasión para degollar a sus amos. El quinto error que ciega a estos hechiceros es que tienen la idea de que el Diablo está muy dispuesto a servirles; pero, ¿cómo es posible que el Diablo se esclavice a sí mismo ante

el hombre, que no es más que un gusano de la tierra? Siendo que, a través del exceso de su orgullo, que no tolera iguales, desprecia ser el siervo de Dios, a quien sabe su Creador. ¿Cómo puede rebajarse a ser el lacayo del hombre, cuando prefirió renunciar a su parte en el Paraíso y arder eternamente en el fuego del infierno antes que reconocer a Jesucristo como su superior? Pues cuando se le presentó que Dios se haría hombre, el Diablo dijo en su corazón: "No; antes de reconocer a un hombre y a un gusano de la tierra, primero seré condenado"; como bien ha expresado aquel devoto y antiguo padre San Bernardo. Él, en efecto, da muestras de servicio al hombre, pero con este fin: para poder ser su amo. Pues si se deleita en poseer corporalmente a un hombre, una vez que ha obtenido el dominio de su cuerpo, ¿cuánto más se complace cuando, mediante sus sutilezas y quitándole el conocimiento de Dios, obtiene la posesión de su alma? Porque cuando posee el cuerpo, esta aflicción es muchas veces el instrumento de salvación, como dice San Pablo: *"Entregué a tal individuo a Satanás, para que su espíritu sea salvo"*. Pero cuando posee el alma y la aparta de la gracia de Dios, es entonces el instrumento de condenación. Y por lo tanto, la Escritura siempre nos representa a Satanás mediante cosas que son tanto peligrosas como espantosas para los hombres, como por una serpiente, por un dragón y por un león rugiente, por miedo a que digamos, como hacen los ateos, que el Diablo no es tan negro como lo pintan los hombres; cuando por el contrario, es tan terrible y tan peligroso que todas las comparaciones de centauros, perros de tres cabezas y monstruos similares descritos por los poetas, se quedan muy cortas ante su fealdad. Si entonces alguien fuera familiar con tales bestias furiosas, ¿no podría ser considerado con razón loco y privado de sentido común? Sin embargo, las brujas y los magos se exponen ordinariamente a estas cosas. Y esta horridez de los demonios le fue declarada a Job, quien había experimentado en parte la rabia y la sangrienta malicia de Satanás; pero este no probó todas sus fuerzas, porque Dios no le permitió hacer todo lo que él estaba dispuesto a infligir a Job. Dios entonces le describió a Satanás mediante la similitud del monstruo más grande y horrible del mundo llamado Behemot. Esta bestia, dice Dios, es el monstruo más temible y cruel del mundo: su cuerpo está armado como si fuera de hierro, su carne es más dura que la piedra, de modo que no puede ser aplastado ni herido por los golpes violentos de martillos, ni pueden entrar en él las lanzas más afiladas, ni atravesarlo más que si fueran pajas; si los hombres intentaran derribarlo arrojando sobre él grandes piedras desde una roca, no sería más que trabajo perdido, y no estaría más en peligro por ello que si le lanzaran bolas de lino. Dios habla más a Job de este monstruo: ¿crees poder poner un gancho en sus narices como los hombres pescan peces, o cuando

esté ante ti, concibes que te tenga miedo? *"¿Acaso multiplicará acaso para ti súplicas, o te hablará con blandura?"*. ¿Se comportará como un perro que adula a su amo y yace a sus pies por miedo a ser golpeado? O si llega a algún acuerdo contigo, ¿imaginas que lo hace con otro fin que no sea devorarte? *"¿Acaso hará contigo un pacto y lo tomarás como siervo eterno?"*. ¿Jugarás con él como con un pájaro, y le atarás un hilo a la pata para retenerlo o dejarlo volar a tu antojo? *"¿Acaso te burlarás de él como de un ave?"*. Por último, Dios dice: *"Acuérdate de la guerra y no hables más"*: recuerda que él es un asesino desde el principio, que es tu archienemigo y que continuamente hace la guerra contra ti. No te dañes a ti mismo con estos discursos necios; y con decir que lo usas como a tu siervo, eso es imposible: pues él ha de ser dominado solo por la fe, y no por pacto o acuerdo. Es un mentiroso, y cuando divise su ventaja te engañará; y cuando, en contra de su promesa, te rompa el cuello, ¿ante qué juez presentarás tu demanda para tener reparación por el daño que te hace? Otra cosa que se ofrece a consideración es que, siendo un mentiroso y no habiéndose avergonzado de mentir manifiestamente a Jesucristo al prometerle aquello que no era capaz de cumplir, diciendo: *"Todo esto te daré"*; los hombres no deben engañarse a sí mismos y decir que él se avergonzaría de prometer a un hombre aquello que no está en su poder lograr, como el no morir en batalla, o garantizarle y preservarle de todos los peligros; de lo cual tenemos un ejemplo en Gregorio Nazianceno, quien relata de San Cipriano que se hizo mago antes de ser cristiano para poder gozar de una joven a quien amaba; y aunque el Diablo le había prometido satisfacer su deseo, al final se vio obligado por mandato de Dios a confesarle que le había prometido una cosa que no estaba en su poder cumplir, lo cual fue la causa de su conversión a la religión cristiana. San Atanasio, que estaba familiarmente íntimamente relacionado con Antonio el Monje (San Antonio Abad), un segundo Job en los tiempos del Evangelio, describe elocuentemente las artimañas y sutilezas de Satanás. Él disimula y oculta (dice él) lo que es en realidad, apareciendo con una forma hermosa y adornándose con algún nombre de honor que perciba que será más grato a nuestro temperamento. En lo cual se asemeja a los piratas, quienes, cuando divisan niños hermosos en la orilla, se acercan a ellos y los adulan, hablándoles tan dulcemente como sus propios padres y madres podrían hacerlo; les muestran manzanas y les lanzan otros juguetes que conciben que pueden agradar y retener a esos niños; pero cuando los han atraído a bordo del barco, inmediatamente izan las velas y los llevan suficientemente lejos de su padre o madre, vendiéndolos y convirtiéndolos en esclavos en un país extraño mientras vivan. Quisiera que todos aquellos que se han dejado engañar así por Satanás recordaran bien este

discurso de tan famoso hombre; y que, como el hijo pródigo, regresaran a la casa de su padre, y por algún truco u otro escaparan de ese tirano sangriento y despiadado que no pone ante ellos más que algarrobas para comer: es decir, promete cosas vanas, frívolas e innecesarias, llenas de engaño y estafa. Pero en caso de que no quieran regresar, entonces debe ponerse en ejecución lo que se establece en la ley de Dios, en el capítulo 20 de Éxodo, esto es, darles una muerte extraordinaria que infunda terror en los demás y sirva de ejemplo para todo tipo de personas. Esto se practicó religiosamente en *Aviñón* en el año de gracia de 1582, por la diligencia del padre *Florus Provin*, en aquel tiempo Inquisidor de la fe en aquellas partes, de quien yo fui asociado en dicha Inquisición, donde fueron ejecutados 18 hombres y mujeres, quienes fueron convictos y muy merecidamente condenados, después de haber dado, mediante sus propias declaraciones y acusaciones mutuas, prueba suficiente de su culpabilidad, como aparecerá en la sentencia pronunciada contra ellos; cuyo extracto sigue justo después del siguiente capítulo, a fin de que cada uno vea cuán lejos está este tipo de hombres de la sabiduría de Dios, y cuán justamente merecen ser quemados. Como conclusión y resolución de este discurso, observemos solamente lo que nos enseña Tertuliano: a saber, que ni Jesucristo, ni sus Apóstoles, ni ningún hijo meritorio de la Iglesia llamaron jamás hacia sí a espíritus malignos, sino que más bien los repelieron y alejaron de ellos por la eficacia y el poder de la palabra de Dios. Aparece claramente en el Evangelio que esta fue la práctica de Jesucristo: *"Estaba Jesús echando fuera un demonio; si por el dedo de Dios echo fuera los demonios"*. De modo que todo lo que Jesucristo hizo a este respecto, lo hizo con el fin de expulsarlos y hacerlos odiosos y abominables ante los hombres. Y como aparece en el décimo de Mateo, el poder que dio a sus Apóstoles fue únicamente para expulsar demonios; pues allí se dice que, habiéndolos elegido como sus Apóstoles, los envió con autoridad sobre los espíritus inmundos, pero limitada y restringida a esto: a repelerlos y expulsarlos. *"Les dio poder"* (dice el texto) *"sobre los espíritus inmundos, para que los expulsaran"*. Y de nuevo, tras su resurrección, los envió a todos los lugares del mundo y les dio poder sobre los demonios, pero con la restricción antes mencionada de expulsarlos, diciendo: *"En mi nombre echarán fuera demonios"*. Lea los Hechos de los Apóstoles y encontrará que no hicieron otra cosa que expulsar espíritus malignos, y ningún hombre de valor en la Iglesia de Dios excedió jamás estos límites; y aquellos que han pecado pasando más allá, muestran que son ajenos a la Iglesia de Jesucristo y discípulos en la escuela de Satanás. Y esto es lo que Tertuliano notó bien: *"Nosotros no tratamos con ellos mediante una operación de invitación, sino mediante una dominación de expulsión"*. Y en otro lugar,

atestigua que nadie sino los cristianos podían expulsar demonios, insinuando con ello que los paganos y los magos tenían trato y comunicación con espíritus malignos, pero que los cristianos nunca tuvieron nada que ver con ellos, salvo de acuerdo con el poder que les fue legado por Jesucristo para ahuyentarlos y expulsarlos. Y para mayor ilustración de esto, véanse los pasajes que se citan al principio del Prefacio de este libro.

CAP. IX. *Sobre si los artículos contenidos en las declaraciones de los hechiceros deben tomarse como palabras ociosas y de ensueño, o si deben recibirse como verdad.*

Esta cuestión es tan difícil como necesaria; es difícil porque nunca he dado con ningún autor, antiguo o moderno, que la haya debatido o determinado; es necesaria porque en este único punto reside el nudo mismo de la dificultad que ahora nos disponemos a desatar, es decir, si aquello que los hechiceros declaran les sucede por sueños e ilusiones diabólicas, o si realmente lo practican. Justino Mártir (según relata San Jerónimo) compuso en su tiempo un Tratado sobre la naturaleza y propiedad de los espíritus malignos; el cual, si el tiempo no hubiera sido tan injusto con nosotros como para arrebatárnoslo y, por así decirlo, arrancárnoslo de las manos, nos habría suministrado (como podemos conjeturar fácilmente por sus otros escritos que aún quedan para la posteridad) resoluciones muy amplias y claras de esta duda, y nos enseñaría que lo que comúnmente se dice de las brujas no se cuenta como fábula, sino que está verificado con seguridad como cierto. Pues en su primera Apología, que hizo por los cristianos, se atreve a afirmar con confianza y resolución que los espíritus malignos han tenido conocimiento carnal a veces con mujeres y a veces con hombres. Y en su segunda Apología En su Apología dice que los Demonios rara vez harán lo que un hombre desea, a menos que sea bajo ciertas condiciones; como en la Nigromancia, donde pedirá que se le traiga un niño que sea joven y de tierna edad. Y en la pregunta 52 que propone a los cristianos, desea que todos los hombres procedan con cautela y con toda la circunspección debida en este argumento sobre los espíritus malvados y los hechiceros. En el cual nos da a entender que no debemos ir de forma inconsiderada al investigar dos cosas que son muy extrañas para la gente sencilla, y que ahora recitaremos de él: (pues debemos abrazar el consejo de tan gran personaje, viendo que San *Pablo* mismo nos declara que las obras de Satán se presentarán con toda clase de señales y maravillas, de modo que excederán todas nuestras fuerzas naturales). Para resolver esto debemos hacer aquí una distinción, que muchos, al

no observarla, han caído y se han sumergido en muchos errores. La distinción es esta: entre todos los efectos que Satán practica en favor de aquellos que le deben su servicio, hay dos maneras de obrar: la primera les ocurre cuando duermen; la segunda se practica también cuando están despiertos. A esto podríamos añadir muchas subdivisiones, pero bastará más adelante alegar aquellas que juzguemos necesarias para este propósito. Ahora bien, que esto sucede de estas dos formas distintas lo confirman las Escrituras en muchos pasajes: pues al enumerar las obras que Satanás practica para aquellos que han hecho un pacto expreso con él, rara vez dejan, por un lado, de alegar la observación de los sueños, y por el otro lado, la abominación de los encantamientos; donde podemos observar que la adivinación mediante sueños se practica siempre durmiendo, y los encantamientos cuando los hombres están despiertos. El primer lugar que confirma la verdad de esto puede tomarse del capítulo 19 de Levítico, donde se dice: *No seréis agoreros, ni observaréis los sueños.* Otro lugar está en el segundo libro de las Crónicas, capítulo 33, donde se dice del Rey *Manasés*: *Observaba los sueños, seguía los augurios, servía a las artes maléficas, tenía consigo magos y encantadores, y obró muchos males.* Hay otro pasaje en el capítulo 27 de *Jeremías*, donde Dios dice a su pueblo: *Vosotros, pues, no escuchéis a vuestros profetas, ni a vuestros adivinos, ni a vuestros soñadores, ni a vuestros agoreros, ni a vuestros hechiceros.* El cuarto lugar está en el décimo de *Zacarías*, donde se dice: *Los adivinos han visto mentira, y los soñadores han hablado vanidad.* Y esta fue la práctica misma de *Balaam*, cuya costumbre era primero observar atentamente sus sueños, y cuando estaba despierto realizar sus encantamientos, como se puede ver en el capítulo 22 de Números. No ignoro que algunos pueden aquí objetar y decir que aquellos sueños eran de una calidad diferente a los sueños de los hechiceros de nuestros tiempos; no obstante, es suficiente para nuestro propósito si declaramos por la Escritura que entre las obras malvadas y prohibidas que Satanás realiza en aquellos que se entregan a él, algunas son por vía de sueños y otras se hacen estando despiertos, y son realmente verdaderas. Y aunque la naturaleza de los sueños puede variar infinitamente (algo incidente a todos los sueños, ya sean divinos, naturales o diabólicos, que es la división completa que hace *Tertuliano* en su libro sobre el alma en el capítulo *de somniis*), estas diversas cualidades o diversidades no pueden hacer que estos sueños dejen de ser obras reales de Satán, así como su diversidad no impide que sean divinos o naturales. Esta distinción nos sugiere otra, y es que aquellas cosas que son sueños para algunos, son verdades para otros, y esto es también común a los sueños divinos y naturales, pues no hay contradicción en que un hombre practique realmente aquello que otro hombre sueña

de sí mismo: como en el libro de los *Jueces*, oímos de un soldado que soñó que *Gedeón* venía a asaltar y forzar su campamento, y al mismo tiempo, *Gedeón* de hecho llegó a su campamento e hizo lo que el otro soñó. Dejo pasar a propósito diversos otros, sean divinos, naturales o diabólicos, que son citados por *Tertuliano* en el lugar arriba alegado: baste relatar un discurso de San *Agustín* muy elocuente para el propósito que nos ocupa: donde hace mención de cierto hombre de su tiempo, que estaba muy deseoso de entender el significado de un pasaje de *Platón* que le resultaba muy oscuro, y con ese fin se dirigió muchas veces a un filósofo, y acudió mucho a su casa para conocer su opinión al respecto, pero nunca pudo entender la interpretación del mismo. Finalmente, estando este hombre hasta tarde en su estudio, vino a él, según pensó, este filósofo y comenzó a hablarle de dicho pasaje, y en conclusión lo explicó y desentrañó tan claramente que quedó plenamente satisfecho. Sucedió no mucho después que este filósofo volvió a él, por lo cual le preguntó por qué no había querido darle la explicación de dicho pasaje en su propia casa, sino que prefirió interpretarlo en la casa de otro hombre. A lo que el filósofo respondió: "De hecho soñé que le había expuesto este pasaje, pero la verdad es que nunca lo hice". De aquí San *Agustín* infiere que la misma cosa que es un sueño para uno puede ser una verdad para otro: pues mientras el filósofo soñaba que estaba exponiendo dicho pasaje, el otro recibía despierto las palabras reales de esa exposición. También cuenta de otro que, habiendo dormido varios días seguidos de modo que no podía ser despertado por ningún medio que usaran con él, dijo a sus sirvientes al despertar que soñó que se había transformado en un caballo, y que había escondido forraje en cierto campo que les describió, y de hecho se encontró que tal incidente había ocurrido. Sobre estas dos suposiciones afirmamos que aquellas cosas que se cuentan de los hechiceros pueden ser tanto soñadas como realizadas, y que lo que fue un sueño para uno pudo ser una verdad para otro. Y en cuanto a lo primero, debemos atribuir a los sueños todo lo que está escrito en la distinción 26 de las *Decretales* en el *cap. Episcopi*, que es citado tan a menudo por aquellos que sostienen que toda brujería no es más que sueños, cuando los detalles allí recitados no solo son falsos y fabulosos, sino repugnantes a la Escritura e imposibles para Satán, tales como resucitar a *Herodías*; esta opinión debemos tener de sentencias y autoridades similares. En segundo lugar, debemos clasificar todos los encantamientos y prácticas malvadas realizadas por hechiceros y magos, que la Sagrada Escritura, los Padres y una multitud de Historias mencionan como cosas realmente puestas en ejecución. Por este medio reconciliaremos fácilmente tanto las Escrituras y los Padres, como también las Historias, que de otro modo podrían parecer cruzarse y contradecirse

entre sí. Como por ejemplo, *Juan Bautista* el Napolitano, en su libro 2, capítulo 26, relata que él mismo, teniendo curiosidad por conocer la verdad de lo que deponen las brujas, ordenó el asunto de tal modo que vio con sus propios ojos lo que hacían; y de hecho, habiendo obtenido el consentimiento de una vieja bruja, vio todo su modo de proceder a través de la rendija de una puerta, y contempló a una anciana de pie, desnuda, ungiéndose con cierto ungüento, lo cual, una vez hecho, la hizo caer en un sueño tan profundo que no podía ser despertada ni por los golpes más violentos que se le pudieran dar. Al final, tras despertar, afirmó que había cruzado los mares y visto diversas visiones extrañas que relató en presencia de él y de varios otros que junto con él vinieron a ver lo mismo. Y cuando le mostraron las marcas de los azotes que había recibido mientras dormía, ella no quería creer nada de estas cosas. *Apuleyo* relata de sí mismo que, teniendo curiosidad por ver las costumbres de las brujas, fue llevado por una camarera a un lugar secreto donde pudiera observarlas; y mirando de igual modo a través de la rendija de la puerta de la habitación, vio a una bruja desnuda untándose con un ungüento que tenía, y mientras se frotaba y ungía, se transformó poco a poco (según le pareció a él) en un búho, y al final aparecieron alas sobre ella, y poco después voló hacia afuera por la ventana; de cuya extraña metamorfosis él mismo, según dijo, fue espectador. Estas dos Historias, relatadas por dos hombres curiosos más allá de lo ordinario por comprender la verdad de estos secretos, muestran bien que tanto una como la otra podrían ser suficientemente ciertas: pues no debemos dar más crédito a *Juan Bautista* el Napolitano que a *Apuleyo* el Africano, ya que San *Agustín* mismo no se atrevió a afirmar que aquellas cosas extrañas que *Apuleyo* escribió fueran fábulas: más bien muestra cómo estas cosas pueden hacerse. Por lo tanto, haríamos bien en ceder ante ambos, y no inferir de un hecho particular una conclusión general, como hacen quienes atribuyen todas estas cosas únicamente a los sueños, lo cual va en contra de la regla de la Lógica, *à particulari ad universale consequentia nulla* (de lo particular a lo universal no hay consecuencia válida). También podría haber errores y nieblas ante los ojos, como enseña San *Agustín* en el libro y capítulo antes citado: donde, al relatar la historia de *Ifigenia*, dice que ella no fue realmente sacrificada como toda la asamblea imaginó, sino que se colocó un ciervo en su lugar, el cual, por los encantamientos del Demonio, pareció a los presentes ser *Ifigenia*. También puede suceder que, a través de las mismas imposturas del Demonio, los hombres piensen que ven el cuerpo de un hombre cuando no es así en absoluto, y teniendo los ojos deslumbrados y afectados, pueden confundir una cosa con otra. Y de esto hay muchos relatos en San *Clemente*, que él relata en sus libros de *Reconocimientos*, donde también describe

diversas hazañas que vio practicar a *Simón el Mago*. Sin embargo, por el contrario, no siempre es cierto que esto ocurra mediante imposturas e ilusiones, como bien atestigua la historia de *Hermótimo*, quien varias veces dijo a su esposa que mientras dormía visitaba diversas partes y regiones del mundo, pues su alma abandonaba su cuerpo por un tiempo y luego regresaba a él, de lo cual estaba verdaderamente convencido. Sus enemigos quisieron probar la verdad de esto cortándole la garganta, pero, como dice *Tertuliano* en broma, su alma no regresó a tiempo, de modo que nunca más despertó. Ahora bien, si esto se hubiera hecho mediante encantamientos y engaños, no habría corrido peligro de morir, porque no habrían manipulado su cuerpo, sino un cuerpo aparente y ficticio; pero siendo de otro modo, resulta que era su propio cuerpo. De modo que hay tres maneras de proceder: o bien duermen y sueñan, o bien van allí realmente, o el Diablo se pone en su lugar y los lleva a otra parte. Así, estos diversos caminos pueden ser todos ciertos, y tal incidente puede ocurrir ya sea puramente en un sueño, o real y verdaderamente; o bien el cuerpo que parece estar dormido puede resultar ser un fantasma, aunque puede suceder que a veces sea el cuerpo real de aquel que pensamos que es. La dificultad, entonces, reside en distinguir y discernir cuándo tal cosa se actúa realmente, o cuándo no hay más que una apariencia de la misma mediante sueños e imposturas. San *Agustín*, en aquel notable capítulo arriba citado, si lo observamos bien, nos da la resolución de esto: pues nos dice que en estos casos hay tres reglas notables que se presentan a nuestras observaciones. La primera es que debes juzgar estas cosas por la experiencia y la realidad que de ellas se derivan; como si un hombre quisiera saber si hubo una realidad verdadera y perfecta de aquello que fue representado en el sacrificio de *Ifigenia*, la respuesta es que no la hubo, sino que hubo otra sustancia introducida subrepticiamente en su lugar por arte diabólica: pues la experiencia (dice él) declaró después que *Ifigenia* fue hallada en otro país muy remoto de allí, adonde había sido llevada viva por los Diablos, y vivió mucho tiempo después de este incidente. Por una experiencia similar, concluye que los compañeros de *Diomedes* no fueron convertidos en aves como se pensaba, porque dichas aves construían sus nidos y multiplicaban su especie como suelen hacer otras aves. Ahora bien, esta propagación de su especie es una realidad que aporta pruebas suficientes para concluir que estos hombres fueron llevados a otros lugares por Diablos, y estas aves fueron astuta y repentinamente colocadas en sus puestos: ni podían ser estas aves meras apariencias, sino que eran verdaderamente lo que parecían, y la experiencia de la realidad de su naturaleza desvanece toda sospecha de ilusión. Además, las imposturas de los Diablos (como San *Tomás* ha observado doctamente) no pueden tener una subsistencia

prolongada, porque no son naturalezas reales, sino solo accidentes comunes (como los llaman los lógicos), cuya propiedad es cambiar fácilmente por cualquier alteración natural. Esta regla nos da a entender que lo que *Moisés* hizo en *Egipto* y en el desierto no fue hecho por ilusión; pues los peces murieron de hecho en el río que fue convertido en sangre, y las orugas y otros bichos que arruinaron el trigo, la cebada, las viñas y los árboles de *Egipto* eran verdaderamente lo que parecían ser. También declara que lo que el Diablo obró contra *Job* no fue algo aparente, sino actuado realmente con mucha malicia; sea testigo la muerte de sus hijos y criados, y el derrumbe de la casa sobre ellos. Esta regla debemos aplicarla a los encantamientos de las Brujas, y ver si hay alguna realidad en aquello que dicen haber hecho: lo cual, resultando tan frecuentemente cierto, no debemos cuestionar más la veracidad de lo mismo. Hay una realidad en el asesinato de bebés por parte de ellas; pues se confirma por el relato de sus padres que los niños que ellas decían haber estrangulado, fueron hallados estrangulados de hecho, tal como ellas mismas habían declarado. Del mismo modo, la exhumación de sus cuerpos era una verdad, porque sus huesos no fueron hallados en sus tumbas. Hay una realidad en la marca que llevan en sus cuerpos, la cual, a diferencia de otras partes, es leprosa y carente de sensibilidad, y que no se encuentra en nadie más que en quienes se dice que son Brujas. También hay una realidad en el trozo de su vestidura que, en señal de homenaje, presentan al Diablo, y hemos visto con nuestros propios ojos que faltaba un trozo similar en su ropa, tal como ellas mismas habían relatado. Hay una realidad manifiesta en los encantamientos que lanzan sobre hombres y bestias, dejándolos lánguidos y casi muertos, y reviviéndolos con sus palabras y dejándolos en tan buen estado como estaban antes; no (dice *Lactancio*) porque puedan curar enfermedades, pues esto no está al alcance del poder del Diablo, aunque sí está en su poder natural infundir una dolencia en cualquier parte de un cuerpo vivo, como aparece en la historia del *Endemoniado* que era mudo y sordo, y de la mujer que estaba encorvada, de modo que no podía levantar los ojos al cielo; y por tanto, al quitar este impedimento no curan realmente una enfermedad, sino que retiran el obstáculo que impedía esas operaciones de la naturaleza, permitiéndole Dios a veces, por su justo aunque oculto juicio, hacer esto, aunque más allá de esto no puede pasar, como infiere a menudo San *Agustín*. De modo que es evidente por la primera regla que las confesiones hechas por los hechiceros no siempre son sueños, sino que a menudo contienen hechos que han sido realmente practicados. La segunda regla, extraída tanto de San *Agustín* como de San *Tomás*, es observar si todo lo que se dice en este argumento reside en el poder natural del Diablo. San *Agustín* nota esto oscuramente cuando, en la historia de *Diomedes*,

dice que esta transmutación fue mediante una sustracción secreta y el traslado de sus cuerpos, porque trasciende el poder natural de los Diablos cambiar un cuerpo en otro según su sustancia; y por lo tanto, es necesario que este engaño fuera mediante el transporte y la colocación de un cuerpo en el lugar de otro. San *Agustín* no cedió ante lo primero porque, como ya había declarado, estaba por encima del poder natural del Diablo; pero concede lo segundo, por cuanto está dentro del alcance de su fuerza y acción: *Neque enim* (dice él) *dæmonibus iudicio dei permissis huiusmodi præstigia difficilia esse possunt* (Pues tales prestigios no pueden ser difíciles para los demonios a quienes el juicio de Dios se lo permite). Y como expresa en otro lugar, el Diablo puede hacer esto cuando quiera y como quiera, siempre que Dios se lo ordene expresamente o lo deje a su propia naturaleza: *Quando volunt, & quomodo volunt Deo vel iubente vel finente* (Cuando quieren y como quieren, mandándolo o permitiéndolo Dios). San *Tomás* se acoge a esta regla cuando dice que, si el Diablo se ocupara de la resurrección de los muertos o de cualquier otra obra sobrenatural, debemos estar convencidos de que todas esas cosas son meras ilusiones; pues aunque Dios por su providencia universal emplea espíritus malignos en muchas ocasiones, nunca los usa para realizar milagros, los cuales se reserva para sí mismo y para los suyos, porque los Diablos no tienen capacidad para recibir tales dotes sobrenaturales. Esta regla distinguió las obras mágicas de *Simón el Mago* de las de *San Pedro* y los otros Apóstoles, como atestiguan San *Clemente* y San *Ireneo*; y esta regla permitirá que las obras del Anticristo sean discernidas de las de los cristianos. Y esta regla dio ocasión a San *Agustín* para decir que no solo debían creerse las admirables obras del Diablo comprendidas en el Antiguo y Nuevo Testamento, sino que también debían acreditarse muchas otras cosas que las historias profanas y los propios poetas mencionan de ellos, y que en épocas anteriores fueron consideradas fábulas; aunque San *Agustín*, por la gran sutileza de su espíritu y su profundo conocimiento de las Sagradas Escrituras, no se atrevía a decir que fueran fábulas; más bien muestra que esto podría ser cierto, ya sea realmente o en apariencia externa. Pues como dijo *Tertuliano*: *Dæmones soli novere Christiani* (Solo los cristianos conocen a los demonios). ¿De dónde podrían los cristianos saber esto mejor que de las Escrituras? Por lo cual se sigue que nadie puede determinar este punto verdadera y judicialmente a menos que esté versado en las Sagradas Escrituras y en los antiguos Padres, de donde se puede extraer la verdadera resolución de esto. Para concluir este punto tocante a la extensión del poder natural del Diablo y hasta dónde llega, no es mi intención ampliar mi discurso sobre ello en su totalidad; solo diré con San *Tomás*, quien tenía el alma de San *Agustín*, por así decirlo, duplicada en él, que está en el poder

natural del Diablo hacer tanto como la máxima fuerza de la naturaleza pueda alcanzar: pues él es capaz de usar aquellos medios de los que la naturaleza acostumbra a servirse, y aplica una cosa a otra, tal como hace la naturaleza; como cuando un hombre, al aplicar una antorcha al carbón, lo enciende al instante, lo cual la naturaleza también produciría pero con más parsimonia: y esto se ve en las causas del rayo, que tardan más en producir su efecto, mientras que nosotros disparamos nuestra artillería de repente y sin premeditación. Y esto nos lo enseña la experiencia: pues los Ángeles, que giran alrededor de los cielos, mediante la aplicación de sus movimientos a estos elementos inferiores, hacen que se produzcan cosas naturales, presuponiendo siempre una materia y forma sobre la cual trabajar, las cuales fueron creadas inmediatamente por Dios mismo. De aquí que se les llame, tanto en los Salmos como en el Evangelio, *Virtutes Cœlorum* (Virtudes de los Cielos): pues sin ellos los cielos no tendrían más eficacia o poder en la producción de las cosas que el que tiene el cuerpo para trabajar sin alma; lo cual San *Agustín* bien vislumbra en el tercer libro contra *Maximino* el arriano, capítulo diecisiete: De modo que aquellas cosas que los hechiceros declaran están dentro del poder natural de Satán; como puede verse en todo el esquema de este libro, especialmente en las anotaciones sobre la sentencia siguiente. Por lo tanto, es evidente que la segunda regla concluye positivamente que todas estas acciones no son meramente sueños; y esto no es repugnante a la Escritura, los Padres o las Historias, mucho menos a la razón; y para mayor verificación de esta segunda regla, obsérvese lo que está escrito en el libro del *Éxodo*, donde se hace mención de los *Magos de Faraón*, y también lo que se establece en los tres primeros capítulos del libro de *Job*. La tercera regla se basa en causas y sucesos generales. San *Agustín* no se atrevió a llamar a estas cosas fábulas, sino que amasa y amontona todo lo que se había practicado anteriormente o permanecía en uso en su tiempo, en todas las regiones del mundo. Algunos de aquellos a quienes interrogó le contaron lo que habían oído relatar a personas muy creíbles, otros lo que habían visto y comprobado por su propia experiencia. Véase San *Agustín* en los capítulos 16, 17 y 18 del decimoctavo libro de *La Ciudad de Dios*. Esta generalidad dio ocasión a *Hipócrates* para hablar divinamente de esas enfermedades universales y nacionales, diciendo que una plaga general no puede proceder de causas ordinarias de la naturaleza, sino que debe atribuirse a que proviene de Dios y de causas invisibles. Lo mismo puede decirse en este tema de las Brujas, que es no menos importante. Es algo asombroso que las Brujas de Francia y de nuestros tiempos declaren ni más ni menos que las de Alemania hace 60 u 80 años. Y aunque pueda decirse que han sido instruidas en los libros que han sido escritos, ya sea en latín o en lengua vulgar por

hombres doctos, que han consignado sus comportamientos de acuerdo con la verdad de sus propias declaraciones; sin embargo, las encontraremos personas mecánicas [trabajadores manuales], tan desprovistas de toda muestra de aprendizaje que, debido a la terquedad de sus entendimientos, parecen más bestias que hombres. De aquí podemos inferir que esta generalidad y conformidad de los hechos constituye una declaración plena de su verdad, si nos rendimos ante las probabilidades y la razón; que es otro fundamento que propondremos a aquellos que dicen que hay una repugnancia en la razón contra estas cosas.

Pues, ¿cómo puede decirse que es un sueño aquello que sucede en un día determinado, como un jueves o similar? Si así fuera, ¿por qué no podría ocurrir igualmente en cualquier otro día? Sin embargo, todos están de acuerdo en que estas asambleas de brujas nunca se celebran sino los jueves; por lo cual preguntamos, ¿por qué en este día y no en cualquier otro? Además, si no fuera más que un sueño, ¿cómo es posible que tantas personas, en tal diversidad de lugares y viviendo en países tan remotos unos de otros, tengan todos al mismo tiempo el mismo tipo de sueño?

Los médicos sostienen que la diversidad de las carnes (alimentos) y sus distintas cantidades engendran y causan la variedad que tenemos en los sueños; ¿y es probable que todas esas personas consuman al mismo tiempo los mismos tipos de carne, y en la misma cantidad, para que así coincidan y concurran en sueños de la misma suerte y naturaleza? Además, afirman que las distintas complexiones (temperamentos) de los hombres también generan diversidad en los sueños: de modo que el hombre sanguíneo sueña con cosas placenteras; el melancólico con accidentes tristes; el guerrero con la guerra. De igual manera, los sueños de los jóvenes son ordinariamente diferentes de los sueños de los ancianos; y los sueños de los hombres varían de los de las mujeres; sobre lo cual apelo a *Aristóteles*, *Artemidoro* y otros, que han realizado tratados formales sobre este argumento. Siendo, pues, que la mayoría de estas clases de brujas son diferentes en temperamento, edad, sexo y condición, ¿cómo sucede que todas sueñen? o si sueñan, ¿de dónde surge que todas sueñen exactamente lo mismo, sin variación en ninguna circunstancia uno de otro; y lo que es más, ¿en el mismo día y hora? Se dirá que, ciertamente, el Diablo es la causa de esto. Sea así; ahora os acercáis a la verdad, ya que concedéis que esto trasciende las fuerzas del hombre y que debe ser atribuido a la obra del Diablo. Sobre esto pregunto: ya que ellos han decretado que este es un sueño real porque está en el poder del Diablo efectuar tal cosa, ¿por qué son tan meticulosos para no

reconocer la realidad del hecho, cuando también está dentro del alcance del poder del Diablo llevarlo a cabo? Además, la experiencia lo confirma, y no va en contra de las Escrituras, de los Padres de la Iglesia ni de las Historias; al contrario, se nos ha anunciado que, al final del mundo, estas cosas serían más frecuentes que nunca antes, como probaremos más adelante.

Pero no es probable que tal generalidad y conformidad sea un sueño introducido fraudulentamente por el Diablo. Pues, en primer lugar, un solo Diablo solo puede actuar en un lugar a la vez, como declaran *Justino Mártir*, *Dídimo* y *Santo Tomás*. De modo que no puede ser un solo Diablo el que se encargue de este asunto, sino que deben ser muchos, y su número debe igualar al número de hechiceros y brujas que han de soñar; y entonces deben trabajar y correr de un lado a otro, e incluso atarse a un día y hora determinados, lo cual es tan extraño como la realidad del hecho mismo. Pues, ¿por qué el Diablo se negaría a hacer tal cosa excepto en un momento fijado, y se ataría a este día y hora más que a cualquier otro?. Podría ocurrir que el beneficio del Diablo en ese mismo momento se encuentre en otra parte, y que se presente alguna gran ocasión para tentar a otros en asuntos de una naturaleza mucho más execrable que estos sueños, de modo que no puedan atender a esto; y entonces necesariamente seguiría que muchos de estos hechiceros no podrían soñar, porque sus Diablos están empleados en negociaciones más diabólicas y utilizan en ellas tanto su arte como su entendimiento. Además, el Diablo puede alterar la fantasía del hombre, como se aprecia en las tentaciones que nos presenta, y como practicó con *Judas*, *Ananías* y *Safira*; pero no puede usar nuestras fantasías a su antojo y presentarles lo que quiera, porque está en nuestro poder desviar su obra de ellas. Pues como dice *Santo Tomás*, no puede imprimir colores en la fantasía de quien nació ciego, ni puede producir el sonido de una voz en quien es sordo de nacimiento (lo cual está más allá del poder de la naturaleza misma); sin embargo, es capaz de mover la fantasía y ofrecerle aquellos objetos que ya ha recibido anteriormente. Ahora bien, las fantasías de todos estos tipos de personas no son iguales en todos los aspectos, ni están dispuestas del mismo modo en todo momento y ocasión; por lo que será muy improbable atribuir esta confluencia de fantasías a los sueños; más aún, será más increíble que afirmar que estas cosas se practican palpable y realmente, considerando lo que ya hemos alegado para confirmarlo. Pues no hay absurdo que se siga de ello, ni va contra la Escritura, los Padres, las Historias o la razón. Pero respecto a la primera afirmación de que no son más que sueños, hay muchos inconvenientes que se siguen inevitablemente, como ya hemos

declarado en parte. Queda un punto sin resolver que puede hacer dudar a las personas débiles y poco advertidas al leer a los Padres. *Luis Vives* de Granada, quien ha comentado los libros de *San Agustín* de La Ciudad de Dios, cuando se propone comentar ese notable y erudito capítulo que tanto hemos citado, se muestra como un teólogo muy mediocre, como de hecho lo era, aunque era muy versado en las letras humanas; y quienes lean sus Comentarios percibirán que era (si se me permite hablar así) más un idiota que un teólogo. Él, viendo que *San Agustín* opinaba claramente que estas cosas no siempre son fábulas, sino que podrían suceder de hecho; como cuando *Apuleyo* relata sobre sí mismo, que fue transformado en un asno; es decir, que fue cubierto con la semejanza de esa bestia; él (digo), al no ser capaz de comprender esto junto con *San Agustín*, cae en tres faltas graves: Primero, acusa a *San Agustín* de ignorancia, y dice que no leyó a *Luciano* porque no le interesaba la lengua griega. Segundo, que *Apuleyo* había tomado su discurso de *Luciano*, quien dice que compuso esto de su propia cabeza por diversión y pasatiempo. La tercera falta que comete (que es la más absurda de todas) es que, mientras la conclusión de *San Agustín* es que estas cosas pueden ser o fábulas o verdades practicadas (que es la resolución misma de nuestro discurso), *Vives* se opone a esto y dice que no puede ser sino que todas estas cosas sean meramente imaginarias y fabulosas; y alega la autoridad de *Plinio* de que no deben considerarse verdaderas. Respecto a su acusación de que *San Agustín* era ignorante y no había leído las obras de *Luciano*, no puede demostrarse que sea así: ¿cuántos autores griegos, tanto sagrados como profanos, podemos citar que *San Agustín* haya alegado de forma oportuna y acertada? Aunque es cierto que odiaba naturalmente la lengua griega, como él mismo confiesa en sus libros de las Confesiones, y por ello se aplicó más al latín. Un comentarista no debería cargar a la ligera con la ignorancia a su Autor, a quien intenta explicar; más bien debería defenderlo en todo aquello que admita defensa. En cuanto a la otra imputación de que *Apuleyo* había tomado su historia de *Luciano*, está tan lejos de ser cierta que más bien parece lo contrario. Pues *Luciano* dice que las cosas que había escrito eran fábulas ideadas por él mismo; pero *Apuleyo* afirma con confianza que lo que había plasmado era una verdad cierta; va más allá y reprueba a quienes conciben estas cosas como sueños, diciendo que tales personas demuestran estar totalmente poco versadas en asuntos de tal secreto e importancia. Y si *Apuleyo* hubiera concebido que estas cosas eran solo imaginarias, ¿por qué no habría hecho, cuando fue citado personalmente ante el Gobernador de África por brujería y magia, una breve resolución de esta duda en ambas Apologías, que publicó para defenderse, y dicho que no era más que un reporte popular y una simple fábula? Pero

vemos que no lo hace, sino que se esfuerza por purgarse de la sospecha de ser uno de los que practicaban estas cosas. Respecto a lo tercero; o bien *Vives* no había leído, o al menos no recordaba las sentencias de *Tertuliano* y San *Agustín*, alegadas en el Prefacio de este discurso: por las cuales se evidencia que los paganos eran ciegos e ignorantes en el conocimiento de los buenos y malos espíritus; sin embargo, *Vives* prefiere la opinión de *Plinio*, un infiel y ateo, antes que la de San *Agustín*, quien fue el más célebre y docto Doctor de la Iglesia de Dios. Ciertamente, si *Vives* hubiera continuado con esta tendencia hasta sus últimos comentarios, donde San *Agustín* prueba ampliamente que habrá una resurrección general en la misma carne y huesos; *Vives* bien podría haber dicho que esto no era de creer, porque *Plinio* opina lo contrario, y podría haber bromeado también sobre esto como sobre una cosa llena de imposibilidad y falsedad. De modo que todo lo que San *Agustín* afirma al respecto, no lo tomó de las escuelas de los filósofos, sino de las Escrituras y de las escuelas de los cristianos, a las que llama la Ciudad de Dios. Este capítulo de San *Agustín* ha sido mucho mejor explicado por cierto Doctor en Divinidad, versado en las Escrituras y conocedor de los Padres y de la doctrina de Santo *Tomás*, quien comentó dichos libros antes de la época de *Vives*, y aunque no era tan docto en ciencias humanas como lo era *Vives*, era mejor teólogo que él. Quien al llegar a la explicación de este capítulo, solo da este breve aviso de lo mismo. *Aquí (dice) se debe notar diligentemente el modo de posibilidad que plantea Agustín sobre las transformaciones de hombres y bestias, el cual parece difícil de entender para los menos estudiosos.* En lo cual contradice a *Vives* y le hiere en lo vivo, quien no solo concibe esto como difícil sino también como imposible. Para concluir, aquel que desee ver un comentario extenso y docto sobre este capítulo de San *Agustín*, lea a Santo *Tomás* en su primera parte, cuestión 114, artículo 4. En el año 1584, un abogado alemán llamado Sr. *George Goldeman* defendió primero públicamente mediante argumentos (según él mismo declara) y después hizo imprimir 80 proposiciones, las cuales tendían totalmente a probar que las cosas que deponen los brujos no son otra cosa que sueños y fantasías. A las cuales será innecesario dar una respuesta completa y distinta, porque todas ellas están refutadas en diversos pasajes de este discurso. Sin embargo, haremos bien en observar que él afirma que antes de él nadie hizo la distinción entre un Mago, un Hechicero y un Envenenador, y que la falta de esta distinción fue la causa de que nadie hasta ahora pudiera resolver esta dificultad. Y aunque concede que los Magos y Envenenadores son dignos de sufrir la muerte, niega que los Hechiceros deban ser castigados con lo mismo, porque no tienen nada hiriente en ellos sino meras imaginaciones e ilusiones: es más, se atreve a decir que

aunque, estando despiertos, den su asentimiento a tales imaginaciones, no son de ninguna manera culpables ante Dios ni ante los hombres. Y para excusarlos más plausiblemente, alega que son arrastrados a ello por el engaño y la sutileza de Satán, y a través de la ignorancia y el miedo: pero en esto se muestra demasiado celoso y ansioso en su defensa. Porque, si hay consentimiento y deleite en tales fantasías, no puede haber posiblemente coacción: y si esas cogitaciones concupiscibles y carnales que surgen de la corrupción de nuestra naturaleza son condenadas por la ley de Dios, cuánto más execrable es esa impura mezcla carnal con los demonios, aunque solo haya deseo, deleite o satisfacción en la misma. Pero para refutarlo en una palabra, puesto que en su proposición 12 sostiene que los Magos renuncian realmente a Dios y a su bautismo, y adoran al Demonio, haciendo todo lo que él les ordena, y poniendo toda su confianza y seguridad en él, hasta el punto de encomendarle sus almas y cuerpos en el momento de la muerte: le preguntaríamos la razón de por qué los Hechiceros no deberían estar tan sujetos a la muerte como aquellos a quienes llama Magos, cuando delinquen de la misma forma, o de una manera más abominable que los otros. Por ejemplo, si un asesino es culpable de muerte, mucho más merece lo mismo un parricida, y si un fornicador es severamente castigado, un grado mucho mayor de castigo debe infligirse a quien comete adulterio: pero es seguro que se sabe que los Hechiceros hacen todo lo que él concibe que los Magos pueden realizar: es más, muchas veces hacen cosas mucho peores y, por lo tanto, son más punibles que ellos. ¿Y qué impide que todas estas cosas concurran en un solo hombre? puesto que la Escritura misma hace mención de algunos que fueron encantadores, magos, adivinos, envenenadores y brujos todo a la vez, como entre los demás el Rey *Manasés* por ejemplo. De modo que haremos bien en recordar aquellas sentencias que hemos citado anteriormente para este propósito, así como las que se alegan en el capítulo 6 de este libro. Pero el error de este hombre consiste en que piensa que es una imposibilidad que los demonios lleven a hombres o mujeres por el aire, o que tengan conocimiento carnal con mujeres, o que ese tipo de personas tengan las apariencias de lobos, perros o gatos, como él lo expresa en su Proposición 68, y también en la 69 y 71. Todos estos errores tienen su refutación completa en este libro. La gracia de nuestro Señor esté siempre con nosotros. Amén.

EL (FIN/SIGUIENTE)

EL EXTRACTO DE LA SENTENCIA DICTADA EN AVIÑÓN, CONTRA DIECIOCHO hombres y mujeres Brujos, en el año de gracia de 1582. en la cual yo mismo estuve presente, y fui asistente del Inquisidor de la fe: la cual se presenta aquí en latín, tal como fue leída y pronunciada entonces.

EJEMPLAR DE LA SENTENCIA CONTRA los fascinadores [brujos] dictada en Aviñón, año del Señor 1582.

Vistos los procesos contra N. N. N. etc., constituidos ante nosotros como reos acusados y denunciados, por los cuales, tanto por vuestro relato y el de cada uno de vosotros y por vuestra propia confesión hecha jurídicamente ante nosotros repetidas veces bajo juramento, como por las deposiciones de testigos y sus acusaciones y otras pruebas legítimas resultantes de dichos actos y procesos, nos consta y queda legítimamente establecido que vosotros, y cada uno de vosotros, habéis renegado de nuestro Dios, creador y hacedor de todos, uno y trino, y habéis adorado al despiadado diablo, antiguo enemigo del género humano, y os habéis entregado a él perpetuamente; y habéis renunciado al sacratísimo bautismo, y a quienes en él fueron vuestros padrinos y parientes, y a vuestra parte del paraíso y de la herencia eterna que para vosotros y para todo el género humano nuestro Señor Jesucristo adquirió con su muerte, ante el mencionado cacodemonio [demonio malvado] presente en forma humana, vertiendo de nuevo el diablo el agua que recibisteis, habiendo cambiado vuestro nombre verdadero impuesto en la sagrada fuente del bautismo, y así permitisteis que se os impusiera otro nombre ficticio en un bautismo fingido, y lo aceptasteis, y como prenda de la fe dada al demonio le entregasteis un fragmento y partícula de vuestras vestiduras; y para que el padre de la mentira se encargara de borraros y eliminaros del libro de la vida, pusisteis vuestras marcas con vuestra propia mano, por mandato y orden suya, en el libro negrísimo de los réprobos, condenados y de la muerte perpetua preparado para tal fin. Y para que os atara con un vínculo mayor a tan gran perfidia e impiedad, grabó a fuego una marca o estigma en cada uno de vosotros como a una propiedad suya; y os obligasteis a sus mandatos y órdenes mediante juramento prestado por vosotros y cada uno de vosotros sobre un círculo —que es símbolo de la divinidad— esculpido en la tierra —que es el escabel de los pies de Dios—, habiendo pisoteado el signo del Señor y la cruz; y obedeciéndole a él, con la ayuda de un báculo y ungidos vuestros muslos con cierto ungüento nefandísimo prescrito por el mismo diablo, y puestos por el aire hacia el lugar

constituido en el silencio de la noche, hora propicia para los malhechores, y en días establecidos, fuisteis llevados y trasladados por el mismo tentador. Y allí, en la sinagoga común de muchos otros maléficos, sortílegos, herejes, fascinadores y cultores de demonios, encendido un fuego fúnebre tras muchos júbilos, danzas, banquetes, borracheras y juegos en honor del mismo presidente Belcebú, príncipe de los demonios, transformado en la forma y especie de un feísimo y negrísimo macho cabrío, lo adorasteis como a Dios de hecho y de palabra, y os acercasteis a él como suplicantes con las rodillas dobladas, y le ofrecisteis velas de pez encendidas, y besasteis con boca sacrílega su feísimo y torpísimo ano —¡oh, qué vergüenza!— con suma reverencia, y lo invocasteis bajo el nombre del Dios verdadero, y suplicasteis su auxilio para ejercer venganza contra todos aquellos que os eran hostiles o que os negaban lo pedido; y aleccionados por él mismo, ejercisteis venganzas, maleficios y fascinaciones tanto en criaturas humanas como también en animales, y cometisteis muchísimos homicidios de infantes, imprecaciones, consunciones por falta de lactancia y otras gravísimas enfermedades con la ayuda del ya dicho Satanás las enviasteis; y que infantes, con el conocimiento y asentimiento de algunos de vosotros, fueron oprimidos, apuñalados y muertos por la ya dicha arte maléfica, y finalmente exhumasteis de noche y secretamente a los sepultados en el cementerio, y los llevasteis a la predicha sinagoga y colegio de fascinadores. Finalmente, los ofrecisteis al príncipe de los demonios sentado en su trono, y habiéndoles extraído y conservado la grasa, y cortado la cabeza, manos y pies, hicisteis que el tronco fuera cocido, hervido y a veces asado, y por orden y mandato de vuestro mencionado padre [el diablo], lo comisteis y devorasteis de forma condenable. Añadiendo, en fin, males a los males, vosotros, los hombres, fornicasteis con súcubos, y vosotras, las mujeres, con íncubos; practicasteis miserablemente con ellos la verdadera sodomía y el crimen más nefando con un tacto friquísimo; y lo que es aún más detestable: el Augustísimo sacramento de la Eucaristía, recibido alguna vez por vosotros en la santa Iglesia de Dios, lo retuvisteis en la boca por mandato de la ya dicha serpiente expulsada del paraíso, y lo escupisteis nefariamente en la tierra para deshonrar a nuestro Dios verdadero y santo con la mayor muestra de contumelia, impiedad y desprecio, y para promover al mismo diablo y su gloria, honor, triunfo y reino, y para honrarlo, decorarlo y enaltecerlo con todo honor, decoro, alabanzas, dignidad, autoridad y adoración. Todas estas cosas son gravísimas, horrendísimas y nefandísimas, directamente dirigidas a la contumelia e injuria de Dios omnipotente, creador de todo. Por tal causa, nosotros, los hermanos Florus, de la provincia de la orden de los hermanos Predicadores [Dominicos],

Doctor en sagrada Teología e Inquisidor General de la santa fe en toda esta legación de Aviñón, teniendo el temor de Dios ante nuestros ojos, sentados en tribunal, por esta nuestra sentencia definitiva que, por consejo de teólogos y peritos en derecho según la costumbre de los mayores, dictamos en estos escritos, habiendo invocado piadosamente los nombres de Jesucristo nuestro Señor y de la bienaventurada Virgen María, decimos, declaramos, pronunciamos y sentenciamos definitivamente que todos vosotros, los arriba nombrados, y cada uno de vosotros, habéis sido y sois verdaderos apóstatas, idólatras, desertores de la santísima fe, negadores de Dios omnipotente y despreciadores, sodomíticos y reos del crimen más nefando, adúlteros, fornicadores, sortílegos, maléficos, sacrílegos, herejes, fascinadores, homicidas, infanticidas y cultores de demonios, defensores de una disciplina satánica, diabólica e infernal y de una fe condenable y reprobada, blasfemos, perjuros, infames y convictos de todas las malas acciones y delitos. Por tanto, por nuestra sentencia, os remitimos a todos vosotros y a cada uno de vosotros, como miembros de Satanás, a la corte secular para ser castigados real y efectivamente con las penas dignas y legítimas según su juicio peculiar.

ANOTACIONES SOBRE LA sentencia dictada contra los Brujos. ***Sobre si el Diablo puede en algún momento mostrarse visiblemente.***

"Por vuestra propia confesión, etc." y más abajo, "estando el Cacodemonio en forma humana, etc." Aparece en la acusación que tanto hombres como mujeres concuerdan en esto: que el Diablo se les aparece en forma humana, pero los medios y ocasiones son diversos. Una de las mujeres declaró que cuando se encontraba muy melancólica y casi trastornada por la pérdida de una hija suya, fallecida poco antes, se le apareció un hombre vestido todo de negro, de unos 25 o 30 años, diciendo: "Veo, buena mujer, que estáis en gran angustia y muy apenada; sin embargo, si me creéis, os mostraré el medio por el cual seréis muy feliz". Otros declaran que en el tiempo de la gran carestía, cuando la gente más pobre se veía obligada a comer hierbas silvestres y a secar y hervir el estiércol de caballos y asnos, y cuando ya no les quedaban medios para alimentar a sus hijos, se les apareció un hombre, todo de negro, saludándoles y hablándoles, de la edad arriba mencionada, que trabajaron para atraerlos hacia él; pero la mayoría de ellos declaran que, al principio, no querían condescender a su propósito, pero cedieron a la segunda o tercera vez, después de haberse acostumbrado un poco a ello. De donde debemos aprender cuán agradable es para Dios, y cuán provechoso para nuestras propias

almas, socorrer y dar sustento a los pobres en sus necesidades y desconsuelo. Puesto que es tanto como preservarlos o ganarlos de las fauces de aquel gran León infernal, de modo que no es sin causa que las obras de misericordia serán mencionadas particularmente en el gran día del Juicio, ya sea para nuestra salvación o para nuestra condenación. Pues como dice San Santiago: quien aparte a un alma del camino de la perdición, salvará su propia alma y por este medio cubrirá una multitud de sus pecados. Lo cual, sabiendo bien los Apóstoles, ordenaron como la primera política de la Iglesia: que hubiera hombres designados para ayudar y ministrar a los pobres; y previendo que en su tiempo ocurriría una gran carestía, dieron orden para una colecta general por todas las ciudades y pueblos donde hubiera cristianos, para así socorrer y aliviar las necesidades de los pobres. En esta obra, San Pablo se empleó diligentemente, como aparece en sus Epístolas, y se envió dinero de todas partes, como de Corinto, Tesalónica y otros pueblos, a Jerusalén y Judea, donde había poco que obtener a causa de las guerras y las guarniciones que los romanos habían puesto sobre ellos; de modo que, como se decía de su predicación: *Su sonido salió por toda la tierra*, lo mismo podría decirse de sus limosnas: *Sus limosnas salieron por toda la tierra*. Siguiendo su ejemplo, los primeros emperadores y príncipes cristianos, como Constantino y otros, dieron grandes y hermosas posesiones temporales a la Iglesia y construyeron muchos hospitales; tanto que Juliano el Apóstata no pudo negar que fue religiosa y piadosamente hecho, y por ello dio orden de que se fundaran más hospitales y se dotaran abundantemente, porque le indignaba (según dijo) ser superado en este particular por los cristianos. Aquellos que retienen las posesiones de la Iglesia, y otros que tienen un patrimonio conveniente con el cual vivir de manera abundante y decente, y no socorren a los pobres, son culpables de este crimen; pues aquellas personas necesitadas que, por razón de su pobreza, se han entregado y dedicado al Diablo, les serán presentadas un día, porque no recibieron auxilio de ellos. Por otra parte, la gente pobre debe considerar que Cristo Jesús mismo, el indudable hijo de Dios y Rey de gloria, se contentó con hacerse pobre en este mundo para enseñarnos que por su causa debemos soportar cualquier necesidad con la que le plazca probarnos; especialmente porque esta pobreza es un instrumento de nuestra salvación y está perfeccionando diariamente una corona de gloria para nosotros, enriquecida con todos los tesoros y piedras preciosas que un hombre puede expresar o imaginar. Así le sucedió al pobre Lázaro, que no podía obtener las migajas de pan que se echaban a los perros bajo la mesa, aunque se esforzaba cuanto podía por conseguirlas; pero poniendo su confianza en Dios y soportando su pobreza con paciencia, tras su muerte fue considerado digno de ser llevado ante Dios por los ángeles del Paraíso.

Cristo Jesús mismo apenas tenía una almohada donde reclinar la cabeza; y en su nacimiento se alegró de tener un pesebre por cuna, y se vio obligado a usar paja y heno por cama: para abreviar, como dice San Pablo: *Siendo rico, por nosotros se hizo pobre*. Respecto a la aparición visible del Diablo, no debemos pensar que es algo tan extraño, especialmente en estos días de los cuales dice la predicción: *Satanás será soltado*. Él también se apareció visiblemente a Eva y conversó familiarmente con ella; en cuanto a su adopción de una forma humana, no se puede negar que se presentó así ante Cristo Jesús: sí, tomó piedras y se las mostró diciendo: *Di que estas piedras se conviertan en pan*. En cuanto a la aparición de los ángeles buenos, no hay dificultad en ello, considerando que en todas partes, especialmente en el libro del Génesis, se menciona cómo los ángeles se aparecieron a los hombres en formas humanas; y si los demonios representaron serpientes, ranas y cosas similares ante Faraón y todo el pueblo, no es de extrañar que se muestre ante un hombre con apariencia varonil: pues así se presentó ante Job durante el tiempo de su tentación, como bien declara San Crisóstomo diciendo: Que los mensajeros que vinieron a traerle noticias tan repentinamente uno tras otro, eran demonios bajo el disfraz de hombres; porque de otro modo no se puede conciliar bien cómo un hombre que estaba en una casa que en un instante fue totalmente derribada y demolida, pudo escapar de la ruina de dicha casa; ni cómo estas pérdidas ocurridas tan lejos unas de otras (como las ovejas consumidas por el fuego caído del cielo, los camellos llevados por los caldeos, la casa arrancada de sus cimientos) pudieron estar tan sincronizadas en sus relatos que, tan pronto como uno daba su noticia, otro llegaba pisándole los talones para contar qué daño había recibido Job en otros lugares. Y puesto que Satanás tuvo libertad no solo para matar a las ovejas sino a los pastores, y no solo para derrumbar la casa sino para envolver también a los que estaban dentro en esas ruinas, no es probable que aquel que tiene una mente sanguinaria, un asesino de hombres y un lobo rapaz que devora todo lo que se cruza en su camino, dejara escapar a ninguno de ellos para traer las noticias; especialmente siendo que estaba en su poder tanto entregar el mensaje como cometer los disturbios y el asesinato, y puesto que tenía permiso para hacerle a Job lo que quisiera, excepto una sola cosa. *Solo (dijo Dios) no toques su vida*. De modo que, siendo estas noticias lo que más lo tentaba, no sería absurdo decir que el Diablo fue quien las trajo: ni el texto al recitar estas desgracias menciona a nadie que escapara, sino solo que el que trajo las noticias decía tal y tal cosa; aunque así como el amalequita le dijo a David que había matado a Saúl, siendo la verdad que este se había suicidado: *Se arrojó sobre su espada*; así también este padre de las mentiras podría

informar mal una cosa por otra. Por tanto, San Crisóstomo no considera extraño decir que el Diablo se apareció a Job con el hábito de un mensajero o sirviente, o aparentando tener la edad (como es de presumir que mensajeros tan veloces tendrían) de 25 o 30 años. San Agustín no solo dice que esto podría ser, sino que también da la razón de por qué podría ser, y es mediante la aplicación de causas naturales, por las cuales da forma para sí a cualquier cuerpo que desee asumir, especialmente en cuanto a la cantidad y calidad, que son meros accidentes. Y este cuerpo el Diablo puede moverlo mediante un tipo de movimiento local; sin embargo, no lo vivifica ni opera en él como el alma racional lo hace en el cuerpo del hombre, pues este cuerpo no es un cuerpo vivo, sino que está solo revestido de accidentes externos, y parece tener vida por el trabajo secreto de estos espíritus, del mismo modo que los cuerpos celestes son girados por un movimiento local que procede de los ángeles, y aun así tales cuerpos no pueden decirse propiamente que vivan. Esta es la resolución de San Agustín: *El diablo desea para sí algún cuerpo como si fuera un vestido*; y de esta forma se apareció a menudo visiblemente a San Antonio, según relata San Atanasio, y una vez a San Martín, como escribe Severo Sulpicio. Para concluir, nunca ningún padre de la Iglesia cristiana negó que esto pudiera ser o que haya sido realmente practicado. Los marcionitas y maniqueos, que encontraban extraño que el Diablo tocara a Cristo Jesús, no negaban que el Diablo se le apareciera visible y corporalmente, sino que más bien sostenían que Cristo Jesús no estaba revestido de carne verdadera, sino que tenía un cuerpo de la misma condición que aquellos que son formados por espíritus. San Pablo nos enseña que Satanás se transforma en ángel de luz; el significado es que a veces toma una forma humana apuesta como suelen hacer los ángeles buenos, para familiarizarse con los hombres; como vemos en el Evangelio que los ángeles buenos que se aparecieron a aquellas mujeres piadosas que buscaban a Cristo Jesús en su sepulcro, eran como hombres jóvenes de 18 o 20 años de edad. De modo que este punto es claro y sin controversia tanto en la Escritura como entre los doctores de la Iglesia. Por lo tanto, parecería ser una ignorancia y una temeridad demasiado grosera dudar de la verdad de esto, ya que hay tal nube de historias para darnos confirmación de lo mismo, como por ejemplo: la historia relatada por Gregorio Nacianceno de un mago, a quien el Diablo hablaba familiarmente, y similares. Pero para no exceder los límites justos de las anotaciones, bastará que observemos que, entre otras predicciones del fin del mundo, San Hipólito escribe que un gran número de demonios aparecerá a los hombres en formas humanas y, estando así disfrazados en formas prestadas, se reunirán en montañas, guaridas y lugares desiertos; todas cuyas predicciones concuerdan adecuadamente con las

declaraciones de los hechiceros. No estará de más notar la antigüedad y autoridad de este glorioso mártir, para la mejor resolución de diversos pasajes en el lugar antes citado, que por algunos podrían ser tomados ofensivamente. Fue más antiguo que Orígenes, o al menos vivió en el mismo tiempo que él, pues San Jerónimo cuenta en sus Homilías cómo predicaba y cómo Orígenes estaba presente en sus sermones. Debe presumirse, entonces, que puesto que se encargó de hablar de cosas por venir que no estaban expresamente comprendidas en las Escrituras, o bien tenía el don de profecía, del cual muchos estaban dotados en la Iglesia Primitiva, como enseña San Pablo, y que perduró hasta los tiempos de San Ireneo, o bien había aprendido estas cosas de los discípulos de los Apóstoles: como San Ireneo cuenta cómo escribió muchas cosas que había aprendido de los discípulos de Juan el Evangelista, y que le sucedió como a otros diversos que vivieron cerca del tiempo de los Apóstoles, quienes, habiendo atesorado fielmente aquellas cosas que los discípulos más familiares de los Apóstoles les revelaron, sin embargo hubo algunos que añadieron a ello ciertos conceptos de su propio cerebro, que ellos mismos conjeturaban que podrían haber sido entregados por los Apóstoles. Pero en esto se engañaron notablemente, como podemos ver claramente en Ireneo, Papías y otros. Lo mismo le sucedió a este santo hombre, en quien podemos observar muchos trazos que fluyen directamente del Espíritu de profecía, y otras instrucciones útiles que proceden de su propio juicio. Entre este último tipo de revelaciones de los Apóstoles, debemos situar lo que dice sobre el Anticristo, de quien afirma que será un demonio tomando sobre sí la forma de un hombre. Y podemos ver fácilmente que este es su propósito, pues no habla de forma absoluta, sino que añade que por su parte es de esta opinión: *Opino, amados, que asumirá una sustancia fantástica de carne en lugar de órgano*. Puede ser, por tanto, que todas estas cosas le fueran reveladas por los discípulos de los Apóstoles diciendo que al final del mundo el Príncipe de los Demonios se mostrará a los hombres en forma humana, y les hablará como un hombre a otro, para poder seducirlos con más facilidad, y que habrá un gran número de otros demonios con él en formas similares. Pero el buen Padre concluye por sí mismo que tal sería el Anticristo, y por tanto añade la palabra *opinor* (opino); y esto no solo es probable sino necesario para excusar a tan gran personaje, quien además añade que habrá al final del mundo muchos espíritus malignos en forma de hombres. *Congregará (dice) demonios en especie humana*. Y esto es en efecto lo mismo que los hechiceros declaran: que hay una gran compañía de demonios en sus asambleas, y tanto hombres como mujeres tienen cada uno un demonio para cometer abominaciones con ellos. San Agustín, partiendo de la observación que tomó de la Escritura que dice que en los últimos tres años

en que reinará el Anticristo se le dará todo el poder al Diablo, hace esta pregunta: si aquellos padres que son cristianos podrán entonces lograr que sus hijos sean bautizados, y si tendrán poder para resistir las incursiones de los demonios, que en aquel tiempo estarán ocupados en todas partes. Tertuliano dice que los demonios no tienen impedimento natural que les impida entrar en cualquier lugar al que tengan antojo, porque Dios no ha circunscrito o limitado su naturaleza a ningún lugar, y por tanto (dice él) es una verdad innegable que los demonios pueden no solo entrar en las casas de los hombres, sino incluso en sus mismos gabinetes. *Nadie (dice) dudará que las casas también están abiertas a los demonios, y que no solo en los santuarios, sino en las alcobas rodean a los hombres con imágenes*. Añade la razón: *Ciertamente su fuerza no está encerrada, ni se limita a los términos de los recintos sagrados; es errante y voladora, y por el momento es libre*. De donde San Agustín saca esta conclusión: que como los demonios estarán en esos días desatados, podrán entrar y salir por donde quieran; sin embargo, no debemos entender esto como si pudieran estar en varios lugares al mismo tiempo, como bien declara Justino Mártir en su cuestión 40. Ahora somos testigos del comienzo de esto, por su frecuente aparición ante aquellos de quienes abusan, y en cuyo favor efectúan algunas cosas que son en sí mismas meramente diabólicas: y como dice San Pablo de los discípulos de Simón Mago y otros de la misma condición: *El cual ahora opera en los hijos de desobediencia*. Para concluir, el Diablo puede tomar para sí un cuerpo hecho de aire, y darle la forma y figura que quiera, y ponérselo alrededor como un vestido, a menos que se le prohíba expresamente por la divina providencia, como hemos explicado anteriormente. Y esta es la resolución de Santo Tomás, quien después de Agustín así lo afirma: *Puede formar un cuerpo de aire de cualquier forma y figura, para que, asumiéndolo, aparezca en él visiblemente*. El Cardenal Cayetano en su comentario sobre Santo Tomás observa que cuando un espíritu maligno es tan audaz, o bien tiene permiso para mostrarse visiblemente a un hombre, es un argumento de que tal persona o bien está abandonada por Dios y tiene ya un pie en el infierno, o bien es un hombre de una santidad extraordinaria y Dios lo permite para confusión de Satanás, como aparece en Cristo Jesús en el desierto.

LA SEGUNDA ANOTACIÓN. ***¿Puede el Diablo hacer que los hombres renuncien a Dios y a su Bautismo?***

Habéis negado a Dios, creador y hacedor único y trino de todas las cosas, etc. e infra, y al sacratísimo Bautismo, etc. Es una práctica ordinaria del Diablo trabajar y persuadir a los hombres para que nieguen a su Dios. *Viene el Diablo (dice Cristo Jesús) y quita la palabra de su corazón, para que no crean y se salven*. Él es el autor de todas las herejías que ha habido en el mundo, y entre otros inventos introdujo la pluralidad de Dioses: y con ese fin incitó a diversos agentes suyos, como Basílides, Carpócrates y otros. Fue él quien hizo que los arrianos negaran la sagrada Trinidad, y persuade a los ateos de que no hay Dios; todo lo cual practica para poder invadir por usurpación la gloria de Dios: pues todavía mantiene su primera pretensión, cuando dijo en su corazón: Seré semejante al Altísimo. Por tanto, San Agustín observa bien que la mayor ambición que tiene el Diablo es que los hombres le rindan a él aquellos honores que están acostumbrados a ofrecer a Dios. *Los demonios (dice) se regocijan en los honores divinos.* Y esto él no puede de ninguna manera arrebatar ni extorsionar a los cristianos, a menos que ellos primero nieguen la Trinidad de personas, porque la sola creencia en la bendita Trinidad es suficiencia suficiente para poner freno a toda idolatría: pues por ella creemos en una unidad en la trinidad, y una trinidad en la unidad, la cual, una vez que la comprendemos, no puede fijarse en nuestra creencia el adorar o reconocer nada por Dios, excepto el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: pues nuestra fe está limitada a estas tres personas y, por lo tanto, excluye todas las demás cosas cualesquiera que sean, en vista de que son tan inferiores y subordinadas a estas tres personas como la criatura lo es al Creador. Y por lo tanto, *Basilides* y otros de su calaña debieron primero haber perdido toda creencia en la bendita Trinidad antes de poder dar cabida a esta pluralidad de dioses. Lo mismo puede decirse de los arrianos y sabelianos, quienes negaron las tres personas en unidad de esencia y trinidad de personas. De aquí surge que ni el Diablo ni ninguna otra criatura, sea cual fuere, puede ser adorada por un cristiano, a menos que este primero abandone la fe que tiene en la bendita Trinidad. De modo que no es de extrañar que el Diablo exija primero esto de los cristianos en su sinagoga, pues si hiciera lo contrario, no tendría pretexto para pasar más adelante. Por lo cual podemos observar que apenas se puede encontrar una herejía, si uno investiga estrechamente la misma, que haya retenido la creencia plena e íntegra de la Trinidad. Esto lo vemos practicado diariamente por los sabelianos de nuestro tiempo, quienes malentienden la distinción de personas y han

abierto una brecha a los trinitarios de esta época para burlarse y hacer mofa de la bendita Trinidad, como si fuera una quimera o un concepto ideado y fingido en el cerebro del hombre. De igual manera, se sigue por necesidad que deben renunciar también a su Bautismo, el cual se administra en nombre de la bendita Trinidad. *San Hipólito*, un padre y mártir muy antiguo, no tuvo dificultad en conceder que el Diablo al final del mundo se aparecería visiblemente a los cristianos y les diría: "Quiero que niegues tu Bautismo": pues él opina que el Anticristo será un Diablo revestido con la apariencia de un cuerpo humano, aunque no hay muchos que se adhieran a esta opinión, porque *San Pablo* afirma claramente que será un hombre verdadero y que al final será muerto por el poder de Cristo Jesús. Como quiera que sea, él dice positivamente que el Diablo propondrá estas palabras a los cristianos: *Niego al Creador del cielo y la tierra, niego la adoración que solía prestar a Dios, niego el Bautismo, a ti me uno, en ti creo.* Otra razón por la que el Diablo querría que negáramos nuestro Bautismo es porque por el bautismo nuestras almas son desposadas y casadas con Cristo Jesús, y por él recibimos el anillo de la fe de él, y por tanto, al aceptar esto, renunciamos expresamente al Diablo y a todas sus obras. También se usan ciertos exorcismos contra Satanás en el Bautismo, y por ello él preferiría que los hombres negaran su Bautismo antes que cualquier otro Sacramento; es más, él ha tenido durante mucho tiempo también su bautismo, imitando y parodiando siempre a Dios Omnipotente. *Tertuliano* atestigua bien esto: *Aquí también (dice) reconocemos el afán del diablo que emula las cosas de Dios, cuando él mismo ejerce el bautismo entre los suyos*: de donde concluye que muchos en su tiempo encontraron por experiencia que los Diablos, por esta causa, frecuentaban sobremanera fuentes y estanques.

TERCERA ANOTACIÓN. ***Si el espíritu maligno hace que se cambien los nombres que fueron dados en el Bautismo.***

Cambiado el nombre, etc. y otro ficticio, etc. Hay dos cosas que deben considerarse en este punto para la mejor instrucción de los padres: la primera es hacer que se den tales nombres a sus hijos que puedan recordarles enfrentarse al Diablo; la segunda es proveerles de padrinos y madrinas de honesta reputación y conducta. Porque, dado que el Diablo no se contenta con hacer que los hombres renuncien a su Bautismo, sino que también quiere que renuncien a sus padrinos y madrinas, y desea cambiar el nombre que se les dio en el Bautismo, es una señal evidente de que estas cosas le son muy contrarias. Y esto es ciertamente verdad, pues si observamos, los antiguos padres de los judíos daban

a los niños sus nombres el día de su circuncisión, como aparece en el Evangelio por la circuncisión de Cristo y de San Juan Bautista: de modo que entonces eran totalmente liberados de la esclavitud de Satanás, y eran inscritos en la hueste, y debían luchar bajo el estandarte del Dios verdadero, para que de ahí en adelante combatieran varonilmente contra su adversario el Diablo. Así como, por tanto, los soldados, cuando son recibidos bajo el estandarte y la paga de un Emperador o Capitán, hacen registrar al punto sus nombres para estar siempre listos para marchar cuando se les ordene, de modo que en la Monarquía de Roma, *Nomen dare* (dar el nombre) significaba todo lo que se ha dicho ahora; de igual manera en este Sacramento, los hombres dan nombres a los niños para que siempre recuerden lo que han prometido y bajo qué estandarte deben marchar. Y esta era una costumbre entre los mismos gentiles, como bien ha notado San Jerónimo, quienes se gobernaban moralmente bien según la ley y la luz de la naturaleza, y no imponían nombres ociosos o frívolos a sus hijos, sino que más bien elegían ciertos nombres apelativos que denotaban alguna virtud, a la cual querían apropiar y dedicar a sus hijos, y para amonestarlos a vivir conforme a la significación de sus nombres. Así encontramos a muchos que han sido llamados por estos nombres: *Víctor, Casto, Cómodo, Pío, Probo*, y entre los griegos *Sofronio, Eusebio, Teófilo*. Pero los padres del Antiguo Testamento observaban otra costumbre: pues aunque muchos eran llamados por nombres que significaban buenas costumbres, como la palabra *Miqueas*, que significa humildad, la mayoría de las veces añadían a sus nombres la apelación de Dios, como en *Eliseo, Samuel, Abdías, Zacarías, Isaías*: (y esta es una observación general que debe notarse en los Ángeles, que son llamados por los nombres de *Miguel, Gabriel, Rafael*) o, al menos, retenían el nombre de algún hombre santo, para que sus hijos imitaran sus virtudes. Y por lo tanto, aquellos que estuvieron presentes en la circuncisión de San Juan Bautista se asombraron de que quisieran llamarlo *Juan*, puesto que nunca hubo hombre alguno de esa antigua e ilustre familia que se llamara así. Lo cual declara muy bien que retenían con más religiosidad los nombres de sus buenos ancestros que la herencia que les era dejada. Sobre esto, San Crisóstomo amonestó al pueblo a no usar ninguna cosa superflua en el Bautismo, sino a observar bien esta regla: no dar nombres a sus hijos sino los nombres de los Santos; y en cuanto a los niños, que debían conservar este nombre y no permitir que fuera cambiado por ningún otro en cualquier ocasión que fuera. Deben hacer como hizo *José*, quien a pesar de que *Faraón* había cambiado su nombre a la manera egipcia, conservaría todavía su primer nombre, como aparece cuando dijo: *Ego sum Ioseph frater vester* (Yo soy José, vuestro hermano). Y la Escritura misma lo llama siempre por el

nombre de *José*, y pasa por alto esa apelación profana que *Faraón* le impuso: lo mismo hicieron *Daniel* y sus tres compañeros, pues aunque *Nabucodonosor* había llamado a *Daniel* con el nombre caldeo de *Baltasar*, y a los otros tres con los nombres de *Sadrac, Mesac y Abednego*, sin embargo, cuando *Daniel* escribe su libro siempre dice: *Ego Daniel* (Yo Daniel); como también los tres jóvenes estando en el horno exclamaron: *Benedicite Anania, Asaria, Misael Domino* (Bendecid Ananías, Azarías, Misael al Señor), ni reconocieron otros nombres sino estos que les fueron dados en Judea. San Crisóstomo da la razón de esto. Este tipo de nombres, dice él, se daban a los niños para recordarles imitar a los hombres santos cuyos nombres llevaban: pues si no imitan a tal o cual Santo, es una verdad asegurada (como dijo en otra parte) que las oraciones y méritos de este Santo no les serán de provecho para su salvación. De donde se puede extraer esta conclusión: que no es lícito dar nombres de hombres pecadores a los niños, aunque hayan sido famosos en sus generaciones, o hayan sido nuestros progenitores y antepasados, porque tales imposiciones no pueden servir para nada sino como espuelas en sus costados para incitarlos a imitar su orgullo y malvada conducta. Cuán dignos de reprensión son, pues, aquellos padres y madres que desprecian el nombre de los Santos y prefieren dar a sus hijos nombres de infieles e idólatras, que ahora se están friendo en las llamas del infierno. Y es de dudar que, si nuestro Señor hubiera especificado el nombre del hombre rico en el Evangelio, ellos lo habrían tomado y habrían llamado a sus hijos por el mismo, antes que haberles dado el nombre de *Lázaro*: pero él no quiso mencionar su nombre por muchas razones de peso, y entre las demás, esta puede servir como una. Es por tanto claro que esto es un mero truco e invento de Satanás, porque él aborrece el nombre dado en el Bautismo, y tomado (como es la costumbre usual de los cristianos) de los Santos, quienes en esta ocasión están más prestos a ayudarnos y a tenernos un favor particular. Se observa que los alemanes han retenido durante mucho tiempo una moda bárbara en dos cosas especialmente: primero, en comer tocino sin hervirlo y alimentarse de carne de caballo; lo segundo, en dar nombres escitas a sus hijos cuando eran bautizados: sin embargo, finalmente, tras mejores instrucciones, corrigieron y enmendaron estas faltas. Es por tanto conveniente elegir gente honesta como padrinos y madrinas, lo cual es una antigua costumbre en la Iglesia, y practicada desde el tiempo del Papa *Telesforo*, que fue solo 100 años después de la muerte y pasión de Cristo Jesús. Porque, dado que la fe en el Bautismo no es infundida en el niño para operar, sino solo para purificar el alma, le conviene tener un padrino que lo instruya en las obras de la fe y que proteste en su nombre que creerá en Cristo Jesús y será uno de su Iglesia; y esto debe hacerse aunque el niño sea mudo y sordo,

como dice San *Jerónimo*. Y además, es para llevarlo a recibir el Sacramento de la Confirmación, donde el niño, que ha sido bautizado, viene ahora a ratificar la promesa hecha por su padrino y madrina por él en su bautismo, y por consiguiente viene a recibir nueva gracia, para que sea fortalecido para resistir todos los asaltos y tentaciones del Diablo. De aquí viene que, porque en estos días este Sacramento es tan universalmente descuidado, el Diablo engaña a tanta gente y les hace renunciar con facilidad a su bautismo, que aún no han confirmado: pues no hace más que hacerles decir: "No estoy ligado a lo que mis padrinos y madrinas prometieron por mí". Y por lo tanto, San *Cipriano* no se maravilla de que *Novato* hubiera abandonado su fe prometida en el bautismo, porque, dice él, no ratificó la misma por el Sacramento de la confirmación. Sobre esto deben los Pastores de la Iglesia, y también los padres y madres, estar vigilantes en este particular, para que no les suceda tanto a los unos como a los otros lo que le ocurrió a *Helí* y a sus hijos, a quienes *Ana* y el pequeño *Samuel* fueron directamente opuestos en sus conductas. Y concerniente a la alteración de nombres, *Magdalena* afirmó que todos cambiaban sus nombres en las sinagogas, con el fin de que no fueran descubiertos por aquellos que tal vez pudieran cuestionarlos por ello.

LA CUARTA ANOTACIÓN. *Si el Diablo exige algún homenaje o tributo.*

Un fragmento de vuestros vestidos, etc. El Diablo no tiene necesidad de nada de lo que tenemos en este mundo, excepto la fe y la gracia de Dios que es infundida en nosotros: sin embargo, porque, como hemos alegado anteriormente de San *Agustín*, se deleita enormemente en que los hombres le rindan homenaje como a un Dios, quiere que estos pobres miserables engañados le presenten, en señal de su reconocimiento, alguna cosa u otra, como por ejemplo un trozo de su vestidura. Él exige esto de estas pobres gentes, que no tienen nada más querido entre sus fortunas terrenales que su vestido. Y por lo tanto Dios en la antigua Ley prohíbe estrictamente que alguien tome la ropa de un hombre pobre como prenda: y si la tomara, manda que le sea devuelta antes de la puesta del sol, de lo contrario amenaza con tomar venganza sobre tal persona. Así vemos que esta bestia maldita consigue que le ofrezcan lo mejor de lo que tienen: pues de todos los bienes de fortuna, desea el vestido; de todos los dones de la naturaleza, ansía los hijos de los hombres; y de todas las dotes de gracia y bendiciones espirituales, anhela **3. Reyes 18.** ...después de la fe y el Bautismo. Él también desea a veces la sangre de los hombres, como aparece con los Sacerdotes de *Baal*, quienes, cuando rezaban para que el fuego

descendiera del cielo, cortaban y herían su carne con lanzas. Pero debido a que la mayoría de los hombres aborrecían y detestaban este desmembramiento de sí mismos, él se contentó de ahí en adelante con los bienes de los hombres, tales como sus vestiduras; y puede ser que desee por este tipo de tributo ser reconocido como Rey. Porque era costumbre de los judíos, cuando querían nombrar o proclamar a alguien Rey, quitarse sus vestiduras superiores y usarlas para el servicio de este Rey, poniéndolas bajo sus pies para que las pisara: como vemos en la historia de *Jehú*, y en el relato de Cristo Jesús siendo recibido de manera triunfante en Jerusalén el Domingo de Ramos. A estos pobres y cegados miserables podemos aplicarles acertadamente el proverbio griego, que en latín dice así: *Veste circumfers ignem* (Llevas el fuego en tu ropa). Porque su vestidura es un signo externo de que están encadenados para siempre a ese fuego eterno. Y bien puede aplicarse a ellos lo que comúnmente se dice: *Vestis virum facit* (El hábito hace al monje/hombre). Al mismo propósito viene lo que dijo *Tertuliano*: *Diabolus tunc se regnare putat, quando sanctos à religione Dei deturbat* (El diablo cree que reina cuando aparta a los santos de la religión de Dios).

LA QUINTA ANOTACIÓN. *Sobre si el Diablo marca a las Brujas.*

Signum seu stigma cuilibet vestrum, etc. (Un signo o marca para cada uno de vosotros) Este punto por sí solo es capaz de convencer a aquellos que piensan que estas cosas son meros sueños. Pues la experiencia demuestra de forma patente que este tipo de marca que tienen en sus cuerpos es leprosa y carente de todo sentido; de tal modo que (como hemos probado con una aguja o un alfiler) si un hombre, secreta y delicadamente, clava un alfiler en la misma, no lo sienten más que si fueran leprosos declarados. Pero se debe tener mucho cuidado de que no lo perciban, pues si lo hacen, fingirán que lo sienten cuando no es así; de cualquier modo, podréis estar seguros de que no saldrá sangre de esas partes marcadas. Y esta costumbre de Satán es muy antigua, aunque ha recibido diversos cambios según la diversidad de los tiempos. *Tertuliano* dice que la costumbre del Diablo es marcar a los suyos, a imitación de Dios, quien nos marca interiormente en el Bautismo con un sello o carácter que se adhiere y queda unido a nuestras almas, como atestiguan tanto *San Pablo* como *San Juan*. Y además, nos marca exteriormente por el Crisma y el signo de la Cruz. Así imprime Satán en las almas de sus siervos la marca del pecado, y no contento con esto, ahora añade una insignia externa, aunque sea muy posible que el Diablo en épocas anteriores no soliera marcar a los suyos con sellos como los que

ahora les impone. Pues (como dice *Tertuliano*) es propiedad del Diablo cavilar nuevos dispositivos cada día: y está claro en las Escrituras que el Diablo trabaja y aspira tanto como puede a poner su insignia en aquellos que le pertenecen. San Juan vaticina que al final del mundo habrá cierto tipo de personas que llevarán sobre sí el signo y carácter de la bestia: lo cual ha de entenderse literalmente, como el texto mismo declara suficientemente; pues dice que por esta marca tendremos acceso a esos hombres malvados que llevan la misma ya sea en su frente o en su mano. Y aunque no hubiera otra prueba sino esta, podría bastar para demostrarnos que este y otros textos similares deben ser expuestos literalmente, como *San Hipólito* observa y prevé muy bien con estas palabras, donde habla del Diablo que tomaría sobre sí un cuerpo fantástico e imaginario. *Adducet (inquit) eos ad adorandum ipsum...* (Los conducirá, dice, a adorarle a él...)*...ac sibi obtemperantes sigillo suo notabit* (y marcará con su sello a quienes le obedezcan). De modo que uno pensaría que estos pobres hechiceros y brujas descarriados hubieran leído esta Oración de tan glorioso Mártir, tan aptamente coinciden sus deposiciones con las predicciones de aquel.

LA SEXTA ANOTACIÓN. *Sobre si los Magos hacen un Círculo, ¿o no?*

Super circulo quod divinitatis symbolum est, etc. La figura circular es la más remota y distante de la figura de la Cruz que pueda haber. La Cruz debe tener por necesidad cuatro esquinas, mientras que esta no tiene ninguna. El Diablo usa aquellas marcas que son más diferentes y opuestas al signo de nuestra Redención y de su ruina: y si alguno de los suyos usa el mismo (como *Nazianzeno* escribe sobre *Juliano* el Apóstata), él los abandona al punto tan pronto como han hecho el signo de la Cruz. Con lo cual coinciden muchas historias posteriores, que relatan que diversos sujetos que acudieron a las asambleas de las Brujas, una vez que hicieron el signo de la Cruz, fueron dejados solos en el campo. Lo mismo sucedió también (como se amplía más extensamente en la acusación formulada contra las Brujas en Aviñón) a un joven que fue llevado por su padre a la Sinagoga donde debían reunirse: pero cuando vio qué abominables villanías hacían, se asustó mucho, y haciendo el signo de la Cruz pronunció estas palabras: *¡Jesús!, ¿qué significa esto?* Tras lo cual todos se desvanecieron, y el joven quedó completamente solo, y al día siguiente regresó a casa, a la aldea donde vivía, que distaba de la Sinagoga (como ellos la llaman) más de tres leguas, y acusó a su padre por haberlo llevado allí; y desde entonces los de aquella aldea le han llamado en su lengua *Masquillon*, que quiere decir

una pequeña Bruja: y este muchacho permaneció en la prisión perteneciente al palacio de Aviñón en el momento en que se realizó dicha ejecución, donde fue retenido para el descubrimiento de prácticas similares. *Epifanio haeres. 30.* relata que un joven mago voló por el aire y chocó contra una mujer cristiana que se estaba lavando en un baño, pero ella no bien se hubo santiguado con la Cruz, lo repelió lo suficientemente lejos de sí. Y por lo tanto, Satán hace que todas las Cruces sean borradas allí donde él llega, y enseña a sus discípulos a usar otras marcas muy diferentes y (si se puede decir así) contrarias al signo de la Cruz, como es evidente en los caracteres de los Magos que *Agripa*, un gran favorecedor de la secta de la Bestia, publicó infelizmente para el mundo. Podemos además recordar (pues el Diablo bajo una cosa externa incuba y cubre mil impiedades) lo que *Juliano* el Apóstata concibió al respecto, quien fue un hombre sumamente adicto a los Diablos. Hizo esta interpretación: que cuando las Cruces estaban encerradas en un Círculo, significaba que la religión de Cristo Jesús debía ser deprimida y abolida, y que no mucho después de tal signo esto se pondría en ejecución. También vemos que el león rugiente, cuando se dispone a devorar a su presa, traza con su cola un círculo, del cual la pobre bestia que está rodeada por el mismo no se atreve de ninguna manera a moverse, tal es el miedo que concibe de su adversario. De modo que bien podemos aplicar esta breve sentencia de *Pedro* al Diablo: *Circuit quaerens quem devoret* (Ronda buscando a quién devorar). Así, estos pobres e ignorantes miserables viven atemorizados por el Diablo, temiendo que, puesto que le han jurado fidelidad, él les rompa el cuello si retrocedieran de la misma, como aparece en sus propias confesiones: pues se han esclavizado voluntariamente a este cruel Tirano, y por tanto hacen lo que está escrito: *Qui facit peccatum servus est peccati* (Quien comete pecado es siervo del pecado), por quien uno *...quis superatus est eius & servus est* (por quien uno es vencido, de ese es siervo): mientras que, por el contrario, se dice a aquellos que son religiosos: *Si manseritis in sermone meo, verè liberi eritis* (Si permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente libres), y *ubi spiritus domini ibi libertas* (donde está el espíritu del Señor, allí hay libertad).

LA SÉPTIMA ANOTACIÓN. ***Sobre si las Brujas usan su vara y ungüento para ser transportadas y llevadas por el aire.***

Adminiculo baculi, quodã nefandissimo vnguento, etc. Que los Hechiceros han usado varas durante mucho tiempo aparece por lo que *Aben Ezra* ha escrito sobre el

Levítico: donde se prohíbe realizar cualquier acto perteneciente o relativo a este arte diabólico. Y él expresa por qué medios se practicaba esto, y dice (según *Sanctes Pagninus* ha traducido sus palabras): *Non facietis experimenta per figuras, per baculos, per opera, per motus, per dies & per horas* (No haréis experimentos mediante figuras, varas, obras, movimientos, días u horas). En lo cual parece haber tocado los puntos principales contenidos en esta Sentencia y Acusación contra los Hechiceros. Pues en cuanto a las figuras, vemos que usan el Círculo; y en cuanto a las obras, cometen malvadas travesuras con los muertos, especialmente con los niños pequeños, como mostraremos más adelante; en cuanto al movimiento, sus cuerpos son llevados apresuradamente de un lugar a otro; en cuanto a los días y horas, observan el jueves después de la medianoche, momento en el cual solo son transportados así, según todos coinciden y afirman. Y la razón de esto puede ser porque el Diablo desea tener las primicias y ser reconocido en la primera parte de la semana: pues los turcos celebran el viernes, los judíos el sábado, como los cristianos el domingo; pero el Diablo ha instituido su Sabbat antes que todos ellos, para poder tener la primera adoración. Esta es esa arrogancia de Satán de la que se habla en el Apocalipsis; benditos son los que no han conocido ni probado la *Altitudinem Sathanae* (la profundidad de Satán). Por último, en cuanto a la vara que menciona este Doctor hebreo, vemos por experiencia que los Hechiceros de nuestros tiempos usan varas, montándolas y poniéndolas entre sus piernas. Ni era esta opinión de tan grande y docto *Rabino* sin fundamento y testimonio de la Sagrada Escritura, como *Arias Montanus* ha observado bien. Pues se hace mención de ello en *Oseas*, donde se dice: *Populus meus in ligno suo interrogavit, & baculus eius annunciavit ei* (Mi pueblo consulta a su madera, y su vara le responde). Y puede ser que el Diablo inventara esta costumbre para imitar a *Moisés*, quien usó una vara o báculo en la realización de sus grandes milagros; y también se hace mención de la vara de *Aarón* que floreció y produjo fruto milagrosamente. En cuanto al ungüento con el que ungen sus varas y cuerpos, es cierto que el Diablo, para mejor engañar a estas personas y para encubrir y tapar su propia malicia, hace un compuesto de diversos ingredientes ociosos e ineficaces, como hierbas, raíces y similares: pues el diablo sabe muy bien que esta mezcla no tiene poder alguno para transportar sus cuerpos por el aire de un lugar a otro; y la experiencia misma también lo avala suficientemente. De modo que él hace esto para cubrir sus fines maliciosos, y su objetivo no apunta a otra marca que a cometer asesinatos y empapar sus manos en el derramamiento de sangre, como aparece claramente por las declaraciones de todos los Hechiceros, quienes concurren y coinciden en este punto: que al principio basta con que puedan pedir prestado ungüento a sus

vecinos, pero cuando están en la asamblea, el Diablo les declara que deben tener ungüento propio, y que este no puede ser eficaz ni servir para su propósito a menos que obtengan la grasa de niños pequeños que hayan sido estrangulados por ellos. Es entonces indudablemente cierto que todas estas hierbas y flores no son más que *Parerga*, es decir, cosas que no sirven para nada sino para dar un brillo y color a aquello que es su principal y primaria intención principal: como cuando un pintor traza algunas líneas o adornos alrededor del borde de un retrato perfecto. Y estas son las "bellas" obras que *Aben Ezra* menciona en términos más oscuros. *Helias* el Levita relata que *Lilith*, es decir, una mujer que vaga por la noche, solía entrar secretamente en las alcobas de las que acaban de dar a luz para matar a los niños pequeños que no tenían más de ocho días. También dice que los Terafines, de los que hace mención la Escritura, no podían hacerse sin asesinato. San *Jerónimo* escribe que las Brujas lanzan sus encantamientos tocando cuerpos muertos. *Attingunt (inquit) malefici corpora mortuorum* (Los maléficos tocan los cuerpos de los muertos); y *Tertuliano* se extiende en términos más perspicuos para nuestro propósito, diciendo: *Pluribus notum est demoniorum quoque opera, & immaturas & atroces effici mortes, quas incursibus deputant* (Es conocido por muchos que también por obra de los demonios se producen muertes inmaduras y atroces, las cuales atribuyen a sus incursiones). Y poco antes: *Per vim (inquit) & iniuriam sanus & immaturus finis extorsit* (Por la fuerza y la injuria se arrebató un fin sano e inmaduro); donde dice que el Diablo lleva a cabo todos estos bellos dispositivos suyos por medio de aquellos que se han consagrado a su servicio. Y por eso San *Agustín* se maravilla y se pregunta la razón por la cual Dios permitiría que tales masacres se cometieran contra pobres niños inocentes, e incluso contra aquellos que han recibido el carácter de su Bautismo: a lo cual responde que esto procede del juicio de Dios, que está oculto y alejado de nuestro conocimiento, y que si no hubiera otra cosa sino el tributo que debemos a la muerte a través del pecado original, bastaría para concluir que Dios permite esto según toda equidad. Ni es esto algo tan nuevo para nosotros, puesto que por permiso divino tantos niños pequeños fueron asesinados en Egipto por *Faraón*, y en Judea por *Herodes*, a lo cual estos dos Tiranos fueron incitados por las instigaciones del Diablo. Debemos observar además lo que *Apuleyo* escribe sobre este argumento (quien fue parte de su propia historia) al ver a una mujer joven que era Bruja haciendo sus travesuras ante él: tras lo cual fue acusado de ser un Hechicero, y porque los que estaban contaminados con este arte diabólico eran entonces ejecutados sin misericordia, se vio obligado a componer dos Apologías para purgarse de estos crímenes ante los gobernadores de África. Hay algunos que conciben

su historia como meramente fabulosa; pero como él mismo relata de un gran Orador, quien al ver que *Apuleyo* no quería de ninguna manera creer que un hombre pudiera ser llevado por el aire o transformado en un búho, lo atajó y le dijo: "Amigo, hablas como un joven que aún no ha tenido experiencia de las cosas, las cuales están tan llenas de secreto e importancia". Y más adelante recita que después tuvo experiencia de la verdad de ello. Pero lo que da reputación y autoridad a su historia es que San *Agustín* lo alega a menudo, y no lo tacha con ninguna opinión severa de ligereza o ficción. Este *Apuleyo* declara que cierta tarde, con la ayuda de una camarera, fue llevado cerca de la medianoche a contemplar a la dueña de la casa, hacia donde fue guiado, ungiéndose ella misma con un cierto ungüento que tenía en un tarro, y cuando terminó de embadurnarse, se transformó en un búho y comenzó a volar fuera de la casa. También relata cuáles eran los ingredientes de este ungüento, a saber: ciertas hierbas aromáticas y algunas partes de cuerpos muertos que habían sido enterrados y fueron desenterrados de nuevo para tal fin; que todo fue hervido junto en un gran caldero de bronce en agua de pozo junto con la leche de una vaca, la miel de las montañas y otros materiales de naturaleza similar, pronunciando ciertas palabras mágicas sobre todo el compuesto. Y esto lo encontramos también verificado por las Brujas que fueron condenadas por la sentencia arriba citada, quienes confesaron que hervían cuerpos muertos, a los cuales venían y desenterraban por la noche, y con la grasa de sus riñones y ciertas otras hierbas hacían un determinado ungüento que utilizaban. De aquí surgió que los romanos de la época de *Apuleyo* castigaran a las brujas con la muerte, porque violaban las tumbas de los muertos para hurtar de allí los cuerpos de los que yacían allí enterrados, lo cual es no solo repugnante a la ley de la naturaleza, sino a la ley de las naciones, llamada *Ius gentium*. Pues si aquellos que forzaban sepulcros para robar de allí las joyas y anillos enterrados con el cadáver eran ejecutados sin misericordia como personas sacrílegas; ¿cuánto más severamente deberían ser castigados quienes roban los cuerpos mismos? Lo cual también atestigua *Apuleyo*, relatando que era entonces costumbre contratar a ciertos hombres para vigilar los cadáveres, por miedo a que las Brujas vinieran a roerlos y desmembrarlos: añadiendo que él mismo una tarde, habiendo sido puesto a vigilar un cadáver que yacía en una sala, vino una comadreja a roer dicho cadáver, pero al ser descubierta por él, la comadreja salió por el agujero por el que había entrado. De modo que es auténticamente cierto que el Diablo ha practicado antiguamente esta villanía, pues viendo que él mismo no puede descargar su plena malicia sobre el hombre, a quien odia capitalmente, deja que sea ejecutada por aquellos que son sus miembros: y le da alguna satisfacción a su naturaleza sanguinaria el poder descargar

su ira sobre los muertos. Y por lo tanto, a menudo se le llama en el Apocalipsis el Dragón rojo, para expresar cuán furioso, ultrajante y sediento de sangre es, siendo, como dice el propio Cristo Jesús, un asesino desde el principio. Y así como Dios es llamado por los griegos *philánthropos*, es decir, un amante de los hombres; así, por el contrario, el Diablo es calificado como *misánthropos*, es decir, un odiador de hombres.

LA OCTAVA ANOTACIÓN. *¿Si las brujas van por el aire?*

Per aëra ad locum constitutum, etc. [Por el aire al lugar establecido]. Algunos dudan si el Diablo puede hacer que un cuerpo humano vaya por el aire o no. Pero esta duda suya arguye un defecto y menoscabo en su conocimiento, al no entender rectamente la naturaleza y propiedad de los Espíritus: más aún, se les convence de ignorar las Escrituras mismas, pues un Espíritu es de una composición más excelente y noble que cualquier cuerpo, y por lo tanto tiene en su naturaleza el poder de moverse según su propia voluntad. Es cierto que el hombre está amparado particularmente bajo el resguardo y protección de la providencia de Dios; sin embargo, esto no impide que Dios pueda a veces permitir que esto se haga, como queda claro por Cristo Jesús mismo, quien fue llevado por el Diablo a un desierto, de allí a un pináculo del Templo, y de allí a una montaña. Si el Diablo hizo esto con Cristo, ¿cuánto más podrá efectuar lo mismo cuando hombres miserables abandonan el servicio de Dios para adorar al Diablo? El Diablo también, en el desierto de Egipto, trajo ante el Faraón y el pueblo muchas grandes serpientes: pues San Agustín y después de él Santo Tomás coinciden y concluyen que eran serpientes verdaderas. También debemos traer a la memoria aquello que antes hemos alegado de Apuleyo, y que él dice haber contemplado con sus propios ojos: y debemos observar los puntos que hemos tratado en el sexto capítulo de este libro. Pues, ¿por qué habría hombre alguno de concebir extrañeza sobre este punto, siendo que el mismo Simón el Mago fue llevado por el aire por los Diablos? Y para que nadie piense que esto fue meramente imaginado y no hecho en realidad, la Historia dice que se rompió el cuello al ser abandonado (por el mandato de Dios y de sus ángeles buenos) por los Diablos que estaban a su alrededor para sostenerle. Similar a esto es lo que San Hipólito relata, diciendo: que el Anticristo hará que los Diablos le lleven por el aire: de lo cual hay alguna probabilidad en las Escrituras. Y descendiendo a autores más modernos, ciertos cronistas e historiadores informan que Berengario (que fue un gran hechicero) estuvo en Roma por la noche, y sin embargo, esa misma noche fue hallado dando una lección en Tours, en

Turena: a lo cual puede añadirse lo que hemos anotado en la sexta anotación sobre el joven que saltó por el aire tras una mujer.

LA NOVENA ANOTACIÓN. ***Si las brujas comen, beben y bailan en su Sinagoga.***

Saltationes, compotationes, comessationes, etc. [Bailes, banquetes, festines]. Las obras de Satanás o de la carne son, como dice San Pablo, la glotonería, la embriaguez y la fornicación, y este fue el caso del pueblo de Israel cuando bailó ante su becerro, como hacen nuestros hechiceros ante su Diablo: pues de ellos se dice; *comederunt & biberunt, & surrexerunt ludere, id est, fornicari* [comieron y bebieron, y se levantaron a jugar, esto es, a fornicar]; del mismo modo el Diablo hace que sus siervos salten y bailen, y después les hace banquetear y divertirse, y al final, como veremos, cometer fornicación y toda clase de inmundicia. Y esta es la observación de San Jerónimo cuando escribe estas mismas palabras: "Pues se dice que ciertos nombres bárbaros les pertenecen, como a menudo han confesado aquellos a quienes el vulgo llama verdaderamente maléficos: y encantamientos, y oraciones, y variados colores y diversas cosas, ya sean metales o alimentos, ante los cuales se dice que los demonios invocados asisten y capturan a las almas infelices". Ahora, en cuanto a lo que dice San Jerónimo de que los Diablos acuerdan en un lugar establecido para recibir ciertos víveres que les son prometidos, esto debe entenderse como los cuerpos muertos que las brujas dedican y ponen ante ellos en un lugar que será designado para tal propósito: donde hacen que sean cocidos y después comidos por toda la asamblea en una clase abominable de antropofagia: y con toda probabilidad esto se hace para socavar el Artículo de la Resurrección. Pues, como Plinio argumenta ateístamente, ¿cómo pueden esos cuerpos resucitar de nuevo en su propia sustancia, aunque Dios ponga su dedo en ello, cuando ahora la carne es comida por otros y se transforma en la sustancia de aquellos que la han devorado? Además, por esta manera bárbara y brutal de alimentarse, él les hace transgredir la ley misma de la naturaleza, y así de hecho los asemeja a las bestias, de modo que cuando San Jerónimo escribe que los Diablos son muy serviciales con aquellos que le prometen tal clase de víveres, no debe concebirse que ellos coman nada, pues son Espíritus, sino que inducen y persuaden a otros a comer de estas viandas diabólicas, porque conocen la impiedad y maldad de tan execrable dieta: pues es directamente contra el primer mandamiento que Dios dio al hombre después del diluvio, para restablecer la ley de la naturaleza, que por los Gigantes

y otras gentes malvadas había sido muy violada y profanada. "Os doy permiso (dice él) para comer de todas las criaturas vivas sobre la faz de la tierra, pero os prohíbo derramar la sangre del hombre"; esto es, comer y devorar carne humana. Pues en este pasaje del Génesis, como el texto mismo declara, no se trataba de una cuestión o mención de asesinato, sino únicamente sobre la diversidad y el uso de las carnes. De modo que por este texto, la antropofagia, o el comer carne de hombre, está expresamente prohibido, y por lo tanto el Diablo ha introducido su práctica entre su gente, porque es algo contra la humanidad y la razón: y esta es la causa por la que él los reúne, y los incita a aquellos abominables banquetes y regocijos. Respecto a otros víveres y refrescos que él les hace tomar, aunque al comerlos complacen y dan contento a su gusto, sin embargo, cuando estos pobres infelices regresan a sus propios hogares, están entonces tan o más hambrientos que antes. Conforme a esto es la observación de Santo *Tomás*, quien dice que, aunque todos los cuerpos naturales en cuanto a movimiento y calidad están bajo el mando de los Espíritus, estos no pueden cambiar las sustancias de los mismos, de las cuales Dios es el único creador, sino que solo son poderosos para realizar una alteración o cambio en los accidentes. Y por lo tanto, el Diablo no puede hacer pan de una piedra: de modo que de aquí podemos concluir que esto está fuera del alcance de su poder natural, y que tales manjares lo son solo en apariencia, estando revestidos de ciertas cualidades de pan, vino o carne: y estas cualidades son solo de corta duración, pues como dice Santo *Tomás*, las obras del Diablo no pueden ser permanentes, porque no tienen el sostén y cimiento de las sustancias verdaderas. De modo que esto fue lo que mostró que Cristo Jesús era el verdadero Dios, porque no solo había hecho comer a cinco mil, sino que también los había alimentado y saciado por mucho tiempo después. Así, el pan que fue cocido en las cenizas y comido por *Elías*, fue formado por el dedo de Dios, porque con la fuerza de este caminó 40 días y cuarenta noches. Lo mismo puede decirse del Maná en el desierto, que llenó y satisfizo a los que comieron de él, como se dice: *Con pan del cielo los sació*. Por lo tanto, es una propiedad peculiar solo de Dios dar alimento corporal y sustento a los hombres, ya sea por medio de sus criaturas o por algún otro poder extraordinario. *Echa* (dijo *David*) *sobre el Señor tu carga, y él te sustentará; y abres tú (Señor) tu mano, y colmas a todo ser viviente de bendición*. Estando esto totalmente oculto para estas miserables criaturas, se van tras Satanás en el tiempo de su necesidad, e imaginan que está en su poder librarlos del hambre o de cualquier otra carencia que los apriete, dándoles víveres o dinero según su promesa: de lo cual también podemos sacar esta conclusión con S. *Tomás*: que cuando este tipo de personas se transforman en gatos,

lobos o cualquier semejanza similar (como las brujas han depuesto, y San *Agustín* hace amplia mención de lo mismo como una verdad en su tiempo fuera de toda duda, y como *Apuleyo*, *Vicencio* en su historia y *Ephordiensis* todos testifican), no debemos concebir que la verdadera sustancia del hombre o de la mujer se cambie en la naturaleza de estas bestias (pues esto supera el poder del Diablo), sino que el Diablo cubre y viste sus cuerpos con una nube de aire, teniendo la semejanza de tal bestia. Pues así como a veces parece ser un hombre perfecto, porque ha tomado sobre sí tal forma aérea, así también les parece a quienes observan a estas brujas, y a ellas mismas también, que son bestias perfectas, aunque en verdad sea de otro modo: y sobre esto S. *Tomás* concluye así: *Aquellas transmutaciones de las cosas corporales que no pueden hacerse por la virtud de la naturaleza, de ningún modo pueden realizarse por la operación de los demonios según la verdad de la cosa, como que un cuerpo humano se transforme en un cuerpo bestial, etc.* Y después llega a describir los medios de cómo se hace esto, en apariencia y muestra: *Puesto que el demonio puede formar un cuerpo de aire, de cualquier forma y figura, para que asumiéndolo aparezca visiblemente en él: puede por la misma razón rodear cualquier cosa corpórea con cualquier forma corpórea, para que sea vista bajo su especie*. Y esto se prueba además por la sentencia tomada de San *Agustín* en el libro 18 de La Ciudad de Dios. También puede ser muy bien que el Diablo imprima en sus fantasías tal clase de formas, y entonces ellos las percibirán como si fueran formas verdaderas y reales: cuya experiencia nos es enseñada por aquellos que están frenéticos, quienes creen ver sapos, serpientes y dragones volando y arrastrándose por sus aposentos donde yacen, sin que nadie pueda persuadirlos de lo contrario, porque estas formas son tan propiamente inherentes al sentido común como a la fantasía misma, ya sean enviadas por transmisión desde los ojos. Tampoco debemos pensar que *Nabucodonosor* fue cambiado sustancialmente en una bestia, aunque esto le ocurrió por el poder y el dedo de Dios, sino que más bien fue privado por un tiempo de su entendimiento, para así castigarlo y humillarlo por sus transgresiones, y fue después por gracia especial restablecido en sus sentidos anteriores. Y el texto no afirma que su sustancia fuera cambiada, sino su corazón, el cual él mismo interpreta después cuando dice: *Mi sentido me fue devuelto*. Sobre lo cual San *Jerónimo* dice: *Cuando dice que el sentido le fue devuelto, muestra que no había perdido la forma, sino la mente*. Por lo tanto, así como un hombre a quien se le han quitado los sentidos no le importa cohabitar con bestias y alimentarse entre ellas, el mismo fue el caso de *Nabucodonosor* hasta que Dios tuvo compasión de él, momento en el cual fue recuperado y devuelto a sí mismo, y pidió perdón a Dios Todopoderoso. Respecto a

la esposa de *Lot*, ella fue ciertamente cambiada en una estatua de sal, pero fue o bien después de su muerte, o en el instante mismo de ella, y su cuerpo con la sucesión del tiempo se convirtió en el molde de donde fue tomado. Así vemos la incapacidad del Diablo para cambiar la sustancia o forma del hombre, aunque pueda falsificar y cubrir la misma con sus muestras y apariencias. De esta naturaleza serán los milagros del Anticristo, que serán señales mentirosas, fabricadas para todo tipo de engaño por la laboriosidad y el arte de los Demonios. Así, cuando San *Agustín* relata la historia de las mesoneras de Italia, que solían dar un cierto tipo de caldo de su propia cosecha a sus huéspedes, el cual, una vez comido, eran al momento cambiados en caballos, mulas o asnos, y eran obligados a llevar todas las cargas y fardos que ellas deseaban ponerles, hasta que llegaban a un lugar determinado; no debemos pensar que estos hombres perdían el uso de su razón natural, porque en virtud de ella veían y se concebían a sí mismos como bestias según sus formas corporales, y al llegar al dicho lugar volvían a su estado anterior. San *Agustín* no dice que estas cosas sean fábulas, sino que pueden ser así de hecho, o bien pueden parecer ser lo que no son mediante encantamientos y colusiones. Y concluye que, cuando es así de hecho, no debemos pensar que la sustancia del hombre se convierte en la sustancia de la bestia, sino que es solo así en apariencia externa por la obra del Diablo: *Ni ciertamente (dice) los Demonios crean naturalezas, si hacen algo de tal clase sobre lo cual se cuestionan estos hechos: sino que cambian, solo en apariencia, lo que ha sido creado por el Dios verdadero, para que parezcan ser lo que no son*. Y hablando de *Apuleyo*, de quien relata que fue convertido en asno, dice que o bien *Apuleyo* fingió e ideó tal cosa, o lo puso por escrito como si realmente hubiera sucedido. *Él (dice) o lo juzgó así o lo fingió*. Y respecto a las cargas que llevaba, era (dijo él) el Diablo quien las portaba y sufría por él.

LA DÉCIMA ANOTACIÓN. *¿Si las brujas adoran al Diablo en forma de macho cabrío?*

Habéis olido y adorado bajo la forma y especie de un muy sucio y negrísimo macho cabrío, etc. Que el Diablo no ambiciona nada más que ser adorado como un Dios, ya lo hemos declarado anteriormente con detalle; y en cuanto a la forma visible en la que aparece, también hemos mostrado por San *Agustín* que no se le permite investirse con cualquier forma que quiera o que naturalmente pueda tomar sobre sí, pero está limitado a aquellas apariencias que a Dios le place permitirle. Y por tanto, dice San Agustín, no hay

duda de que él habría tomado una apariencia más noble y hermosa que la forma de la serpiente, si Dios le hubiera permitido hacerlo; pero Dios no quiso que fuera así. Cuando viene para ser adorado, no aparece en forma humana, sino que, como las mismas brujas han declarado, tan pronto como acuerdan el momento en que él debe montar sobre el altar (que es alguna roca o gran piedra en los campos) para ser adorado por ellas, instantáneamente se convierte en la forma de un gran macho cabrío negro, aunque en todas las demás ocasiones suele aparecer en forma de hombre. Pues Dios no le permitirá abusar así de la naturaleza del hombre, porque Cristo Jesús, su único Hijo, es hombre verdadero y adorado como Dios y hombre a la vez; pues la unión hipostática de ambas naturalezas es tan indisoluble y está tan estrechamente ligada la una a la otra, que solo hay una esencia o persona que surge de ambas naturalezas. Además, si el Diablo se hubiera presentado en forma humana, nuestros primeros padres podrían haber imaginado que era el Mesías, quien ya había sido revelado y prometido de antemano a Adán, como lo expresa San Pablo. De aquí que Dios no le permita asumir la forma del Hijo de Dios cuando pretende ser adorado, sino solo la de una bestia, o de formas tan monstruosas y desagradables que son mitad bestias y la otra parte una forma diferente, como los Centauros y otras semejantes apariencias prodigiosas, que no eran en verdad otra cosa que Diablos. Y muchas veces aparecen, como dice Plinio de los monstruos marinos, con una larga cola de serpiente, por cuyas partes exorbitantes y tan inusuales en el curso de la naturaleza, se sabe que son verdaderos monstruos. Y este es el significado de San Juan cuando en el Apocalipsis tan a menudo repite, que los hombres vendrán y adorarán a la Bestia: por lo cual uno puede suponer probablemente que se refiere a Satanás transformándose en una bestia. Pues no necesitamos buscar un sentido místico en tales pasajes, cuando uno puede interpretar la Escritura literalmente. Respecto a la forma de la bestia, que ordinariamente asume para sí, es algo que no admite controversia que se presenta en forma de macho cabrío. Y aquí debemos notar que hay tres o cuatro pasajes en la Escritura que tienen gran semejanza y afinidad con este punto. El primero está en el capítulo 17 de Levítico, donde se dice: *Nequaquam ultra immolabunt hostias suas daemonibus* (No sacrificarán más sus víctimas a los demonios). El segundo y tercer pasaje están en los capítulos 30 y 34 de Isaías: *Pilosi saltabunt ibi* (Los peludos saltarán allí). En estos lugares, la palabra hebrea *Sehir* significa tres cosas distintas: primero, un macho cabrío; segundo, algo que es velludo, como Esaú fue apodado *Sehir* por su vellosidad, y las montañas a las que solía acudir se llamaban *Montes Sehir*; tercero, significa el Diablo, y así traduce San Jerónimo la palabra en el capítulo 17 de Levítico; lo mismo hace el

autor de la traducción caldea. Respecto a las dos primeras significaciones, parece que una depende de la otra, porque el macho cabrío es la bestia más greñuda de todas las criaturas. Pero sobre por qué el Diablo debe ser llamado con el nombre de macho cabrío, o de bestia greñuda, el Rabino Quimhi, el mejor intérprete de palabras hebreas entre los judíos, da esta razón: porque se aparece en la forma greñuda de un macho cabrío a aquellos que ponen su confianza en él. Esta es la observación de Santo Tomás (1-2, q. 102, art. 3) y del Doctor Lirano sobre el capítulo 12 de Éxodo y el capítulo 30 de 1 Reyes. De aquí que el intérprete caldeo y San Jerónimo hayan entendido e interpretado el Diablo mediante esta palabra 'macho cabrío', y así es llamado por las propias brujas, como se evidencia de sus propias declaraciones. De modo que no es cosa nueva que el Diablo se muestre en forma de macho cabrío a aquellos que se han esclavizado a él y le rinden homenaje y servicio. Santes Pagnino, siguiendo la misma significación sobre el pasaje de los capítulos 30 y 34 de Isaías, donde el texto dice que los *Sehirims* saltarán y danzarán en el desierto, lo interpreta así: 'Los Diablos danzarán allí'. Y esto también se verifica por el testimonio de las brujas, quienes afirman que este Diablo cabrío salta y danza entre ellas en sus asambleas nocturnas en los desiertos. Además, es muy notable que los intérpretes de la Septuaginta hayan traducido esta palabra hebrea del capítulo 17 de Levítico por la palabra griega *moraiois*, es decir, locos; y los italianos, tomando prestada esa palabra de los griegos, llaman a aquellos que son ridículos e impertinentes en su comportamiento *Matos*, es decir, locos. Y la verdad es que los hombres en la región de Provenza llaman a tales espíritus locos o 'mad-capps', porque juegan muchas bromas tontas, como reír, saltar, danzar y silbar; y en este respecto los de la Septuaginta han traducido la palabra como *moraiois*. A este propósito viene el dicho de Santo Tomás, quien afirma que los Diablos muestran muchos comportamientos ligeros y descuidados, como reír, saltar y silbar, que en los hombres no son sino pecados veniales, pero los Diablos usan este tipo de gestos para familiarizarse con los hombres y, en conclusión, atraerlos a sus redes mediante estas apariencias de alegría. Así, San Atanasio menciona Diablos que cantaban canciones. En las historias profanas encontramos que los dos oráculos más antiguos, uno llamado Amonio, que viene de la palabra Ham o, como lo pronunciamos, Cam; el otro llamado Dodoneo, que viene de la palabra Dodonim, de quien se hace mención en el capítulo diez de Génesis entre los nietos de Noé, el primero de ellos estaba en forma de macho cabrío, y el segundo en forma de carnero con grandes cuernos. De modo que no es novedad afirmar que el Diablo hace que se le adore en forma de macho cabrío. Y descendiendo a nuestros relatos más modernos, Alfonso de Castro informa que en la tierra de Vizcaya

han hallado por cierto que diversas mujeres y algunos hombres se han reunido en una montaña, donde un macho cabrío negro se presentó visiblemente ante ellos, al cual todos adoraron. En esta historia reciente del mago Gaufridy, Belcebú, quejándose de la excesiva misericordia de Dios, reprende a los magos por su adoración a un macho cabrío.

DÉCIMA PRIMERA ANOTACIÓN. *¿Si existen los Íncubos y Súcubos?*

VOS viri cum succubis, vos mulieres cum incubis fornicati estis, &c. (Vosotros hombres habéis fornicado con súcubos, vosotras mujeres con íncubos, etc.). De aquí podemos aprender la razón por la cual el Diablo aparece en forma de macho cabrío: porque es la más lúbrica y lujuriosa de todas las criaturas, y nunca observa tiempos fijos para su ardiente naturaleza lujuriosa, como suelen hacer todas las demás bestias. El Diablo reúne a su gente en un lugar designado para tal fin, y allí les hace cometer impurezas, siendo él mismo el primero y más dispuesto a practicar tales abominaciones, y se aparece a las mujeres en forma de hombre, y a los hombres en forma de mujer, por cuyo medio los induce a mancharse con esas copulaciones diabólicas y execrables con él; no porque él reciba deleite o placer alguno de las mismas, sino como dice Santo Tomás (dando la razón por la cual San Agustín afirmó que el Diablo se deleitaba más en la idolatría y la fornicación que en cualquier otro pecado), se deleita con ambos porque por el primero usurpa la gloria de Dios, que es su primera y principal intención, y segundo, mantiene tanto a hombres como a mujeres en sus garras con más seguridad, atándolos a él a través del pecado de lujuria; pues por razón del fuerte y vehemente deleite que este conlleva, hace que se adhieran estrechamente a él, de modo que cuando caen en ello, difícilmente podrán recuperarse de nuevo. También les hace perder el uso de su razón, de modo que no tienen más mando y soberanía sobre sí mismos que las mismas bestias; especialmente cuando ya están habituados a estos deleites sensuales que son tan vehementes, que Tertuliano opinaba que así como el cuerpo de un infante se engendra de una porción de sustancia corpórea, así también el alma es engendrada de una parte del alma de quien engendra: pues (dice él) vemos que en el acto de la generación, el alma, como si estuviera dividida en porciones, no tiene poder para producir acto alguno de razón. Y de aquí surge que el Diablo esté tan entregado a esta inmunda y sucia sensualidad, como aparece por las razones que hemos alegado. Ni debemos cuestionar si tal cosa puede ser practicada por la ayuda y obra del Diablo, ya que está fuera de toda controversia que él toma y puede tomar (cuando no está en el acto de adoración) cualquier forma externa con la que le

plazca investirse, especialmente entre aquellos que se han abandonado a él y le han rendido fidelidad y homenaje. Y aunque no hubiera otra prueba que el hecho de que dos de los más famosos Doctores, uno entre los padres y el otro entre los escolásticos, es decir, San Agustín y Santo Tomás, concurren y están de acuerdo en este punto, y aseguran expresamente que sería una impudencia negar la claridad de esta verdad, es confirmación suficiente para crear en los hombres la creencia de que es una verdad cierta e indudable. Y es por esto que los Turcos no consideran extraño lo que tenemos entre los Artículos de nuestro Credo, que una Virgen fuera concebida por el Espíritu Santo, porque piensan que esto puede hacerse fácilmente a todas las vírgenes, ya que están seguros por experiencia de que, por más estrechamente que las vírgenes sean recluidas y alejadas de la compañía de los hombres, muchas veces se encuentran encinta; y esta es la astucia y práctica del Diablo, *Qui surripit ac demum infundit semen* (Quien roba y finalmente infunde el semen). Además, esto se nos insinúa en las antiguas historias y poetas, quienes mencionan frecuentemente que sus Dioses bajaban del cielo para cometer locuras e impurezas con sus mujeres más bellas, y a menudo tenían descendencia de ellas. Lo mismo informa Apuleyo de sus tiempos; y estos Dioses (como los llamaban) no son otra cosa que Diablos, como está escrito: *Omnes Dij gentium Daemonia* (Todos los dioses de los gentiles son demonios). Para concluir esta y la anterior anotación, recordaría a este tipo de personas que Dios permite que el Diablo se les aparezca en forma de macho cabrío para recordarles que deben estar seguros de que serán colocados entre los cabritos en aquel gran y último día del juicio, porque se han aliado y combinado con machos cabríos en este mundo y les han rendido una idolatría execrable como si fueran Dioses. Solo añadiremos que la mayor parte de los antiguos poetas griegos y latinos son de la clara opinión de que los Diablos desean y practican el tener conocimiento carnal con las mujeres; incluso el mismo San Jerónimo usa estas palabras: *Daemones quibusdam amoribus serviunt, &c.* (Los demonios sirven a ciertos amores, etc.). Y Justino Mártir dice que esto no es peculiar solo de las mujeres, sino que es común también a los hombres, con lo cual expresa claramente que los Diablos varían de sexo; opinión que también sostiene San Agustín. Pues aunque aquellos que se esforzaron por interpretar y acomodar el capítulo sexto del Génesis a este caso particular son dignamente reprendidos por él, porque los pasajes precedentes y siguientes declaran que la mención que allí se hace es de hombres, y no de Ángeles: como bien muestra San Agustín, sin embargo, él no desaprueba la opinión de los antiguos respecto a esta conmixtión carnal, sino que por el contrario afirma que es una impudencia negarla. Justino el Historiador en su libro 11 relata que Olimpia, madre de Alejandro

Magno, confesó libremente a su marido que Alejandro no era hijo suyo, sino que fue engendrado por una serpiente con la cual ella tuvo conocimiento carnal. Y por ello su marido la repudió como adúltera, y desde entonces Alejandro se llamaría a sí mismo hijo de los Dioses, y no de Filipo. También relata en su libro 15 que Láudice, madre de Seleuco, afirmó que tuvo compañía con el Dios Apolo mientras dormía, quien (según pensó en su sueño) le dio un anillo, y cuando despertó por la mañana, encontró el anillo en su cama. Pero ese tipo de mujeres están llenas de impiedad, y Dios las ha abandonado totalmente y entregado a sí mismas.

FIN.

Epigrama al Autor.

Igualas el nombre angélico con preclaras virtudes, los nombres suelen convenir a menudo con sus realidades, como el Ángel del Señor con gran virtud venció a la turba de Dragones, matando sus cuerpos inmundos. Así tu doctrina, Miguel, vence a los sortílegos, la cual prueba claramente sus falsos dogmas. Cree que tu gloria es igual a la alabanza angélica, pues ambos, fuertes, ahuyentan la astucia del demonio.

BAPTISTA BADERUS, Parisino, Abogado en el mismo Senado de París."